CRISTÓBAL VILLALOBOS SALAS

Fútbol y fascismo

18,90 € | ISBN: 978-84-121103-4-0

altamarea

La Gazzetta dello Sport

LUNEDÌ 20 Giugno

Apoteosi dello sport fascista nello stadio di Parigi

STREPITOSA VITTORIA DELLA SQUADRA ITALIANA NEL CAMPIONATO MONDIALE DI CALCIO

Gli azzurri, splendenti di slancio e di stile, partono all'offensiva al segnale dell'arbitro, rin brazzano prontamente i contrattacchi ungheresi e trionfano nella luce d'un gioco magistrale

Italia-Ungheria: 4-2 (3-1)

Colaussi, Meazza, Piola, Colaussi, Serantoni, Ferraris

PER LA BANDIERA

PARABBAGO LUCCA APERITIVO Chi ne beve ne vuole

Primera edición en esta colección: marzo de 2020

© Altamarea Ediciones C.B.
altamarea.es
altamarea@altamarea.es

Diseño de la colección: Ricardo Juárez
Maquetación: Giulia Bucciarelli

Corrección: Ana Palacios y María Alcaide Arguedas

eISBN: 978-84-121103-8-8

CRISTÓBAL VILLALOBOS SALAS

Fútbol y fascismo

A mi padre

Las tardes que pasé jugando a la
pelota en Prati di Caprara
fueron indudablemente las tardes
más bellas de mi vida.

Pier Paolo Pasolini,
Sobre el deporte

Índice

FÚTBOL Y FASCISMO

INTRODUCCIÓN

- La contradicción de Borges
- El *calcio* fascista frente al mundo
- El superhombre nazi
- Un nacionalismo banal y futbolístico

MUSSOLINI Y HITLER TRAS EL ESFÉRICO

- El robo al Genoa
- El estadio del *Duce*
- La batalla futbolística del *fascio*
- El único partido de Hitler
- El hombre de papel que desafió al *Führer*
- Los ingleses que gritaron *‹‹Heil Hitler››*
- Vencer o morir en camisa negra
- Fútbol en la fosa común
- El partido de la muerte
- Versión italiana de *Evasión o victoria*
- El fantasma del Olímpico

ESPAÑA O LA FALLIDA CONVERSIÓN AL FASCISMO

- La pelota partida en dos: la guerra civil del fútbol
- El poeta que besó a Ricardo Zamora
- El *President* asesinado en el Alto del León
- El batallón deportivo de la República

Los vascos errantes
Lángara evita el fuera de juego
Salazar, Franco y tres rebeldes: «Yo no levanto el brazo»
La Copa del Generalísimo en Barcelona y la militarización del fútbol
El partido para derrotar a los comunistas
La derrota de la pérfida Albión
El equipo del Caudillo
Los fichajes Kubala y Di Stéfano
La Copa de Europa y la propaganda franquista
Entre el franquismo y los nacionalismos
Los ases buscan la paz: futbolistas-actores en defensa del franquismo
El secuestro de la Saeta Rubia
Fútbol, fado y la Virgen de Fátima
La quiniela de Franco
La Eurocopa que ganó Franco
Fútbol junto a la verja
El partido del siglo
Brazaletes negros y una ikurriña

EL FÚTBOL EN MANOS DE LAS DICTADURAS AMERICANAS

La guerra del fútbol
Pelé y la dictadura militar brasileña: el Mundial de México de 1970
El partido fantasma
El partido con el que Pinochet engañó a Perú
Fútbol y Videla: el Mundial de Argentina de 1978
La venganza de las Malvinas
El Mundialito de la dictadura
Democracia Corinthiana
Pinochet, el Chino de la Roja y el Colo Colo

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Introducción

La contradicción de Borges

Borges odiaba el fútbol. Para ejercer un boicot de carácter literario, dictó una conferencia sobre la inmortalidad a la misma hora a la que Argentina debutaba frente a Hungría en el Mundial de 1978. Poco después, ya con el equipo argentino campeón, César Luis Menotti, seleccionador albiceleste, cumplió su sueño de entrevistar a uno de los más grandes escritores del siglo XX, cuando el editor de una revista literaria pensó que sería curioso juntar a dos personajes tan dispares: «Usted debe de ser muy famoso, porque mi empleada me pidió un autógrafo suyo», le comentó el autor de *El Aleph*, que había afirmado que el fútbol «es popular porque la estupidez es popular». A continuación, le dijo a Menotti: «Qué raro, ¿no? Un hombre inteligente y se empeña en hablar de fútbol todo el tiempo». Lamentablemente, hablaron poco de deporte. Sin embargo, más adelante Borges sí habló de fútbol en el relato *Esse est percipi*, escrito junto a Adolfo Bioy Casares, con el balón y sus retransmisiones televisivas como protagonistas.

A pesar de ser despreciado por los intelectuales, el balompié ha ido labrándose un hueco en el mundo de la Literatura y de la Historia a lo largo del siglo XX. Hoy se pueden recopilar textos de multitud de grandes escritores que, de una u otra manera, convierten el balón en el centro de sus reflexiones. Albert Camus, Pier Paolo Pasolini, George Orwell, Mario Benedetti, Ernesto Sabato, Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos, Eduardo Galeano, Javier Marías, Roberto Bolaño o Peter Handke son solo algunos nombres que han dignificado intelectualmente la actividad humana que despierta más sentimientos y emociones en las masas populares.

Para Javier Marías, el fútbol no solo es el circo actual, sino también el teatro de nuestro tiempo: emoción, temor y temblor, desolación o euforia. Algo parecido opina el filósofo, e hincha del Liverpool, Simon Critchley, que ha realizado recientemente un estudio centrado en el juego que nos

ocupa. Para él, este deporte es un drama cargado de verdad, en la actualidad es lo más parecido a la catarsis que se producía en los templos teatrales de Atenas o Epidauro. El fútbol comparte con el teatro una característica básica: el destino.

Critchley recuerda en su libro *En qué pensamos cuando pensamos en fútbol* una frase de Hal Foster que resulta clarividente en este contexto: «El fútbol es el escenario donde se resuelven los —en ocasiones— oscuros manejos del destino, sobre todo en lo que respecta al destino nacional».

Por ese motivo Borges no amaba este deporte: «El fútbol despierta las peores pasiones. Despierta sobre todo lo que es peor en estos tiempos, que es el nacionalismo referido al deporte, porque la gente cree que va a ver un deporte, pero no es así. La idea de que haya uno que gane y que el otro pierda me parece esencialmente desagradable. Hay una idea de supremacía, de poder, que me parece horrible».

El periodista Ramón Lobo también coincide con los anteriores: «El fútbol es la teatralización de la guerra, la canalización, no siempre exitosa, de unas (bajas) pasiones universales. Organiza su desarrollo dentro de un campo de batalla: bandos, uniformes, armas, pinturas en el rostro, banderas, gritos, insultos, ansias de victoria y de venganza. Como la guerra, el fútbol tiene reglas».

Y remata: «El fútbol arrastra también letra pequeña: es un catalizador de la estupidez humana, del odio, la envidia, el nacionalismo exacerbado».

El fútbol es el escenario donde se muestran las diferencias de las identidades (familia, tribu, ciudad, nación…) y en el que, según Critchley, jugadores e hinchas «representan su propio drama supervisados por las fuerzas del destino», toda una experiencia personal a la que nos rendimos libremente al ver un partido.

En la misma línea se sitúa el premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, en su ensayo *La llamada de la tribu*. Según el hispano-peruano, el hombre ha estado subordinado, desde su origen, a la colectividad, y añoramos esa dependencia porque nos liberaba del peso de las responsabilidades individuales. Esa es la llamada de la tribu, que actualmente se manifiesta, sobre todo, a través del fútbol.

El espíritu tribal, fuente del nacionalismo, causante de buena parte de las mayores desgracias de la humanidad, ha sido invocado por los dictadores del siglo XX aprovechando lo que según Vargas Llosa es el irracionalismo del ser humano, un sentimiento que anida en el fondo más secreto de todos los civilizados. No resulta extraño, por tanto, que los dictadores hayan usado habitualmente este deporte para conseguir sus objetivos políticos.

El fútbol, uno de los protagonistas más destacados del siglo pasado y del presente, despreciado por algunos, admirado por muchos, considerado una religión laica por Manuel Vázquez Montalbán o por Juan Villoro, hoy empieza a ser tenido en cuenta en estudios académicos por su capacidad para propagar ideales políticos, así como para formar y cohesionar identidades.

Este libro, lejos de ser un ensayo académico, tiene como misión presentar de forma amena un panorama global del siglo pasado en el que se explique la instrumentalización del fútbol por parte de regímenes fascistas y autoritarios para alcanzar objetivos asociados al adoctrinamiento político. La idea surgió tras la publicación de varios reportajes en la revista *Jot Down*, escritos a propósito de los últimos torneos internacionales, en los que se analizaba cómo estas dictaduras habían manipulado y rentabilizado políticamente varios campeonatos: Mussolini, los Mundiales de 1934 y 1938; Franco, la Copa de Europa de 1964; Videla, el Mundial de 1978. A estos episodios se unen aquí otras narraciones que ilustran de igual modo esas mismas circunstancias históricas. He querido incluir también algunas narraciones que reflejan el reverso de esta situación, la de futbolistas que han usado el poder del fútbol para luchar contra los poderosos.

De esta manera, el libro comienza con un breve ensayo tripartito en el que se dan unas pinceladas sobre la concepción que del deporte rey se tenía en los regímenes fascista, nazi y franquista. Los tres comparten unas características comunes. Avanzado el libro se narran algunas historias que nos sirven de ejemplo de lo ya escrito. Por un lado, se incluyen los relatos dedicados a Alemania e Italia y, por el otro, a España, incluyéndose en este apartado un breve capítulo dedicado a la Portugal de Salazar; dos países amigos y simpatizantes de las potencias del Eje. Un cuarto apartado del libro está dedicado a las dictaduras sudamericanas que, aunque no se

pueden calificar en tiempo y forma como académicamente fascistas, sí comparten con la Italia fascista o la Alemania nazi la importancia que le dan al balón como instrumento político, por lo que constituyen una prolongación, a lo largo del siglo, de esos intentos fascistas de controlar el deporte y de convertirlo en una forma de adoctrinamiento de la población.

Dejaremos para otros libros —esta misma editorial ya publicó *Fútbol y poder en la URSS de Stalin*— las manipulaciones orquestadas por regímenes y gobiernos dictatoriales de diferente signo político, así como estudios más profundos sobre cada episodio histórico-futbolístico; alguno de ellos da como para escribir monografías y tesis doctorales.

Las fuentes utilizadas han sido mayoritariamente hemerográficas, tanto directas como indirectas, pues la intención era hacer un trabajo de carácter periodístico. En la bibliografía se han reseñado los artículos y libros usados para la redacción de este libro, pero para aligerar este apartado, las referencias a documentales, películas y fuentes hemerográficas directas se citan a lo largo de las páginas de la obra. Me gustaría resaltar de entre las fuentes utilizadas los textos de Carlos Fernández Santander, Miguel Ángel Lara y Alfredo Relaño, que quizás han sido los más útiles a la hora de empezar a investigar algunas de las historias que se recogen en este libro.

Borges murió en Ginebra el 14 de junio de 1986, en pleno Mundial de México, tras declarar, en una de sus últimas entrevistas, que no sabía quién era Maradona. Ocho días más tarde, Diego marcó ante Inglaterra, en el Estadio Azteca, el gol más fabuloso nunca visto, pura creación literaria en su ejecución y en su narración. El hecho futbolístico sobre el que más se haya escrito jamás.

El *calcio* fascista frente al mundo

Dicen que Benito Mussolini solo había visto un partido de fútbol en su vida, pero esto no le impidió percatarse de las posibilidades políticas y propagandísticas que el juego de la pelota podía brindarle para alcanzar sus objetivos.

Según el profesor Viuda-Serrano, el uso adoctrinador del deporte por parte de la Alemania nazi tuvo mayor extensión y eficacia, mientras que durante el franquismo tuvo mayor longevidad. Sin embargo, el caso italiano sirvió de modelo para ambas dictaduras, pues fue el primero en recuperar la noción clásica del deporte como herramienta política.

El fascismo, desde sus orígenes, exaltaba entre sus valores supremos la juventud —sirva de ejemplo el himno fascista italiano, *Giovinezza*—, la acción, la fuerza y la violencia en sí. No puede sorprendernos, por tanto, que el fascismo potenciara la práctica deportiva como forma de educar a los jóvenes con vistas a cumplir mejor con los deberes patrióticos, además de como fórmula para forjar el carácter y la disciplina que, se suponía, debía tener un «buen» fascista.

El deporte, que empezaba a convertirse en un entretenimiento de masas, no tardó en ofrecer a los regímenes políticos una nueva dimensión: al igual que el cine y otros espectáculos de moda, se podía usar como soporte propagandístico. El adoctrinamiento era fundamental en un régimen totalitario. Bien conocido es el caso de las Olimpiadas de Berlín de 1936, que Hitler diseñó como la apoteosis de la «modernidad» hitleriana. Más desconocido para el público general es el uso que el fascismo italiano y el nazismo intentaron hacer del fútbol, principalmente a propósito de las citas mundialistas de 1934 y 1938.

A principios del siglo XX, el deporte inicia un proceso de popularización que lo lleva de estar limitado a las clases privilegiadas a convertirse en una de las preferencias de ocio de la población. En Italia, este proceso se materializó en la creación de más de nueve mil entidades deportivas.

El deporte adquiere, en la sociedad de entreguerras, un papel político y social destacado para los regímenes totalitarios que se desarrollan en estos momentos en el continente europeo. Estos sistemas políticos, que controlaban todas las esferas de la vida cotidiana del ciudadano, veían en el deporte una herramienta perfecta para movilizar a la población, un extraordinario medio de propaganda y de control social, como ha señalado el profesor Domínguez Méndez en un ensayo que sintetiza las conclusiones de diversas investigaciones académicas. El deporte permitía al fascismo introducir en los grupos movilizados los valores y símbolos de la nueva religión laica —según la terminología de Emilio Gentile—, que sustituía a todas las ideologías y creencias existentes hasta entonces. Este nuevo fenómeno, que transfigura la sociedad italiana, se convierte en el paradigma que explica el uso del deporte con fines políticos.

El fascismo promueve la práctica deportiva a todas las edades, y para ello crea diversas organizaciones, como la Opera Nazionale Balilla, que dividía a los jóvenes según edad y sexo, con la finalidad de formar hombres fuertes para la guerra y madres sanas con la función de engendrar futuros soldados.

Paralelamente, se crea el mito del *Duce* deportista. Mussolini practicaba habitualmente esgrima, equitación, esquí y natación. Es esta una de las peculiaridades que lo diferencian de Franco y de Hitler, a los que la práctica deportiva no les atraía lo más mínimo. Mussolini era fotografiado mientras practicaba sus deportes favoritos, y luego esas fotografías copaban las portadas de la prensa. «Mi único placer es el deporte», llegó a decir en 1928, representando de esta manera el modelo de persona con el que los italianos debían identificarse. Sirven de ejemplo las portadas de la revista *Gioventù Fascista*, protagonizadas casi en su totalidad por Mussolini haciendo deporte o asistiendo a alguna competición.

El auge del deporte lleva durante estos años a la construcción de nuevos estadios para albergar a las decenas de miles de espectadores que acuden a las competiciones. En mayo de 1926, Mussolini estuvo presente en la inauguración de una de las primeras grandes instalaciones construidas, el estadio Littoriale de Bolonia, al que siguieron otros complejos deportivos como el Benito Mussolini de Turín.

Durante los años treinta, los ídolos deportivos adquieren un estatus similar al de otras estrellas del espectáculo. Se crean diarios como *Gazzetta dello Sport, Calcio Illustrato* o *Guerin Sportivo* que, junto a los programas deportivos radiofónicos y las noticias de *Luce*, el noticiero cinematográfico, pusieron el fútbol, y a los futbolistas, en el punto de mira del gobierno. Los deportistas se convirtieron en ejemplos a imitar, embajadores del país y del fascismo, y eran acompañados en los medios de comunicación por un lenguaje bélico. El control del deporte, pensado en un primer momento para lograr la cohesión social, deviene entonces en una forma de adquirir prestigio internacional.

El fútbol se convierte de esta manera en un mecanismo para propagar el sentimiento de patria, que el fascismo equipara a la identificación con el régimen; se ensalzan la pertenencia al grupo, la fidelidad, la disciplina y la supeditación de los intereses individuales a los colectivos. Desde entonces, y hasta nuestros días, el fútbol pasó a denominarse *calcio* —toma el nombre de una práctica similar que tenía lugar en Florencia ya en el siglo XVI y de la que aún se juegan algunos partidos festivos— mientras la prensa sustituía los extranjerismos por nuevos términos en italiano, tal y como ocurrió en Alemania y en España posteriormente.

La intención del régimen de controlar las influencias extranjeras en el fútbol llevó también a limitar la presencia de jugadores foráneos, permitiendo solo los fichajes de latinoamericanos de ascendencia italiana. También se reorganizaron las competiciones y se creó una liga nacional con dos divisiones.

Víctima de esta política fue, por ejemplo, el Inter de Milán. El equipo había sido fundado décadas atrás como una escisión del Milán, que no aceptaba jugadores de nacionalidad extranjera. Cuando el Partido Fascista llegó al poder obligó al club en un primer momento a denominarse Internazionale, e inmediatamente después a fundirse con otro club y pasar a llamarse Società Sportiva Ambrosiana, ya que a los fascistas la denominación primigenia del equipo les recordaba en demasía a la Tercera Internacional Comunista de Stalin. Además, también obligaron a los interistas a vestir con una zamarra blanca con la cruz de San Jorge y con el haz de lictores, el escudo fascista, en el pecho.

Los símbolos y los gestos se cuidaban al detalle. El tradicional apretón de manos previo al encuentro fue sustituido por el saludo romano, decisión comunicada por la propia Federación, que advirtió a los jugadores de la falta de disciplina que supondría no realizarlo. Tras la caída de Mussolini, Silvio Piola y Giuseppe Meazza, jugadores de ese club, afirmaron que el saludo se trataba de una simple actuación, un fascismo de apariencia que aceptaban para no tener problemas.

El interés del régimen fascista por utilizar políticamente el fútbol tuvo su máxima expresión en la selección nacional italiana, la *azzurra*, que ganó los Mundiales de 1934 y 1938. A través del equipo nacional se consiguió el más eficaz mecanismo de cohesión social, y gracias a sus triunfos se fomentó la identidad colectiva y se creó un poderoso sentimiento de pertenencia al proyecto totalitario.

En una sociedad heterogénea, el fascismo nacionalizaba cualquier actividad diaria para obtener el consenso de la población en torno a los ideales del régimen. De esta manera se pretendía la inclusión de los ciudadanos en el seno de las organizaciones diseñadas a tal efecto.

Las victorias en los Mundiales se utilizaron para contribuir a uno de los objetivos de la sociedad mussoliniana, que aceleraba el proceso simbólico de pertenencia al Estado fascista. Se superaba la lucha de clases, pues con el fútbol se compartía el objetivo de la victoria sobre otros países, nuevo horizonte de los esfuerzos colectivos.

El superhombre nazi

Adolf Hitler llegó al poder a principios de 1933, dos años después de que Berlín hubiera sido designada como la sede de los Juegos Olímpicos de 1936. Entonces, en 1933, socialistas y comunistas de todo el mundo, así como organizaciones sionistas, sobre todo norteamericanas, pidieron al Comité Olímpico Internacional que se replantease esta decisión debido al carácter autoritario y racista del nuevo régimen alemán. Hitler se percató entonces de la utilidad de la celebración del evento, que podía convertirse en un arma propagandística de dimensiones colosales; por ese motivo puso en marcha toda la maquinaria del Estado.

Para Joseph Goebbels, ministro encargado de la propaganda, el objetivo era superar el impacto internacional logrado por la Italia fascista en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles de 1932, donde los italianos quedaron segundos en el medallero, siendo solo superados por Estados Unidos, los anfitriones.

La escuela alemana fue una de las primeras en adoptar las ideas del médico y militar Pehr Henrik Ling, creador de la conocida «gimnasia sueca», al incluir sus tablas de ejercicio en el programa curricular de los alumnos. Tras la guerra franco-prusiana de 1870, las autoridades, coincidiendo con el auge del movimiento olímpico del barón de Coubertain, insistieron en la necesidad de educar a los jóvenes en la doctrina del esfuerzo y del ejercicio físico, lo que convirtió la práctica deportiva en una actividad cotidiana. El camino estaba abonado para las pretensiones del nazismo, que al instante comprobó cómo las actividades deportivas resultaban herramientas especialmente propicias para adoctrinar a los jóvenes, deseosos de nuevas experiencias y de entretenimiento en una sociedad, ahora sí, acostumbrada a la existencia de clubes y organizaciones sociales de todo tipo.

Uno de los principios más conocidos del nazismo era afirmar la superioridad de la raza aria, tanto en el ámbito intelectual como en el físico,

por lo que los jerarcas del régimen hacían constantes alusiones a la práctica deportiva en los jóvenes como método fundamental para mejorar su formación. El ejercicio físico, recuerda el historiador Mario Escobar, servía para forjar el espíritu, por lo que en los actos multitudinarios del partido siempre tenía un espacio reservado. En Núremberg, donde se construyó un estadio para los actos nacionalsocialistas, era habitual que las demostraciones gimnásticas acompañaran a discursos y desfiles paramilitares.

En el Congreso Nacional de las Juventudes Hitlerianas celebrado en esa misma ciudad, el 14 de septiembre de 1935, Hitler pronunció la siguiente frase, que resume su concepción del deporte: «Los jóvenes del futuro deben ser tan rápidos como un galgo, tan recios como el cuero y tan duros como el acero».

No solo en las escuelas y universidades se fomentaba la actividad física, sino también en las fábricas y en los puestos de trabajo: «Debemos educar un nuevo tipo de ser humano, hombres y mujeres absolutamente disciplinados y saludables, nos hemos comprometido a dar al pueblo alemán una educación que comienza en la infancia y no termina nunca».

Dentro del deporte, el fútbol, como no podía ser de otra manera, ocupaba los esfuerzos principales del nazismo. Para demostrar su lealtad al régimen, los clubes introdujeron el llamado «principio de supremacía del líder», o *Führerprinzip*, que los obligaba a iniciar y acabar los partidos con el saludo fascista. También se cambió el sistema de competición, evitando los enfrentamientos y las rivalidades regionales, pues el objetivo era lograr una Alemania fuerte. Para ello fusionaron y eliminaron clubes a su antojo. La nueva liga, denominada *Gauligen*, recibió las críticas de importantes personalidades del fútbol alemán, como Sepp Herberg y Otto Nerz, que pensaban que el nuevo sistema no estaba bien diseñado, ya que promovía encuentros entre equipos con un nivel muy dispar. Para corregir esta falta de competitividad se buscó la creación de una *Reichsliga* en la que se enfrentasen los mejores equipos profesionales de Alemania. Las negociaciones para instaurar esta nueva competición fracasaron, ya que los esfuerzos gubernativos se centraron más en la represión que en lograr una competición atractiva para el aficionado.

Se creó la figura del *Reichsportführer*, que supervisaba toda la actividad deportiva del país. El encargo recayó en un miembro de las SA, las milicias del partido nazi, llamado Hans von Tschammer und Osten, cuyo poder fue absoluto en este ámbito. Fundó la *Deutscher Reichsausschuss für Leibesübungen* (Comisión Alemana del *Reich* para el Ejercicio Físico) que, bajo diversas nominaciones, se hizo con el control de todas las organizaciones del país y que contaba con una oficina de propaganda y una revista, *NS-Sport*.

Mientras tanto, los clubes que tenían algún tipo de relación con la comunidad judía fueron sancionados o eliminados. El 2 de junio de 1933, el ministro de Educación, Bernhard Rust, ordenó la expulsión de los judíos de los clubes deportivos. El Bayern de Múnich tuvo que deshacerse de su entrenador y de su presidente, Kurt Landauer, y acabó en 1935 expulsando a los socios no arios. Algunos jugadores de origen judío, como Gottfried Fuchs y Julius Hirsch, vieron cómo se les impedía participar en partidos internacionales, mientras que otros fueron expulsados de sus clubes por no realizar el saludo nazi. La revista *Kicker*, en abril de 1933, recogía la siguiente nota de la Federación Alemana: «Los miembros de la raza judía, y las personas que resulten seguidoras del movimiento marxista, se consideran inaceptables».

El deporte, y el fútbol en concreto, no solo servían, como hemos visto, para forjar al hombre del futuro, al «superhombre nazi», sino también para propagar las ideas y la grandeza del nuevo régimen.

A pesar de las críticas internacionales, con denuncias por discriminación a deportistas judíos, los Juegos Olímpicos de Berlín se convirtieron en un éxito propagandístico para los nazis, pues desplegaron la imagen de una Alemania fuerte, cohesionada, moderna y capaz de cualquier cosa.

Algo parecido transmitía la selección alemana de fútbol durante estos años, que fue fagocitando, como en el famoso caso de Austria, a los jugadores destacados de los territorios que Alemania se anexionaba u ocupaba, y de esta manera se fomentaba el sentimiento de pertenencia a la nación alemana.

Un nacionalismo banal y futbolístico

En plena Guerra Civil, el franquismo entendió que el deporte podía convertirse en una herramienta de propaganda política y en una eficaz forma de encuadrar a la juventud en su ideario político y de adoctrinarla.

A imitación de las estructuras impuestas en los otros dos países, en España se concentró la dirección de toda actividad deportiva bajo el mando de la Delegación Nacional de Deportes, que dependía del partido único, la Falange, y que recayó en el General Moscardó, héroe del Alcázar de Toledo. Moscardó cambió la indumentaria roja de la selección española por una azul y dispuso que el saludo fascista y el *Cara al sol* fuesen obligatorios durante los partidos. Controló las federaciones y hasta el Comité Olímpico Español, incluyendo en las directivas a militares y a miembros del régimen, tal y como se hizo en los clubes de fútbol.

La selección se convirtió en una herramienta para remarcar la conexión entre el nuevo régimen y la nación española, a la vez que expresaba de cara al exterior las formas fascistas del franquismo. Para ello se organizaron, durante la Segunda Guerra Mundial, partidos amistosos frente a Portugal, la Francia de Vichy, Alemania e Italia. El partido ante Alemania, en el Olímpico de Berlín y en homenaje a la División Azul, es claro ejemplo de propaganda exterior. Tras la derrota de las potencias del Eje, el fútbol inició un proceso paulatino de desfascistización, al igual que el resto de los ámbitos de la vida social española. A Franco, en ese momento, dejó de interesarle parecer fascista.

La apertura internacional del régimen en los años cincuenta, gracias a los acuerdos bilaterales con Estados Unidos en 1953, coincidió con una nueva etapa futbolística, pues el deporte rey dio por entonces un paso de gigante: nuevos estadios como el Santiago Bernabéu o el Camp Nou, fichajes de estrellas internacionales como Kubala o Di Stéfano, las victorias europeas del Real Madrid y de la selección española, la popularización de la Quiniela, los diarios deportivos, las retransmisiones radiofónicas —y

posteriormente televisivas—… todo ello dotó al fútbol de una influencia social inimaginable hasta ese momento.

El fútbol sirvió entonces, en plena época del desarrollismo franquista, para ayudar a restablecer las relaciones políticas con el resto de Europa y para mejorar la imagen internacional del país, para lo que también se organizaron competiciones deportivas internacionales, como fue el caso de la fase final del Campeonato Europeo de Fútbol entre Naciones de 1964.

Las victorias olímpicas fueron más que escasas durante esos años y, fuera del deporte de la pelota, solo destacaron deportistas de manera excepcional como Manolo Santana, Paquito Fernández Ochoa, Federico Martín Bahamontes o Ángel Nieto, cuyas gestas, aún más meritorias por la escasez de medios y de tradición en esos deportes, fueron exaltadas por el régimen como ejemplo de las bondades de nuestra raza.

En «Relaciones entre deporte y política», Pablo Essinague realiza una estadística comparativa del espacio que en 1964 dedicaban los periódicos españoles a la información deportiva y a la política nacional, siendo la dedicada al deporte, fundamentalmente fútbol, superior en todos los medios estudiados. Por ejemplo, en *El Diario Vasco* se dedicaba un 17% del espacio al deporte, frente a un mero 3% dedicado a política nacional. En *El Correo Español* o en *El Pensamiento Navarro* las cifras eran similares. En *ABC*, un 5% de deportes frente a 4% de política nacional. Junto a la enorme importancia que los medios escritos daban al deporte hay que reseñar la existencia, desde 1938, del diario *Marca*, que con cuatrocientos mil ejemplares era el primer periódico de la prensa española, al que se sumó el diario *As* con una tirada también muy importante en los años sesenta.

A través de una prensa controlada, que dedicaba tanto espacio a simples partidos de Copa, a declaraciones de entrenadores o a los últimos fichajes, el país empezó a apasionarse por el fútbol. Esta afición llegó hasta el punto de que el humorista Acevedo, en varios de sus libros, habló con tanta guasa como razón de la existencia de una «generación futbolizada» entre los años 1947 y 1967, año, este último, en el que la apertura de la Ley de Prensa del ministro Fraga inició los primeros síntomas de una «desfutbolización» al interesarse los medios, ahora que podían, más por los temas políticos.

El exministro de cultura socialista, Javier Solana, dijo que durante el franquismo el fútbol era como una droga social, que era necesario «para hacer olvidar al hombre de la calle sus problemas cotidianos, y utilizado sistemáticamente en vísperas de las jornadas laborales más conflictivas».

Fraga Iribarne, como ministro de Información y Turismo, acertó a organizar las corridas de toros y el fútbol para todas las vísperas de las jornadas del Primero de Mayo. Esta programación culminó con la retransmisión, un treinta de abril, de todos los goles marcados por la selección española y narrados por la voz deportiva más reconocible del franquismo, la del locutor Matías Prats.

Los historiadores Juan Pablo Fusi y Raymond Carr, en el ensayo *España: de dictadura a democracia*, hacen hincapié en la capacidad del fútbol para constituirse durante el franquismo en «un escape de la realidad inmediata», en un catalizador del nacionalismo español. Ejemplo claro de esto fueron las victorias frente a Inglaterra en 1950 o frente a Rusia en 1964, que constituyeron para la propaganda oficial hitos históricos de primera magnitud. Fútbol, toros, seriales radiofónicos, entre otras manifestaciones de cultura popular, conformaron una cultura de evasión y cubrieron con un «silencio artificial» los problemas reales del país.

En este sentido, Duncan Shaw cree que el franquismo, más que fomentarlas, se aprovechó de las circunstancias al darse cuenta de que el fútbol funcionaba como agente de desmovilización política, con los estadios llenos y las grandes tiradas de los periódicos deportivos que se agotaban día tras día. En 1974, en los estertores del franquismo, el diario francés *Le Monde* señaló que el fútbol en España era el reflejo de la pasión política de su sociedad.

Con la llegada de la televisión, el régimen tuvo un nuevo instrumento para intensificar la «futbolización» de sus ciudadanos; por este motivo, se multiplicaron las retransmisiones de partidos en vísperas de jornadas con alguna significación política. En 1975, se televisaron nada más y nada menos que siete partidos en los días anteriores al Primero de Mayo, cifra enorme si tenemos en cuenta la existencia por entonces de una sola cadena pública de televisión con dos canales. Los espectadores veían lo que se emitía, sin más opciones que las diseñadas directamente por el gobierno.

Las declaraciones de dos históricos presidentes de estos años, Vicente Calderón y Santiago Bernabéu, dan muestra de lo dicho. En 1969, en TVE, le preguntaron al presidente atlético si el fútbol «entontece» a la gente, a lo que Calderón contestó: «Sí. Pero el problema está en esas otras cosas en que podrían derivar las fuerzas que ahora se gastan en ese "entontecimiento". Dejemos que la gente vaya al fútbol. Lo ideal sería que los españoles pensaran en el partido desde tres días antes y hasta los tres siguientes».

El mismo año, el presidente del Real Madrid hizo declaraciones similares: «El fútbol es el recurso para que la masa de gente se olvide de sus problemas a ratos», y años después añadió lo siguiente: «Estamos prestando un servicio a la nación. Nosotros lo que queremos es tener contenta a la gente. Le digo que estamos prestando un servicio porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos los problemas cotidianos».

En resumen, y tal como expresó el investigador Alejandro Quiroga, el franquismo tuvo un gran éxito a la hora de expresar la identidad nacional, ligada entonces al propio régimen, a través del fútbol, porque el «nacionalismo banal» franquista no tenía en apariencia implicaciones políticas y era, de esta manera, fácilmente asumible por amplios sectores de la sociedad. «El fútbol actuó como un mecanismo de nacionalización informal a lo largo de la dictadura».

Tras la manipulación que hizo el franquismo de la cosa futbolística, la libertad que trajo la Transición provocó que el fútbol, en unas ocasiones de manera más exacerbada que en otras, fuese utilizado por ideologías contrapuestas, sobre todo en el caso de los nacionalismos vasco y catalán.

Tal manipulación propagandística nacionalista tuvo su apogeo, quizás aún no su cénit, en la final de la Copa del Rey del año 2009, en la que las hinchadas catalana y vasca silbaron al himno y al rey de España, intentando hacer ver al mundo que pertenecían a naciones diferentes.

«La patria es la selección de fútbol», dijo Camus. Nadie podía imaginarse tras la muerte de Franco que, con la apropiación de los símbolos nacionales por parte del régimen, iba a ser el fútbol el encargado de recuperar para todos los españoles la bandera y el himno a través de las

explosiones de júbilo popular que siguieron a las victorias de la selección española en 2008, 2010 y 2012.

Juan Carlos de la Madrid explica en *Una patria posible. Fútbol y nacionalismo en España* cómo el fútbol alimenta el sentimiento nacional y da forma a la patria, mientras que Eric Hobsbawm se expresa en estos términos: «Una comunidad imaginada formada por millones de personas parece más real si la conviertes en un equipo de once personas con nombres y apellidos».

Mussolini y Hitler tras el esférico

El robo al Genoa

En 1925, el Genoa luchaba por obtener su décimo título liguero y así poder lucir con orgullo en su camiseta la estrella que acredita esa gesta. El fascismo, en uno de sus primeros tejemanejes futbolísticos, se interpuso.

La primera división italiana se dividía entonces en dos grupos: Norte y Centro-Sur. Los dos finalistas del Norte, el Genoa y el Bolonia, se medían con el objetivo de dilucidar quién se enfrentaría en la finalísima al vencedor de la zona sur, el Alba de Roma.

El más afamado seguidor del Bolonia, Leonardo Arpinati, se aseguró de que su equipo se alzase con la victoria. Amigo del *Duce*, secretario del Partido Fascista, y en un futuro alcalde de Bolonia, presidente de la Federación, del Comité Olímpico Italiano y organizador del Mundial de 1934, su poder en el mundo del fútbol era absoluto.

Tras ganar el Genoa por dos goles a uno en el partido de ida, los boloñeses hicieron lo propio en la vuelta, por lo que se jugó un desempate en Milán, territorio neutral para ambos equipos. El estadio se quedó pequeño ante la gran afluencia de público, provocando que el árbitro solicitase la presencia de unos refuerzos policiales que nunca llegaron.

El Genoa ganaba por dos goles a cero cuando el portero del Bolonia desvió un disparo a córner. En ese momento, una multitud de camisas negras entró al campo y rodeó al árbitro exigiendo que concediera un gol que no se había producido. Tras trece tensos minutos con el partido detenido, el de la trencilla dio validez a ese gol y aseguró a los jugadores del Genoa que el partido seguiría disputándose hasta el final para no provocar mayores disturbios, pero que el resultado oficial sería dos a cero para el equipo genovés. Sin embargo, la Federación comunicó que el partido tendría que repetirse por la «presencia de extraños en el campo», que no eran sino los fascistas que habían amenazado al árbitro y que, de esta manera, se salieron con la suya al impedir que el Bolonia, el equipo de Arpinati, perdiese.

El nuevo encuentro tuvo lugar en la ciudad de Turín, el 5 de julio. Para la ocasión se fletaron trenes desde las dos ciudades. El partido volvió a acabar en empate, esta vez a uno, pero por la noche hubo disturbios: cuando los seguidores de ambos equipos coincidieron en la estación, los camisas negras del Bolonia dispararon a uno de los trenes, hiriendo a multitud de genoveses, incluidos algunos familiares de los jugadores.

Mientras el Bolonia seguía ejercitándose con la vista puesta en un definitivo quinto encuentro, a los genoveses se les informó de que ese partido no tendría lugar, por lo que abandonaron los entrenamientos. Con un solo día de antelación, se les avisó de que el desempate se celebraría el 9 de agosto en un campo de los suburbios de Milán, el de Porta Vigentina. Por fin, el Bolonia ganó por dos goles a cero. Giovanni De Prà, portero del Genoa, comentó años después que el resto de los clubes habían reconocido a su equipo como campeón, por lo que ya estaban de vacaciones cuando se les avisó de que se celebraría ese quinto partido.

En 1928, el fascismo volvió a jugar con la historia del Genoa. Fundado por ingleses en una habitación del consulado británico bajo el nombre de Genoa Cricket and Athletic Club, pasó a denominarse, por imposición gubernativa, Genova 1893 Circolo del Calcio. Y no recuperó su nombre original hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Como escribió recientemente Gessi Addamoli en *La Repubblica*, durante los últimos años diversas iniciativas ciudadanas han intentado revertir la decisión del *fascio* por la que perdieron su décimo título liguero y su *stella*, que aún ansían bordar en su camiseta. Tantas décadas después, aún pesa en el recuerdo de los *tifosi* el regusto amargo de aquella injusticia.

El estadio del *Duce*

Como pasó poco después con Hitler, quien encargó al arquitecto Albert Speer que diseñara un *Reich* que durase mil años, Mussolini también dio importancia a la arquitectura a la hora de construir su imperio, remedo fascista en el siglo xx del antiguo imperio romano. Entre los proyectos que debían dar gloria al nuevo régimen, sobresalía el de un estadio de fútbol.

El rey Vittorio Emanuele III colocó la primera piedra del estadio Littoriale de Bolonia en 1925. Las obras, supervisadas por Leandro Arpinati, concluyeron oficialmente el 29 de octubre de 1926, exactamente cuatro años después de la Marcha sobre Roma, gracias a la cual el Partido Nacional Fascista tomó el poder en Italia. Dos días más tarde, Benito Mussolini hizo su entrada triunfal al estadio montado a caballo; Arpinati organizó meticulosamente un desfile para inaugurarlo, celebrar el aniversario de la Marcha sobre Roma y exaltar la figura del dictador, aunque la jornada se saldó con un intento de asesinato al *Duce* y la muerte de su asaltante, el adolescente Anteo Zamboni, quien estuvo a punto de cambiar la historia.

Anteo Zamboni, un joven boloñés de quince años, proveniente de una familia de clase media, estaba atento en el momento en el que Mussolini, una vez finalizado el acto, se subió al coche oficial descapotable para dirigirse a la estación de tren entre aplausos, en una escena que bien podría recordar a algunas de la película *Amarcord*, de Federico Fellini.

Según el diario católico *El Siglo Futuro*, «El criminal logró colocarse en primera fila entre la muchedumbre, y, al pasar el vehículo presidencial, se adelantó e hizo fuego con una pistola que disimulaba en su bolsillo». El *Duce* salió ileso del atentado de forma milagrosa: la bala atravesó la banda de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro, el cuello de su chaqueta y la chistera del alcalde de Bolonia que este sostenía en su regazo, y se estrelló finalmente en el revestimiento del coche.

El autor del atentado fue asesinado a golpes en el mismo lugar donde lo capturaron los fascistas que acompañaban al *Duce*. Su cuerpo apareció desfigurado, con decenas de heridas de arma blanca. Parece ser que el primero en localizarlo fue Alberto Pasolini —padre del cineasta Pier Paolo Pasolini— a quien Arpinati acusó, sin pruebas, de estar involucrado en la organización del atentado.

Mussolini se sirvió de este intento de magnicidio para destituir a ciento veinte diputados contrarios a la causa fascista, a través de una nueva ley de seguridad aprobada a tal efecto. Anteo Zamboni «fue identificado por su propio padre que, preocupado por la ausencia de su hijo, salió a buscarlo por la ciudad y, no encontrándolo, se dirigió al retén de policía, donde le fue presentado el cadáver», relató *El Sol*. El diario *ABC*, unos meses más tarde, se hizo eco de la aparición, durante un registro de la policía italiana, de un cuaderno del adolescente, en el que expresaba su intención de hacer justicia acabando con la vida del dictador.

El primer partido disputado en ese estadio se organizó en colaboración con el gobierno español, dirigido entonces por el general Miguel Primo de Rivera, para quien la nueva dictadura italiana era un claro referente político. El rey de Italia recibió al infante don Alfonso ante sesenta mil camisas negras y le hizo entrega de las llaves de la ciudad, tras lo cual dio comienzo un amistoso entre las selecciones de las dos naciones.

El encuentro, celebrado el 29 de mayo de 1927, acabó con la victoria italiana por dos goles a cero (Adolfo Baloncieri, y Luis Olaso en propia puerta), resultado que la prensa española daba por seguro antes del partido. Ricardo Zamora, primera estrella global de este deporte, compartió protagonismo con el *Duce*, al ser ovacionado repetidamente por la afición italiana. El estadio se convirtió después en una de las sedes del Mundial de 1934.

La crónica del encuentro publicada por *La Vanguardia* el 2 de junio de 1927 resaltaba, además de los pertinentes pormenores futbolísticos, lo siguiente: «Bolonia tiene a gloria ser uno de los más firmes baluartes del movimiento fascista italiano y se enorgullece de ser la ciudad italiana que ha dado las normas para encauzar el credo fascista dentro de un programa constructivo».

Se da la curiosa circunstancia de que ese no era el único partido que España jugaba ese día, pues mientras un equipo nacional jugaba en Bolonia, otro equipo, también representando a la Federación Española, se enfrentaba a Portugal en Madrid, tal y como ha dado a conocer el historiador de fútbol Félix Martialay.

La batalla futbolística del *fascio*

Mussolini se empeñó en que Italia celebrara el segundo Mundial futbolístico de la historia, tras no conseguir para su país el de 1930, que tuvo lugar finalmente en Uruguay. Para ello no dudó en presionar a Suecia, la otra candidata, que acabó cediendo a los deseos del gabinete del *Duce*. Una vez conseguida la celebración del acontecimiento en tierras transalpinas, solo quedaba asegurar el éxito de la *azzurra*. Mussolini se dirigió a Giorgio Vaccaro, presidente de la Federación Italiana de Fútbol y miembro del Comité Olímpico Italiano, de la siguiente manera:

—No sé cómo lo hará, pero Italia debe ganar este campeonato.

—Haremos todo lo posible.

—No me ha entendido bien, general: Italia debe ganar este Mundial. Es una orden.

La victoria italiana de 1934 había comenzado a gestarse ya en el Mundial de 1930. Tras la victoria uruguaya, diversos emisarios italianos convencieron al argentino Luis Monti para que fichase por la Juventus de Turín, tras ofrecerle cinco mil dólares mensuales, una casa y un coche: toda una fortuna imposible de rechazar. Lo que se pretendía con el fichaje era nacionalizar a Monti unos años después, como hicieron con otros futbolistas. A él se le sumaron sus compatriotas Atilio Demaría, Enrique Guaita y Raimundo Orsi, así como el brasileño Guarisi, que reforzó la selección *azzurra*. Ante las críticas recibidas por el «fichaje» de extranjeros, nacionalizados convenientemente por el gobierno fascista, el seleccionador, Vittorio Pozzo, sentenció: «Si pueden morir por Italia, pueden jugar con Italia».

Por primera vez la competición se desarrolló con un formato de eliminatorias a partido único, con prórroga de treinta minutos y repetición del encuentro en el caso de continuar la igualada tras la prolongación. En el Mundial de Italia se dieron cita dieciséis equipos, tras una fase previa de clasificación desarrollada en diferentes partes del mundo. Inglaterra, como

ya ocurrió durante el Mundial de Uruguay, se negó a participar por no habérsele concedido la organización del campeonato.

Italia se llenó de carteles que representaban jóvenes atletas saludando con el brazo en alto. Los partidos se iniciaban al grito de «*Italia*, *Duce*», tras lo cual, y tras realizar el saludo fascista desde el centro del campo, los *azzurri* salían disparados a por la victoria. Desde el palco, Mussolini, acompañado por jerarcas del régimen y arropado por miles de camisas negras, seguía con interés las evoluciones del combinado nacional. No podían fallar. La presión atroz que sentían los jugadores italianos se transfiguraba en un miedo que atenazaba a sus contrincantes. La gran victoria fascista estaba en marcha.

El partido estrella de los cuartos de final enfrentaba a las selecciones de España e Italia en el estadio Giuseppe Berta de Florencia, ante unos cuarenta y tres mil espectadores deseosos de ver una victoria italiana. El encuentro acabó por parecerse más a una batalla que a un partido de fútbol. Hasta siete españoles cayeron lesionados en una eliminatoria en la que la consigna de los italianos, que llevaron el juego más allá de los límites del reglamento, respondía al lema fascista: «Vencer o morir».

España, superior en técnica y clase a la selección *azzurra*, llegaba al envite liderada por el mejor portero de la historia hasta ese momento, Ricardo Zamora, el Divino, y por el goleador Lángara en la delantera. Acababa la escuadra española de vencer a Brasil, con un resultado de tres goles a uno. Durante ese partido, Zamora se convirtió en el primer cancerbero en parar una pena máxima en la historia de los Mundiales, tras atajar un penalti a la estrella carioca, Leónidas.

«Fue un encuentro espectacular, dramático y jugado con una intensidad muy pocas veces vista», resumió Jules Rimet, el francés inventor del negocio de los Mundiales, el partido que pasó a la historia del *calcio* como «La batalla de Florencia».

España se adelantó con un tanto de Regueiro, en el minuto treinta y uno, pero al filo del descanso los italianos lograron empatar con una jugarreta digna del peor patio de recreo: Ferrari remató al fondo de las mallas un centro, no muy peligroso, mientras Schiavio agarraba a Zamora para que no

pudiese blocar el esférico. El colegiado Louis Baert, de origen belga, no quiso ver la clara violación de las reglas de juego.

La segunda parte comenzó con una masacre en las filas españolas, provocada por la violencia inusitada de la escuadra italiana: Zamora, Ciriaco, Lafuente, Iraragorri, Gorostiza y Lángara acabaron el encuentro, tras la pertinente prórroga, con diferentes lesiones que les impidieron jugar el partido de desempate del día siguiente. La peor parte se la llevó la estrella española, Ricardo Zamora, que se marchó de la ciudad italiana con dos costillas rotas, tras un encontronazo con un jugador italiano que ni siquiera fue señalado como falta por el árbitro belga.

Durante el partido de desempate los italianos siguieron la misma estrategia: la violencia como forma de contrarrestar el juego español. Esta vez fueron Bosch, Chacho, Regueiro y Quincoces los lesionados ante la pasividad arbitral. La injusticia llegó a su punto álgido cuando el árbitro, esta vez el suizo René Mercet, anuló dos goles legales a Regueiro y Quincoces por inexistentes fueras de juego, mientras daba por válido el definitivo tanto del mítico Giuseppe Meazza, a pesar de que el italiano Demaría obstaculizaba a Nogués, portero que sustituía al lesionado Zamora.

La actuación arbitral fue tan comentada que Mercet, cuando regresó a su país, fue expulsado de por vida del arbitraje, tanto por la FIFA como por la Federación de su país. La prensa internacional, no solo la española, denunció la injusticia del resultado. Para el diario francés *L´Auto*, el árbitro fue el jugador número doce de Italia y Monti un auténtico carnicero.

A la vuelta a España, el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, condecoró a los llamados Héroes de Florencia con insignias de la Orden Civil de la República. Se organizó un partido homenaje a Zamora frente a Hungría en el que se entregaron dichas condecoraciones.

En semifinales, el arbitraje volvió a ser igual de discutido. Los italianos se alzaron con la victoria frente al *Wunderteam* austriaco. El equipo maravilla, como se conocía a la excelente selección liderada por Matthias Sindelar, nada pudo hacer frente al gol en claro fuera de juego que el árbitro dio por válido. El equipo austriaco, que había extasiado a media Europa con su juego, se volvía a su país sin saber que Hitler se iba a cruzar en breve por su camino, rompiendo la trayectoria deportiva de aquel legendario equipo.

El 10 de junio de 1934 se celebró en Roma la gran final del campeonato, en la que se enfrentaron las selecciones de Italia y Checoslovaquia, otro equipo que, en teoría, tenía cierta superioridad respecto a los transalpinos. Para la final se designó al mismo árbitro que se hizo cargo de las semifinales frente a Austria, el sueco Ivan Eklind.

La selección checoslovaca se presentaba al campeonato con una escuadra llena de talento, con futbolistas de gran talla entre sus filas como Nejedly, Planicka —el Zamora del Este— o Svoboda. La Italia de Vittorio Pozzo, precursor del *catenaccio*, dispuso un sistema de juego con posición piramidal, un 5-3-2 que los italianos denominaron «el método».

Los checos pronto mostraron la voluntad de no ser unos simples convidados de piedra a la fiesta latina, lo que hizo que se instalara el nerviosismo en el palco cuando, al llegar el descanso, el marcador mostraba un empate a cero. Dice la leyenda que, mientras Pozzo arengaba a sus pupilos en el vestuario, se presentó un enviado del *Duce* con el siguiente mensaje: «Señor Pozzo, usted es el único responsable del éxito, pero que Dios lo ayude si llega a fracasar». Como contestación, el *vecchio maestro* se dirigió a los jugadores con estas palabras: «No me importa cómo, pero hoy deben ganar o destruir al adversario. Si perdemos, todos lo pasaremos muy mal».

En el minuto setenta los checos se pusieron delante gracias a un gran tanto de Vladimir Puc. Tres minutos después, Svoboda estrelló un balón en el travesaño que podía haber cambiado el curso de la historia, pero Pozzo hizo algunos cambios tácticos que modificaron la dinámica del encuentro. A nueve minutos del final, Orsi, de fuerte chute, consiguió el empate. Durante la prórroga, Schiavio, a pase de Guaita, batió al portero checoslovaco, Planicka, dándole el triunfo a Italia.

La gran victoria fascista se había consumado. Mussolini organizó, el día después, una ceremonia para conmemorar la gesta, a la que los jugadores acudieron con el uniforme del partido. El *Duce* ya tenía la victoria que aguardaba con ansia desde 1930, la victoria que le permitía exaltar, aún más, ante el mundo y, sobre todo, ante los propios italianos, el carácter heroico y guerrero de la raza latina.

Tras la hazaña, las mieles que el fascismo había prometido a los jugadores se convirtieron, en algunos casos, en hiel. Luis Monti relató muchos años después cómo todo cambió tras el Mundial. Especialmente relevante fue el caso de Guaita, uno de los extranjeros fichados y nacionalizados por el gobierno de Mussolini que, tras los mimos y el éxito, tuvo que acabar exiliado. Enrique Guaita jugaba en la Roma, pero el equipo favorito del fascismo era otro. La ciudad de Roma se dividía —entonces y hoy— entre los seguidores de la Roma y los de la Lazio, equipo elegido por los fascistas para encarnar sus valores.

Parece que alguna mente privilegiada del fascismo tuvo una gran idea para desactivar a la Roma y que la Lazio tuviera de esta manera más fácil el camino hacia el campeonato. El plan era simple: mandar a buena parte del equipo romano al frente, concretamente a Abisinia, una loca aventura imperialista con la que el *Duce* pretendía reverdecer los laureles del imperio romano pero que, al contrario de lo que él suponía, no estaba resultando un camino de rosas. Guaita reaccionó huyendo a Francia junto a otros compañeros. Posteriormente continuó su carrera futbolística en su país de origen, Argentina.

Pero a Mussolini aún le quedaba un nuevo reto con el que demostrar al mundo la superioridad de sus valores. Los ingleses, inventores del fútbol, no participaron en Mundiales ni en grandes campeonatos hasta 1950. Su superioridad cultural-futbolística les hacía no tener que demostrar su dominio sobre el deporte rey en una competición internacional. Sin embargo, Mussolini, tras la victoria mundialista, se empeñó en vencer a la selección inglesa. Para ello acabó por organizarse un amistoso en Highbury, ante unos sesenta mil espectadores, que presenciaron bajo la lluvia un encuentro retransmitido en directo para la radio italiana por el locutor favorito del *Duce*, el retórico Carosio.

Pero en solo diez minutos de partido Inglaterra ya había metido tres goles. A Italia, con uno menos por la lesión de Monti, le salió el orgullo de campeón, lo que provocó una batalla campal en la que Hapgood acabó con la nariz rota, Bowden con la clavícula fracturada, Barker con una mano lesionada… En la segunda mitad, Meazza marcó dos goles que acercaron a Italia al empate, aunque no lo lograron. Ante la brutalidad italiana, la

Federación de Inglaterra renunció a participar en encuentros internacionales, salvo con las selecciones británicas de Escocia, Gales e Irlanda; mantuvo esa decisión durante un año.

El único partido de Hitler

Una de las imágenes más icónicas del siglo xx es la del atleta norteamericano Jesse Owens victorioso en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936. Dicen que el *Führer*, avergonzado de que un negro superase a los blancos de manera tan clara, se las arregló para no estrechar la mano del vencedor, aunque diversas investigaciones recientes afirman que Hitler solo saludó a los atletas los primeros días de competición. Albert Speer afirmó que el líder alemán despreciaba a los negros ya que, según él, su fuerza física provenía de sus orígenes selváticos.

La Alemania nazi había puesto todo de su parte para presentarse al mundo como un régimen idílico, moderno y ejemplar, en el que todo funcionaba a la perfección. Las ansias expansionistas alemanas no fueron un obstáculo para la concurrencia de diferentes países, con la excepción de la Unión Soviética, que boicoteó el evento. El gobierno de la República Española, controlado por el Frente Popular, también decidió no asistir y convocó en Barcelona una olimpiada popular que estaba prevista para el 19 de julio de 1936. Un día antes los militares se alzaron en armas contra el gobierno republicano y dio comienzo la Guerra Civil impidiendo, por tanto, que se celebrara el campeonato.

Joseph Goebbels no dejó ningún detalle al azar; prueba de ello fueron los altavoces instalados por toda la ciudad para retransmitir las distintas competiciones, o el estreno de la gran superproducción cinematográfica *Olympia*, de Leni Rienfenstahl, que revolucionó el cine con innovadoras técnicas y un nuevo estilo narrativo, y que fue un encargo directo de Hitler con el fin de realzar la heroica figura de los atletas, comparándolos directamente con los dioses griegos. El escritor norteamericano Thomas Wolfe describió la ceremonia inaugural como un rito casi religioso en el que los alemanes aclamaban a su mesías.

Hitler estaba encantado con la imagen proyectada al mundo. Hasta la delegación francesa realizó el saludo fascista por respeto al espíritu

olímpico; por eso, los jerarcas nazis pensaron que sería buena idea que su amado líder acudiese a un partido de fútbol en el que, con total seguridad, vencería Alemania.

El encuentro elegido fue el de cuartos de final, con Noruega, una selección que llegaba a los juegos con la etiqueta de perdedora habitual, frente a una Alemania, tercera en el Mundial de 1934, que venía de meterle nueve goles a Luxemburgo y que iba a dar descanso a sus mejores jugadores, como explica el historiador alemán Oliver Hilmes en *Berlín 1936*.

Hitler renunció a la competición que realmente quería ver, la de remo, y apareció dispuesto a un baño de multitudes en el Poststadion, en el que ya había dado algún discurso para las juventudes hitlerianas. Cincuenta y cinco mil espectadores esperaban la victoria alemana, que se retransmitió de forma experimental por televisión. Buena parte del gobierno acompañó a Hitler: el ministro de Propaganda Joseph Goebbels, el jefe del Partido, Rudolf Hess, el comandante en jefe de la *Luftwaffe*, Hermann Göring, o los ministros de Educación e Interior… Ninguno esperaba la humillación a la que se iban a ver sometidos.

Como escribe Roger Xuriach en *Panenka*, las crónicas de la época señalan los nervios alemanes, frente a una alegre Noruega, sin complejos, que acabó por endosarle dos goles a los germanos, que se quedaban fuera de la lucha por las medallas: «El *Führer* está muy nervioso, yo apenas puedo controlarme. El público está realmente furioso», dejó escrito Goebbels en su diario sobre aquel partido, que fue el primero y el último al que acudió Hitler.

Dice la leyenda en torno al encuentro que el malestar nazi se debió a que una de las estrellas noruegas, Magnar Isaken, autor de los dos goles de la victoria nórdica y que posteriormente se alzó con la medalla de bronce en el campeonato con su equipo, era de origen judío, dato que diversas investigaciones recientes han desmentido. Los goles hicieron que los jerarcas nazis, Hitler incluido, abandonasen el palco antes de que el árbitro pitara el final del encuentro.

Cuatro años después, en 1940, Alemania invadió Noruega, cortando en seco las carreras deportivas de los jugadores nórdicos. Uno de los

participantes en aquel encuentro, Reidar Kvammen, oficial de policía, fue arrestado y deportado a varios campos de concentración por negarse a seguir las órdenes de los ocupantes. Pero la peor parte se la llevaron los entrenadores presentes en aquel partido. El noruego Asborn Halvorsen amenazó con cancelar el partido de la final de la Copa noruega si se izaba la bandera con la esvástica que los delegados del Tercer *Reich* en la zona ocupada habían ordenado alzar. A pesar de haber tenido una exitosa carrera en el Hamburgo, la Gestapo lo detuvo y acabó prisionero en varios campos de concentración hasta el año 1944. El seleccionador alemán, Otto Nerz, fue destituido tras la derrota contra Noruega. Fue miembro del Partido Nacionalsocialista hasta que, tras la entrada de las tropas soviéticas en Berlín, lo recluyeron (en calidad de prisionero de guerra) en un campo de concentración construido por los propios alemanes, donde falleció.

El hombre de papel que desafió al *Führer*

Jugaba al fútbol como ninguno
ponía gracia y fantasía
jugaba desenfadado, fácil y alegre
siempre jugaba y nunca luchaba.

FRIEDRICH TORBERG
Auf den Tod eines Fußballers (poema dedicado a Matthias Sindelar)

En 1938, el Mundial se celebró en Francia, gracias al empuje del mismísimo Jules Rimet. La situación política evidenciaba el camino inevitable hacia una nueva conflagración mundial, que en buena parte estaba teniendo en España su más inmediato precedente. Por este motivo la selección española no pudo participar en el campeonato, que se vio salpicado por las rivalidades políticas.

Otro país que disponía, al igual que España, de una gran selección y que no pudo participar en el Mundial por cuestiones políticas fue Austria, que había renunciado a participar aun estando clasificada. La historia del *Wunderteam*, el equipo maravilla, dirigido por Hugo Meisl, discurrió trágicamente paralela a la de su nación.

El 12 de marzo de 1938, la Alemania de Hitler se anexionaba Austria, convirtiéndola por la fuerza en una provincia alemana más. Aquella muestra imperialista, que pasó a la historia con el nombre del *Anschluss*, significaba también la desaparición del equipo austriaco, al igual que ya había pasado con todos los símbolos de la independencia de ese país.

Tras la anexión, los nazis impusieron una política similar a la que habían llevado a cabo en Alemania desde su ascenso al poder, especialmente en lo relativo a la persecución de los judíos: humillaciones públicas, destrucción de sinagogas y la deportación de más de seis mil judíos a campos de concentración se sucedieron en cuestión de días.

El fútbol austriaco, vivido con pasión en los cafés y en todos los rincones del país, también sufrió las consecuencias del nazismo. Los equipos con dirigentes de origen judío, como el FC Viena o el FK Austria, vieron cómo los apartaban de sus cargos, mientras el panorama futbolístico pasaba a estar dominado por organizaciones cercanas a diferentes instrumentos del partido nazi, como las Juventudes Hitlerianas, las SS o el Frente Alemán del Trabajo.

La anexión supuso también el principio del fin de la mayor estrella en la historia del fútbol austriaco, Matthias Sindelar, conocido como el hombre de papel por la delicadeza de sus movimientos en el terreno de juego, y también como El Mozart del fútbol. Sindelar gozaba de una gran fama dentro y fuera de su país, era el líder de su selección y del Austria de Viena. Pero los nazis se cruzaron en su camino.

Quedaban apenas unos pocos meses para la celebración del Mundial de 1938. El gobierno alemán pensó que, ya que Austria formaba parte de Alemania, los mejores jugadores de ese país podrían reforzar la escuadra germánica. Del mismo modo que Mussolini había hecho todo lo necesario para asegurarse la victoria unos años antes, Joseph Goebbels pensó que podría usar el fútbol para fortalecer el vínculo que unía a los alemanes: «Ganar un partido era más importante para la gente que invadir una ciudad del este de Europa», dejó escrito en sus diarios.

El *Wunderteam* constituía una herramienta impresionante para alcanzar este objetivo. Con un gran papel en el Mundial de 1934 y en las Olimpiadas de 1936, solo había perdido cuatro de los últimos cincuenta partidos. Hasta ocho jugadores del equipo pasaron a defender la camiseta alemana. Sin embargo, antes de que eso sucediera se celebró un partido de despedida, con fines propagandísticos y para celebrar la supremacía de la raza aria y la anexión austriaca.

«El partido de reconciliación» se jugó tres semanas después de la anexión de Austria y fue el último de su selección hasta que Austria volvió a independizarse de Alemania. El 3 de abril de 1938, el Praterstadion de Viena estaba adornado con toda la parafernalia nazi y los dirigentes alemanes ocupaban el palco en el que se rumoreaba que el partido sería una fiesta pangermánica que podría acabar en un diplomático empate.

Sin embargo, los de Sindelar, que en un principio jugaron atenazados por el miedo, decidieron no perder lo único que les quedaba: el orgullo. Salieron a jugar, parece ser que por petición de la propia estrella austriaca, con los colores nacionales. El hombre de papel comenzó a hacer de las suyas. Los austriacos acabaron ridiculizando con su juego a los alemanes y el partido concluyó con un dos a cero para el *Wunderteam* en un épico canto de cisne.

Los tantos se anotaron en la segunda mitad y fueron obra de Sindelar y de Karl Sesta, del Austria de Viena. El momento cumbre del encuentro llegó tras el gol de Sindelar, que lo celebró frente al palco de autoridades, repleto de mandamases del partido, realizando un bailecito que fue tomado como una falta de respeto y un desafío al poder nazi. El delantero quedó sentenciado de por vida.

Según Kevin E. Simpson en *Football Under the Swastika*, Sindelar apareció una semana después en el periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*. Era el día del referéndum en el que los austriacos ratificaron su unión con Alemania. El diario reproducía un escrito, de puño y letra del futbolista, en el que podía leerse: «¡Los jugadores austriacos mostramos nuestro agradecimiento al *Führer* desde el fondo de nuestro corazón y votamos sí!».

Para el director de la Federación Alemana de Fútbol, Felix Linneman, el nuevo conjunto surgido de la fusión entre austriacos y alemanes debía representar al *Reich* y hacerlo de forma hermanada, para lo que se pidió al entrenador que en el equipo reflejase una proporción adecuada de austriacos y alemanes. Pero la concepción futbolística de los austriacos, centrados en un juego bonito, no concordaba mucho con la alemana, basada en el trabajo y la disciplina.

Sindelar pidió a Sepp Herberger que no lo convocase para el Mundial. A pesar de la insistencia del seleccionador, se negó a formar parte del equipo nazi en Francia, aludiendo falsas lesiones e, incluso, llegando a anunciar su retirada. Desde entonces se convirtió en un indeseable para el nazismo, que no le permitía jugar al fútbol en su país ni, mucho menos, cruzar las fronteras para competir fuera. Vivía prácticamente en la clandestinidad.

Sindelar no volvió a jugar al fútbol, y fue condenado al ostracismo por la nueva sociedad nazi que atenazaba Austria. Simpatizante del partido socialdemócrata, se dijo de él que era de origen judío por haber jugado en el Austria de Viena, club de la burguesía judía, y por proceder de una familia de Moravia, región de donde provenían muchos judíos. La leyenda también cuenta que siguió manteniendo el contacto con el expresidente judío del Austria y también que ayudó, comprándole su bar, a un amigo judío al que los nazis habían obligado a desprenderse de sus posesiones.

El día 23 de enero, cuando fue a visitarle su amigo Gustav Hartmann, este se encontró una escena dantesca en casa del exfutbolista. Alertado por el olor a gas, abrió la puerta cerrada y vio su cadáver junto al de su novia Camilla Castagnola, agonizante por culpa de la inhalación de monóxido de carbono.

Su muerte causó una fuerte conmoción en Viena; miles de personas —algunas fuentes dan la cifra de cuarenta mil— acudieron a su entierro. Multitud de rumores cundieron por la ciudad: que si un suicidio romántico en pos de una Austria entregada al nazismo, que si su novia era judía, que si lo eran los dos y querían huir… Puede que solo fuese un accidente. Muchos apuntaron a un asesinato cometido por la Gestapo, otros a la depresión que le causó el no poder volver a jugar al fútbol.

Camilo Francka, autor de *Matthias Sindelar, una historia de fútbol, nazismo y misterios*, defiende que la muerte de la leyenda futbolística se debió a un simple accidente, ya que la pretendida lucha antifascista del jugador es, según sus investigaciones, un mito más de esta leyenda, al igual que la del bailecito con el que desafió a los nazis. Fuera como fuese, su cuerpo descansa hoy en el cementerio de Viena dedicado a las grandes personalidades del país, muy cerca de las tumbas de Beethoven, Strauss y Schubert. Un artista del fútbol que fue testigo y víctima de su tiempo.

Los ingleses que gritaron *‹‹Heil Hitler››*

En el estadio Molineux, donde juega el Wolverhampton, hay una estatua de bronce dedicada a Stan Cullis, el jugador que se negó a hacer el saludo nazi y acabó siendo desplazado de una de las fotografías más vergonzosas de la historia de Inglaterra.

Los hechos se remontan al 14 de mayo de 1938, cuando los ingleses se presentaron en el Olympiastadion de Berlín, solo un mes después de la anexión austriaca, para jugar un amistoso ante unos cien mil espectadores que animaban a una selección alemana arropada por un amplio despliegue mediático.

El partido suponía una buena oportunidad para sellar la forzada amistad anglo-alemana, por lo que el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido dio la orden a sus jugadores de realizar el saludo nazi. En un principio, los futbolistas se negaron a hacerlo, por lo que el embajador británico en Berlín tuvo que insistir ante el secretario de la Federación Inglesa, que acabó por obligar a los deportistas a realizarlo. Stan Cullis —que años después se proclamó ganador de la liga inglesa como entrenador del Wolverhampton— fue el único que persistió en su negativa, por lo que fue desconvocado del encuentro.

Pese a la ausencia de Hitler, los mayores jerarcas del régimen —Herman Göring, Rudolf Hess y Joseph Goebbels— sí acudieron al encuentro para dotar de solemnidad a un partido que, en principio, solo era un amistoso más de la gira que los ingleses realizaban por Europa.

Como siempre, el encuentro se inició con el preludio de los himnos nacionales, pero esta vez los británicos cumplimentaron a los anfitriones con el saludo romano, entonando un sonoro «*Heil Hitler*» que hoy, tantas décadas después, aún causa estupor y vergüenza. Stanley Matthews, uno de los goleadores en la victoria inglesa (3-6), lo recordó de esta manera: «Todos los futbolistas ingleses estaban furiosos y en total desacuerdo, yo incluido. Eddie Hapgood, por lo general un capitán respetado y devoto,

meneó su dedo hacia el mandatario y le dijo lo que podía hacer con su saludo nazi, el cual involucraba metérselo donde el sol no brilla».

Inglaterra venció a Alemania con facilidad, pero se desató la polémica en algunos sectores de una sociedad en la que no todos rechazaban el nazismo. El *Daily Mail* y su dueño, lord Rothermere, habían apoyado abiertamente el régimen nazi, mientras que se sospechaba de las simpatías del duque de Windsor. El gesto de la selección inglesa no hizo sino poner de relieve la existencia de ciudadanos británicos cercanos ideológicamente al nacionalsocialismo.

Jonathan Duffy, de *BBC News*, analiza el encuentro como una gran victoria propagandística nazi, donde lo importante no fue el resultado ni la superioridad futbolística de los ingleses, sino que estos aceptaran mediante ese gesto a la Alemania nazi como una nación legítima en el ámbito internacional a escasos meses de la crisis de los Sudetes. Por otro lado, Eddie Hapgood escribió lo siguiente en sus memorias:

> Estuve en Suiza, Rumanía, Hungría, Checoslovaquia, Holanda, Austria, Bélgica, Finlandia, Francia, Noruega, Dinamarca, Suecia y Yugoslavia, estuve en un naufragio, en un choque de trenes y a centímetros de un accidente de avión. Pero el peor momento de mi vida, y uno que no repetiría por propia voluntad, fue cuando hicimos el saludo nazi en Berlín.

La polémica tuvo un antecedente tres años antes, en un amistoso entre las dos naciones en el estadio de White Hart Lane, casa por entonces del Tottenham en Londres, equipo que para más inri acabó por ser identificado con los judíos de la ciudad. Aquel encuentro suscitó todo un debate nacional. La comunidad judía y los partidos de izquierdas se movilizaron para impedir que los nazis —Hitler había llegado al poder dos años antes— pudiesen desplegar su propaganda en suelo británico a raíz del acontecimiento futbolístico.

La Federación de Inglaterra quiso separar el acontecimiento deportivo de las rivalidades políticas, pero el día del encuentro una manifestación antinazi se encontró con diez mil alemanes llegados en barco desde Hamburgo y en tren desde diversas partes de Inglaterra. Los ingleses, en un partido anodino, vencieron tres a cero a Alemania. El equipo alemán realizó el saludo nazi al escuchar su himno y los ingleses, como es lógico, no lo

hicieron, pero durante ese partido la esvástica ondeó sobre el suelo británico.

Vencer o morir en camisa negra

A pesar de haberse reforzado con los mejores jugadores de Austria, el equipo alemán, que tantas esperanzas había suscitado en Hitler y que competía con una gran cruz gamada en el pecho, no pudo suceder en la gloria futbolística a otra potencia fascista, Italia.

El Mundial de Francia de 1938 podría haber sido una oportunidad de confraternización en la Europa de entreguerras, pero supuso solo una muestra más del enrarecido y temible ambiente que se vivía en los países europeos durante aquel tiempo: todo el mundo sabía que la terrible realidad de otra guerra era inminente.

Así, Mussolini, dispuesto a volver a utilizar el fútbol para sus fines propagandísticos, decidió despedirse de su selección personalmente, antes de que partieran para disputar el Mundial. Organizó un acto en el *Palazzo Venezia* al que los jugadores acudieron con el uniforme fascista, y los conminó a la victoria con un discurso pronunciado desde el balcón ante una gran muchedumbre.

El entrenador italiano Vittorio Pozzo no era fascista, pero sí se aprovechaba de la autoridad casi militar que el gobierno le otorgaba. Controlaba con una férrea disciplina a sus jugadores, hasta el punto de impedirles leer la prensa o de revisarles el correo personal, como él mismo reconoció posteriormente en una entrevista. Todo estaba previsto y dispuesto para alcanzar la victoria.

Pozzo se había alzado con el triunfo en el Mundial anterior con un equipo basado en la garra, las ayudas arbitrales y los *oriundi* (cuatro argentinos y un brasileño), y fue capaz de reorganizar ese once para alzarse también con el oro en los Juegos Olímpicos de 1936. Para ello, inscribió jugadores profesionales como si fuesen estudiantes, y así logró burlar el carácter amateur del campeonato. Pero al Mundial de Francia acudió un equipo en el que Giovanni Ferrari y Giuseppe Meazza eran los únicos supervivientes del Mundial precedente.

Durante el partido de octavos de final contra Noruega, a la que derrotaron con esfuerzo en la prórroga, los italianos realizaron el saludo fascista antes de empezar el encuentro, lo que desató la ira del público francés y les granjeó su enemistad para el resto del campeonato.

Pero la gran contienda política tuvo lugar pocos días después, en el encuentro de cuartos de final con los anfitriones del torneo. Mussolini no había dejado nada al azar así que, el día en el que tenían que enfrentarse a sus odiados adversarios, los italianos aparecieron con unas camisetas negras en homenaje a la fuerza paramilitar del partido fascista. Ante unos sesenta mil espectadores galos, y algún que otro exiliado italiano, el desafío fue toda una declaración de intenciones.

Se enfrentaban dos formas de ver el mundo, la fascista y la democrática, en un clima asfixiante que no iba a tardar en explotar. Cuando los italianos llegaron al centro del campo y realizaron el saludo romano, obtuvieron como respuesta una sonora pitada que no cesó en todo el encuentro. Pero la presión del público no afectó al equipo italiano, que volvió a alzarse con la victoria con un resultado de tres a uno.

En semifinales, los italianos vencieron a Brasil, tras una controvertida decisión del seleccionador carioca, Ademar Pimenta, que decidió reservar durante ese partido a Leónidas, el Diamante Negro, máximo goleador del torneo, porque quería darle descanso para la final.

A Italia le bastaron cuatro minutos del segundo tiempo: un gol de Gino Colaussi y un penalti de Giuseppe Meazza —gran estrella italiana que acabó por dar nombre al estadio de Milán— mientras se agarraba el pantalón por la cintura tras habérsele roto la goma. Brasil se acercó a tres minutos del final con un gol de Romeu. La prensa oficial italiana celebró así la derrota de la selección brasileña: «Saludamos el triunfo de la itálica inteligencia sobre la fuerza bruta de los negros». Galeano, en *El fútbol a sol y sombra*, imaginó así el gol de Meazza: «Tomó impulso y, en el preciso momento en el que iba a asestar el golpe, se le cayó el pantalón. El público quedó estupefacto y el árbitro casi se tragó el pito. Pero Meazza, sin detenerse, atrapó el pantalón de un manotazo y venció al arquero desarmado por la risa».

Los brasileños acabaron terceros, tras imponerse a Suecia, con Leónidas como estrella, con la duda de saber si la ausencia de su mejor jugador en las semifinales pudiera haber cambiado el rumbo del campeonato.

Los italianos se enfrentaron en la final a Hungría, gran equipo que había marcado trece goles en tres partidos, a los que vencieron con un resultado de cuatro a dos, con dobletes de Piola y Colaussi, en el estadio Colombes de París. Los italianos volvieron a jugar el partido con las camisetas negras, símbolo de guerra del *fascio*. Antes del partido, Vittorio Pozzo recibió un telegrama personal de parte del *Duce* que rezaba: «*Vincere o morire*», vencer o morir. Tras el partido, el portero húngaro, Szabo, comentó: «Nunca me sentí más feliz después de un partido. Con los cuatro goles que me hicieron salvé la vida de once seres humanos».

El diario *La Gazzetta dello Sport* exaltó «la apoteosis del deporte fascista en esta victoria de la raza» y el *Duce* felicitó a los campeones del mundo en una recepción en la que los jugadores llevaron el uniforme del partido.

Tras dos victorias consecutivas en la Copa Mundial de la FIFA, la Italia de Pozzo entró en la historia del fútbol como una de las mejores selecciones nacionales de todos los tiempos. La Segunda Guerra Mundial acabó con el reinado de este equipo, y con los Mundiales durante doce años, privando a una gran generación de futbolistas de seguir disfrutando de lo que más amaban: el fútbol.

Fútbol en la fosa común

El 23 de agosto de 1939 la Alemania nazi firmaba con la Unión Soviética el pacto Ribbentrop-Mólotov, por el que ambas potencias se dividían Polonia antes incluso de que fuese invadida y derrotada. Las dos archienemigas iban a repartirse la nueva presa. Pocos días después, en septiembre, las tropas alemanas entraban en territorio polaco mientras los soviéticos hacían lo propio por la frontera contraria. La Segunda Guerra Mundial comenzaba y Polonia dejaba de existir.

Unos meses después, cuenta Toni Padilla en *Panenka*, Ernst Wilimowski, delantero de la extinta selección polaca, hacía cola en el ayuntamiento de Katowice con la intención de ser admitido en el *Deutsche Volksliste*, un organismo del gobierno alemán en el que podían inscribirse los habitantes de los países anexionados para, tras demostrar sus orígenes germanos, disfrutar de una serie de privilegios que no tenía la población ocupada. Wilimowski consiguió ser considerado alemán de pura cepa, gracias a su ascendencia silesia. Muchos jugadores de la selección polaca provenían de esa región y tenían apellidos de origen germánico. Ocho titulares polacos en el Mundial de Francia de 1938 se inscribieron en el *Deutsche Volksliste*, y pasaron a ser ciudadanos alemanes. De esta forma, los nazis pretendían «depurar» ciertas regiones del país.

El nombre real de Wilimowski era Ernest Prandella, pero acabó adoptando el apellido de su padrastro, con el que se hizo famosísimo en Polonia al debutar en la selección nacional con tan solo diecisiete años, siendo entonces el jugador más joven en hacerlo. Pero su mayor momento de gloria llegó durante el Mundial de Francia de 1938, en el que marcó, en el único partido que jugó, cuatro goles a Brasil.

Tras convertirse en alemán al entrar en la *Deutsche Volksliste*, el jugador obtuvo un trabajo como policía y se mudó a la ciudad alemana de Hamburgo, donde siguió jugando al fútbol. Wilimowski vistió la camiseta alemana en ocho amistosos y marcó trece goles. Sus fotografías con la

esvástica en el pecho imposibilitaron su regreso a Polonia al concluir la Segunda Guerra Mundial.

En 1942, cuando el signo de la guerra comenzó a cambiar, los privilegios de los polacos convertidos en súbditos alemanes se convirtieron en una sentencia: fueron movilizados y enviados al frente. Los jugadores que no se acogieron a ese proceso de conversión al nazismo sufrieron un destino mucho más cruel. El seleccionador, Józef Kaluza, murió en 1944 en Varsovia, enfermo como consecuencia de los trabajos forzados. Su ayudante, Marian Spojda, fue uno de los veinte mil oficiales polacos asesinados por los soviéticos en las fosas de Katyn en 1940, cuando huían de los nazis. Se le identificó por su carné de socio del Warta Poznan. Otros pudieron escapar y luchar con los aliados en los frentes de África o Italia. Józef Korbas, jugador de la selección, sobrevivió a Auschwitz, mientras que el delantero Antoni Lykos fue ejecutado en ese mismo campo de concentración por ser judío.

En esa fábrica de la muerte también estaba presente el deporte, que era fomentado por los mandos con el fin de entretener y desengrasar a los carceleros. Auschwitz contaba con gimnasio, piscina cubierta y un campo de fútbol, mientras que los oficiales solían montar a caballo y realizar excursiones en una aparente normalidad entre hornos crematorios y zanjas repletas de cadáveres.

Algunos domingos había partido con los prisioneros, normalmente alemanes presos por sus ideas políticas, que se enfrentaban a guardias de las SS. En Auschwitz II Birkenau los comandos de los hornos se enfrentaban a los de las SS y a algunos otros del Campo Gitano, que se encontraba cerca de las cámaras de gas. Bronislaw Cynkar, recoge Mario Escobar en *Nos prometieron la gloria*, llegó a salvar la vida gracias a sus habilidades en la portería: los nazis fueron postergando su ejecución porque lo necesitaban en el campo de juego.

El partido de la muerte

El 9 de agosto de 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, mientras la *Wehrmacht* cruzaba el río Don y se acercaba a Stalingrado, se celebraba en Kiev un partido de fútbol que pasó a la historia del deporte rey por sus trágicas consecuencias: el partido de la muerte.

Kiev se llenaba de refugiados que huían del todavía imbatible ejército alemán. Malvivían mendigando por las calles en una trágica estampa que acabó por provocar la conmiseración, o quizás el olfato empresarial, de un panadero que mantenía el negocio gracias a su origen alemán. Quiso el azar, o el destino, que aquel panadero, Jósef Kordik, fuera un hincha acérrimo del equipo principal de la ciudad, el Dinamo de Kiev, y que de entre esos miles de vagabundos expatriados por la guerra reconociese a la otrora estrella del equipo: el portero Nikolai Trusevich. Pronto comenzó a reunir en la panadería a los antiguos componentes del Dinamo y del Lokomotiv, el otro equipo de la ciudad, hasta formar la escuadra que pasó a la historia como el FC Start.

El equipo resultó muy útil cuando las autoridades invasoras alemanas vieron en el fútbol la herramienta ideal para entretener a la hambrienta población y a las hastiadas guarniciones ocupantes. Una tras otra, fueron contándose las victorias: combinados alemanes, rumanos o húngaros fueron cayendo hasta que los ucranianos se toparon con un equipo formado por miembros de la *Luftwaffe*, la fuerza aérea alemana, y las temibles SS de Hitler.

El Flakelf, como se denominó al equipo, fue humillado por el Start con un cinco a uno que sonrojó a los oficiales alemanes, quienes pidieron inmediatamente la revancha, finalmente celebrada el 9 de agosto de 1942.

El entretenimiento se había vuelto peligroso, pues la población ucraniana, vencida, veía reverdecer tímidamente su espíritu patrio gracias a las exultantes victorias del Start. Los alemanes no podían permitírselo: debían ganar ese partido a toda costa.

Cuenta la leyenda que el partido comenzó con la negativa de los jugadores del Start a saludar brazo en alto en el centro del Zenit Stadium, hoy rebautizado como Start Stadium en recuerdo de este legendario combinado. El encuentro lo arbitró un colegiado alemán, concretamente un general, que, como era de prever, permitió el juego sucio y violento, única manera que tenían los atléticos alemanes de superar la técnica de los famélicos jugadores ucranianos.

Durante el descanso, cuando los locales vencían por dos goles a uno a los invasores, un oficial alemán se presentó en el vestuario para advertirles de las funestas consecuencias que tendría para ellos salir victoriosos del encuentro. Los germanos marcaron un gol, no sin antes haber dejado fuera del campo al portero, Trusevich, noqueado por una patada en la cabeza. Pero los héroes ucranianos se alzaron finalmente con el triunfo. No sabían, aunque podían imaginarlo, que aquella gesta que estaba levantando el ánimo de sus compatriotas les iba a costar la vida a muchos de ellos.

El encuentro acabó cinco a tres. Los aficionados recuerdan aún un no gol que emocionó más a la grada que los ocho goles marcados aquel día. El defensa Oleksey Klimenko se hizo con el balón prácticamente en su campo y avanzó, decidido, sorteando a toda la defensa rival. A escasos minutos del final del partido, el zaguero del Dinamo llegó a regatear al portero alemán, pero, en el mismo instante en el que se disponía a lanzar el balón dentro del marco vacío, se detuvo, miró al público y, en un gesto de orgullo frente al invasor, lanzó la pelota a las gradas.

Poco tiempo después, la Gestapo arrestó en la panadería a la mayoría de los integrantes del equipo, oficialmente acusados de pertenecer a la NKVD, la policía secreta de Stalin. A algunos de ellos los llevaron al campo de concentración de Siretz, donde Klymenco, Trusevich e Ivan Kuzmenco acabaron siendo ejecutados en febrero de 1943.

A partir de entonces, puede que también ocurra en lo ya relatado, se mezcla la leyenda con la propaganda soviética, en un cóctel que dificulta sobremanera rescatar la verdad de esta terrible anécdota acaecida dentro de la inmensa espiral sangrienta de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la contienda, los soviéticos se encargaron de engrandecer la leyenda del partido. Estatuas en Kiev y varias películas contribuyeron a ensalzar el

espíritu patriótico de estos hombres que solo intentaban sobrevivir. Hoy la polémica sigue su curso y algunas voces niegan la versión soviética: el partido se desarrolló con total normalidad en un clima de compañerismo. Pero lo que nadie niega es el resultado del partido y la posterior muerte violenta de sus protagonistas. Sea como fuere, la leyenda pervive entre los hinchas del Dinamo, que aún pueden entrar gratis al estadio si conservan una entrada del día 9 de agosto de 1942.

Desconocida en Occidente, la historia saltó el telón de acero en 1981, y sirvió de base para el guion, bien distante de la realidad, de la película *Evasión o victoria*. Dirigida por John Huston, contó con un elenco de jugadores profesionales (Pelé, Ardiles o Bobby Moore) que fueron capitaneados en lo artístico por Sylvester Stallone, Max von Sydow y Michael Caine. En la película, el combinado ucraniano se convirtió en un equipo formado por prisioneros de guerra aliados, que prefirieron ganar a los invasores antes que aprovechar un plan de fuga. Como es sabido, en Hollywood las cosas terminan mejor que en la realidad y, en esta ocasión, la muchedumbre, exaltada por la victoria, ayudó a los futbolistas a huir del infierno de la guerra al son de *La Marsellesa*.

Carlos Marañón, autor de *Un partido de leyenda*, donde estudia la película y los hechos reales que la inspiraron, afirma que casi todo lo que sabemos tiene que ver directamente con la versión dada a conocer por la propaganda soviética. De hecho, dos películas, una húngara (*Dos medios tiempos en el infierno*, 1961) y otra rusa (*Tercer tiempo*, 1964), hacen hincapié en esta heroica versión.

Según Marañón, «hoy podemos dar por cierto que sí se disputaron dos partidos amistosos entre prisioneros ucranianos y militares alemanes […] y que los prisioneros los ganaron ambos. Lo que no está tan claro es que sufriesen represalias por su victoria. Sabemos que algunos de ellos murieron, pero hay que tener en cuenta que estaban relacionados con el Dinamo de Kiev, el equipo de la policía soviética, así que lo más probable es que sus muertes fueran actos de guerra, no una especie de macabra represalia deportiva».

El historiador italiano Mario Alessandro Curletto, en el libro *I piedi dei soviet*, también apunta a esta teoría, incidiendo en que los crímenes nazis

contra los jugadores no estaban relacionados con el resultado del partido, sino con cuestiones de militancia política.

Versión italiana de *Evasión o victoria*

Una mattina mi son svegliato,
e ho trovato l'invasor.

Bella ciao
Himno de la resistencia italiana.

Mucho más desconocida, hasta el punto de que los detalles se mezclan y se difuminan tanto que se nos hace difícil reunirlos todos, es la versión italiana de *Evasión o victoria*, una historia que bien podría haber servido de inspiración para la película dirigida por John Huston.

En Sarnano, un pequeño pueblo de la provincia de Macerata, se celebró un amistoso entre fuerzas alemanas y un equipo de partisanos, que descendieron de las montañas para jugar el partido. Así lo cuenta el documental *La Leggenda di Sarnano*, de Umberto Nigri, que recoge los testimonios de Mario Maurelli y Libero Lucarini, dos de los protagonistas de esta historia.

Era abril de 1944, y los alemanes intentaban detener el avance de los aliados en Italia, que había cambiado de bando unos meses antes, a través de una línea defensiva que, por un tiempo, cumplió sus objetivos: la línea Gustav. Todo el empuje de los ejércitos aliados se centraba en romper esa línea defensiva, que cayó en mayo y dejó libre el paso a Roma.

En el pueblo de Sarnano, un sargento de la *Wehrmacht*, cuya unidad estaba destinada en uno de los sectores de la línea defensiva, llamó a la puerta de la casa de Mario Maurelli, un árbitro profesional de fútbol, al que la presencia del militar hizo pensar en lo peor: su hermano, miliciano antinazi, hacía tiempo que luchaba en las montañas. Ni él ni el resto del pueblo habían olvidado la imagen del cadáver del partisano Decio Filippon, expuesto en la plaza tras ser ejecutado por las fuerzas ocupantes. Pero el sargento no venía a detener a Mario, sino a pedirle que organizase un

partido de fútbol para luchar contra el desánimo que cundía entre las tropas alemanas. Como condiciones, los alemanes pidieron que arbitrase Maurelli, que jugase su hermano y que el resto de los jugadores debían tener entre diecisiete y veintidós años, para enfrentarse a los soldados alemanes más jóvenes.

Aquel sargento prometió al árbitro que no se trataba de ninguna triquiñuela y que garantizaba personalmente la seguridad de los jóvenes que se presentasen a jugar el partido, aunque fuesen partisanos.

Tres días después, el 1 de abril, se celebró el partido en un campo cercano a la iglesia, ante el que se concentró todo el paisanaje. «¿Qué debemos hacer? ¿Vencemos? ¿Perdemos?» La decisión fue unánime: acordaron perder y salvar la vida. A las tres de la tarde comenzó el juego, con unos alemanes superiores en físico y unos italianos con más clase, ataviados con camisetas azules y calzado de montaña.

A los diez minutos de juego, un centro blando sin pretensiones fue cazado por Grattini que, con ímpetu vengativo, remató de cabeza al fondo de la red. El jugador se fue a celebrarlo junto al público, mientras sus compañeros eran presa del pánico y miraban al árbitro con cara de no saber qué hacer. En el descanso, el silencio de los italianos y del propio árbitro dejaba entrever su miedo a posibles represalias. Hasta Grattini, consciente ahora de las consecuencias de su olfato goleador, se mostraba contrito.

Durante la segunda mitad los alemanes no conseguían empatar el partido, a pesar de que los italianos, incluyendo al propio árbitro, no sabían ya cómo facilitar el gol de los invasores. Los minutos iban pasando y con ellos se acrecentaba el miedo y los nervios transalpinos. Quedaban solo cinco minutos para el final cuando Lucarini, que hacía poco tiempo que se había quitado el uniforme del ejército para unirse a los partisanos, se las arregló para regatearse a sí mismo, dejando libre el camino alemán hacia la portería. Los alemanes marcaron. Empate a uno, todos contentos.

Unos minutos después, Mario pitó el final del encuentro y los italianos echaron a correr. No pararon y siguieron corriendo hasta salir del campo y perderse por los montes Sibilinos, ante el temor de que los nazis pudiesen faltar a su palabra. Tras el partido, la guerra continuó.

El fantasma del Olímpico

Cerca del estadio Olímpico de Roma surge un obelisco de treinta y seis metros de altura, mármol de Carrara a la gloria inmortal del *Duce*. Desde 1932 es lo primero que los viandantes ven al bajarse del tranvía y cruzar el Tíber por el puente del duque de Aosta. Desde entonces, la figura del dictador fascista italiano sigue presente en el fútbol romano, resistente al paso de los años como la piedra del monumento.

Antes de Mussolini, en la ciudad de Roma coexistían diversos clubes de *calcio*, a los que el gobierno fascista obligó a fusionarse con el fin de obtener de aquella unión un club lo suficientemente fuerte como para competir con las todopoderosas escuadras del norte. Roma, capital del nuevo imperio fascista, también tenía que ser la ciudad más importante de la nación en el ámbito futbolístico. Nació, de esta manera, la AS Roma en el año 1927, tras la fusión de la Fortitudo Pro Roma, la Roma y el Alba Audace. El nuevo equipo adoptó el emblema de la ciudad, la loba capitolina amamantando a los fundadores de la urbe, Rómulo y Remo, y el rojo y el amarillo de las legiones romanas como colores deportivos.

Pero un equipo no se doblegó a los deseos del *Duce*, la Lazio, que se negó a sumarse al proyecto. Fundado en 1900 por un oficial de los Bersaglieri, Luigi Bigiarelli, el club nació ante la negativa obtenida por un grupo de amigos que quería participar en una competición atlética: se les exigió pertenecer a un club, y acabaron fundando uno que utilizaba el azul y el blanco en sus uniformes en honor a la Grecia clásica —en pleno desarrollo del movimiento olímpico—, y cuyo símbolo era el águila imperial.

El entonces presidente del equipo, el general fascista Giorgio Vaccaro, tenía el suficiente prestigio como para negarse a las aspiraciones de su jefe. Desde aquellos tiempos, los dos equipos, que comparten estadio, luchan por el cetro romano, y el derbi capitalino es el encuentro de mayor rivalidad

entre dos clubes locales de Italia, el partido que más pasiones levanta por el trasfondo histórico y social que lo acompaña.

En *Historias de Roma*, Enric González, que fue corresponsal en Italia, escribió que «Roma es una ciudad engañosa: tiene la piel suave y la voz dulce, pero a veces muerde». Según González, «quien desee ver los colmillos de la fiera no tiene más que acercarse al Estadio Olímpico en una jornada de derbi».

La Roma ha estado siempre vinculada a las clases populares y jugaba en el barrio del Testaccio, mientras que la Lazio jugaba en la zona burguesa de Parioli, con una hinchada mayoritariamente de clase media y alta. Esta diferencia que —aunque ya un poco difuminada— todavía pervive tiene su base no solo en la economía de los *tifosi*, sino también en la geografía urbana: la Lazio tenía más seguidores en la periferia de la ciudad y en la región, mientras que la Roma era más popular en los barrios del centro de la capital.

El derbi romano está muy presente en la cultura popular. Aparece, por ejemplo, en forma de comedia en *Il marito* (1957), película de Alberto Sordi, el actor más representativo de la idiosincrasia romana, y en otros filmes posteriores.

Esta pasión, sin embargo, tiene también su lado oscuro. Desde que Mussolini se hizo socio de la Lazio —por unas mil liras— y como obligase a los clubes romanos a la fusión que dio lugar a la Roma, el fantasma del fascismo sigue tan presente en el Olímpico como el obelisco. La Lazio siempre ha tenido fama de fascista, mientras que la Roma albergó a un sector comunista en su hinchada.

En los setenta nacieron los famosos Commandos Monteverde Lazio, liderados por Goffredo Lucarelli, un personaje apodado *il Tassinaro*, «el Taxista» en dialecto romano. Fue uno de los primeros grupos ultras tal y como los conocemos hoy en día. De ideología fascista, en 1987 se integraron en los *Irriducibili*, que hoy son el grupo de ultraderecha más temido del equipo. Enric González recuerda cómo un fiscal los definió de la siguiente manera: «El grupo más fascista, racista, homófobo y antisemita». A partir de esos años, y hasta ahora, los saludos y demás parafernalia simbólica fascista están ligados a los *Irriducibili*. Todavía hoy, cuando en el

Olímpico se juega contra la Roma o frente al comunista Livorno, los aficionados de la Lazio gritan *«¡Boia chi molla!»* («traidor el que se rinda››), un rugido propio de los *Fasci di combattimento*, del Partido Nacional Fascista de Mussolini.

En 1998, en un derbi romano, se pudo leer: «Auschwitz es vuestra patria. Los hornos, vuestras casas››. En 2001 sacaron otra pancarta: «Equipo de negros, hinchada de judíos». En 2012, el club fue denunciado por la Federación Inglesa por los cantos antisemitas dedicados al Tottenham durante un partido de Liga Europa. En 2017 imprimieron fotografías de Anna Frank retocadas para que vistiese una camiseta de la Roma y las pegaron en los asientos destinados a los aficionados romanistas.

Momento de máximo esplendor de la exaltación fascista en el Olímpico fueron los años de Paolo di Canio, que llevaba tatuada la palabra *«Dux»* en el brazo en honor a su admirado Mussolini, y cuya imagen con el brazo en alto, a la manera fascista, dio la vuelta al mundo cuando en el derbi romano de enero de 2005 celebró de esta manera un gol ante la Roma. Antes había pasado a la historia futbolística por ser sancionado tras agredir a un árbitro en Inglaterra y por haberse negado a marcar un gol aprovechando la lesión del portero rival, lo que le valió un premio *Fair Play* de la UEFA.

Tal y como relató en su momento Enric González en *El País*, el ministro de Comunicación, el presidente regional y el director de los servicios informativos de la RAI alabaron el «gesto espontáneo» y de «entusiasmo viril» de Di Canio en una sociedad en la que, todavía, el pasado fascista constituye una nostalgia permisible.

España o la fallida conversión al fascismo

La pelota partida en dos: la guerra civil del fútbol

El último gran partido oficial, antes del estallido de la contienda fratricida, se celebró el 21 de junio de 1936 en Valencia. Se enfrentaron el Real Madrid y el Barcelona por el título de la Copa del Presidente de la República en un partido que acabó con un dos a uno para los madridistas. Ricardo Zamora, capitán blanco, salió a hombros del encuentro tras una parada prodigiosa al barcelonista Escolá, que a la postre determinó la victoria de los madrileños.

El *Anuario de la Federación Española de Fútbol* de 1950, en pleno franquismo, recordó el partido de la siguiente manera: «Los comunistas acudieron al estadio para descargar su odio revolucionario contra el Real Madrid, a quien estimaban símbolo de la tendencia combatida. Sobre Ricardo Zamora se centraron todos los ataques. Hasta una botella se le arrojó sin que, por fortuna, hiciese blanco». Aunque con el sesgo político del momento, el texto refleja una cruda realidad: la España partida en dos —también en los campos de fútbol—, que empezó a desangrarse unos pocos días después, a partir de la sublevación de los militares del 18 de julio.

En el frente, la guerra hizo imposibles las competiciones. A veces, las llamadas confraternizaciones —reuniones entre soldados de ambos bandos prohibidas por los dos contendientes bajo pena de cárcel o de paredón— acabaron en partiditos de fútbol que hacían olvidar a los jóvenes soldados las desgracias del tiempo que les había tocado vivir.

En las retaguardias se intentaron organizar competiciones con la intención de fingir una normalidad propia de los futuros vencedores. En 1937 se llegaron a tener dos campeones de sendas competiciones ideológicamente antagónicas. En la zona franquista, el Sevilla ganaba la primera Copa del Generalísimo, creada en honor a Franco, a la vez que el Levante se alzaba con la Copa del Presidente de la República.

Mientras, jugadores, técnicos y directivos, al igual que pasaba con el resto de la población, se jugaban la vida dependiendo de sus ideas y su domicilio. A Zamora lo dieron por muerto. A Samitier lo detuvieron los anarquistas de la FAI y acabó huyendo de la España republicana en un barco de guerra francés: «Llegué a Francia con dos trajes, mucha hambre y sueño», declaró posteriormente a *La Hoja del Lunes*.

Jacinto Quincoces, famoso defensa internacional, fue reclutado para luchar en las campañas del Norte y en Villarreal con las Brigadas Navarras, hasta que fue requerido para jugar con la primera selección franquista. Como premio por los servicios prestados, fue nombrado funcionario del Servicio Nacional del Trigo, y el diario *Marca* llegó a destacar su figura como ejemplo de futbolista afecto a la causa nacional, frente a los deportistas que pusieron «el nombre de nuestra España a los pies de los caballos».

El exjugador y directivo del Real Madrid, Santiago Bernabéu, vivió toda una odisea durante la guerra. Primero lo persiguieron por la capital, y llegó a fingir una operación para que lo internaran en un sanatorio. Luego pasó a esconderse en una buhardilla, hasta que logró refugiarse en una embajada. En 1938 pudo llegar a Francia desde la zona republicana, para entrar posteriormente en territorio franquista y convertirse en cabo del ejército del futuro dictador.

Ramón Lafuente, internacional del Atlético de Madrid, logró escapar de las torturas de una checa del Madrid rojo, viviendo escondido hasta la caída de la ciudad en manos de las tropas franquistas. Y así cientos de historias, de supervivientes y de víctimas, a ambos lados de las trincheras.

Entre los bulos que aparecen en la prensa se anuncia, en abril de 1937, que se ha encontrado el cadáver de Lángara entre los doscientos muertos hallados por las tropas nacionales en la plaza de Ochandiano, asesinados «por los rojos al abandonar el pueblo», escribió *El Ideal Gallego*. Pero Lángara no solo no fue fusilado por los republicanos, sino que poco después salió de gira con la selección de Euskadi por Europa y América.

En esas mismas fechas, el Barcelona recibió una invitación para hacer una gira por México, con la que recaudar algo de dinero y aportar visibilidad a la causa republicana. Durante ese mismo verano, el Barcelona,

tras el pago de unos quince mil dólares, se enfrentó a equipos como el América, el Atlante, el España, el Necaxa —campeón de la liga mexicana — y el Asturias.

La gira se amplió con otro partido frente al América, dos contra la selección mexicana y cuatro partidos más en la ciudad de Nueva York, donde anunciaron el regreso del equipo para septiembre. Pero no todos los jugadores volvieron a España, pues muchos se quedaron jugando en México o marcharon a Francia, siendo acusados de desertores. Solo cuatro jugadores y el entrenador, O´Connell, volvieron a la Cataluña republicana.

El poeta que besó a Ricardo Zamora

No me desvela el juicio de la gente.
No curo del mañana ni el presente.
Bebo para olvidar… Siempre la garra

de la calumnia al cuello, sin fortuna,
muerta la fe, sin ilusión ninguna
y, en la mano, una bala, como Larra…

PEDRO LUIS DE GÄLVEZ
Ecce-Homo

Julio de 1936, primeros días de la guerra en España y el mundo, estupefacto ante la magnitud y la crueldad de la barbarie, no se explica muy bien qué ocurre, ni quiénes son los buenos y los malos. Los muertos se amontonan sobre las ruinas aún humeantes del Cuartel de la Montaña y los sindicalistas pasean por las calles, armados por el gobierno como última esperanza frente a los militares sublevados.

En la prensa deportiva francesa dan por muerto al portero Ricardo Zamora. Jules Rimet, mandamás de la FIFA, y el guardameta Franz Platko dan credibilidad a las noticias. El delito del cancerbero: ser colaborador del diario católico *Ya*. En la zona nacional lamentan su muerte y le hacen misas, mientras fusilan a Federico García Lorca en Granada.

En Barcelona, ya en el mes de octubre, un amistoso a favor de la República acababa con la victoria de la selección de Cataluña frente a la de Valencia, dos goles a cero, y los capitanes, Vantolrá e Iturraspe, piden a Companys saber qué ha ocurrido con su compañero. «Aseguramos que, aunque monárquico, Zamora no es un fascista», le dijeron al *President*.

Tras las gestiones del presidente catalán, no sin antes soportar varios meses de incertidumbre, se llegó a confirmar la «no muerte» de Zamora,

que había permanecido preso en la Modelo desde los inicios de la guerra, cuando un grupo de milicianos registraron la casa madrileña donde se había escondido. En prisión, un fortuito encuentro le salvó la vida, sacándole del listado de futuros fusilados.

Es difícil saber qué sintió Zamora en la cárcel Modelo de Madrid, donde el griterío era ensordecedor. El gimoteo de los torturados se mezclaba en el ambiente con los ruegos de los detenidos, a los que el vientre se les partía en dos al contemplar de improviso el panorama hacia el que sus captores los arrastraban. El calor de julio hacía aún más insoportable la espera de los centenares de prisioneros que abarrotaban las celdas. Cada cierto tiempo, cuando en una lenta cadencia un miliciano nombraba con desprecio a un encarcelado, este intentaba adivinar si lo llamaban para fusilarlo o para liberarlo, si estaba allí su familia para socorrerlo con algo de comida, o si un juicio sumarísimo le esperaba antes del patíbulo y la fosa común.

En una de las celdas mohosas y oscuras lo vio Pedro Luis de Gálvez, poeta metido a represor chekista, que entraba y salía de la cárcel dando bocinazos, aprovechando su inteligencia y las circunstancias para dotarse a sí mismo de una autoridad que nadie le había otorgado. Pedro Luis de Gálvez era «ulcerado y bueno», según el escritor Cansinos Assens, uno de esos malditos de la literatura que pululaban por los cafés de Madrid soñando con la gloria y pegándole sablazos a aquellos que ya la habían alcanzado. Fascinó a algunos de sus contemporáneos, como a Ramón María del Valle-Inclán, a Guillaume Apollinaire o a Ramón Gómez de la Serna. Un crápula que conquistó con sus poemas a Borges y acabó protagonizando la novela de Juan Manuel de Prada, *Las máscaras del héroe*, cuando ya nadie se acordaba de él. Durante los primeros días de la guerra, Gómez de la Serna lo vislumbró tras los veladores del café del Lyon d´Or, en la calle de Alcalá, «con un mono u overall de seda azul, al cinto dos pistolas y al hombro un máuser». Aquella noche, don Ramón decidió «salir para América, pues el ver a Pedro Luis convertido en un hombre de acción, amparado por las circunstancias, me hizo pensar en lo que podría hacer si sentía sed de venganza». Por las calles circulaban las hazañas de un cruel Gálvez que, arropado por un grupo de criminales, buscaba por la ciudad a aquellos literatos con los que tenía cuentas pendientes, disfrutando, por fin

en su penosa vida, del dulce poder de disponer a su antojo de las vidas de los que antes se negaban con desprecio a sufragarle un mísero vaso de vino en aquellas noches madrileñas «de golfas y aguardiente», en palabras de Manuel Machado.

Según publicó en su día Gómez de la Serna en el argentino *La Nación*, Pedro Luis de Gálvez apareció en la Modelo, suponemos que con su tragicómico atuendo descrito por el inventor de las greguerías, y reclamó la atención de reclusos y milicianos sobre el hombre que, a veces, le invitaba a un bistec y media tostada en los cafés de Madrid. «He aquí a Ricardo Zamora, el gran jugador internacional de fútbol», dijo el escritor. «Es mi amigo y muchas veces me dio de comer. Está preso aquí y esto es una injusticia. Que nadie le toque un pelo de la ropa. Yo lo prohíbo», pronunció el poeta con solemnidad antes de besar y abrazar al portero mientras gritaba: «¡Zamora, Zamora!».

Liberado el guardameta gracias a Gálvez, que se creyó tanto el personaje creado por él mismo que nadie se atrevió a poner en duda sus órdenes, encontró refugio en la Embajada Argentina junto a su familia, para ser evacuado más tarde hasta Marsella a bordo del barco argentino Tucumán, tras un acuerdo del gobierno albiceleste con el republicano que le permitió terminar su carrera en la liga francesa.

Años después comenzó un exitoso recorrido por los banquillos de diversos equipos españoles, llegando a ser condecorado por el mismo Franco, así como lo fue anteriormente por el primer presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora. También empezó a colaborar con el nuevo semanario deportivo, *Marca*, firmando sus artículos con un «Amoraz» que invertía desordenado su famoso apellido.

A Pedro Luis de Gálvez lo sentenció a muerte un tribunal militar, más por inventarse crímenes que por cometerlos, puro postureo revolucionario para sobrevivir en el Madrid rojo de las sacas y el «no pasarán». En el juicio presentó, como prueba de sus buenas acciones durante el conflicto, una foto dedicada de Ricardo Zamora: «A Pedro Luis Gálvez, el único hombre que me ha besado en la cárcel». Fue fusilado el 30 de abril de 1940 en la cárcel de Porlier, poco antes de que Zamora, ya entrenador, ganase la Liga con el Atlético Aviación.

El *President* asesinado en el Alto del León

En el puerto de Guadarrama, entre las provincias de Madrid y Segovia, hay un león, parte de un monumento levantado durante el siglo XVIII, que hizo que el puerto pasara a llamarse El Alto del León. En el sangriento verano de 1936, nada más iniciarse la Guerra Civil, jóvenes falangistas de las provincias de Castilla consiguieron parar en este enclave, a unos mil quinientos metros de altitud, a los milicianos madrileños que acudían a sofocar la rebelión de los franquistas.

Poco tiempo después, movido por unas falsas noticias que anunciaban la toma republicana del enclave, el diputado de Esquerra Republicana de Catalunya, Josep Sunyol i Garriga, llegó al lugar en coche oficial, con chófer y unas cincuenta mil pesetas para repartir entre las tropas que suponía victoriosas. El vehículo pasó la línea republicana, adentrándose en la zona nacional, mientras Sunyol profería unos vivas a Cataluña y a la República que acabaron por costarle la vida. Los falangistas lo sacaron del auto y lo fusilaron allí mismo.

Sunyol, poco tiempo antes —el 10 de julio— había dimitido como presidente del Fútbol Club Barcelona. Pese a que el crimen pasó a la historia como un ejemplo de anticatalanismo, lo cierto es que Sunyol fue asesinado no por barcelonista, sino por republicano.

El poeta falangista Federico Urrutia, en su libro *Poemas de la Falange eterna* de 1938, dedicó una cuarteta a estos jóvenes falangistas que defendieron el alto y fusilaron a Sunyol. Desde entonces, y hasta hace poco tiempo, el enclave pasó a denominarse durante el franquismo el Alto de los Leones de Castilla, «en recuerdo del heroísmo derrochado […] por los combatientes de Valladolid y Segovia, que sin igual bravura detuvieron, a costa de su sacrificio fecundo y memorable, el empuje de las fuerzas marxistas», según la orden ministerial firmada por el mismísimo Serrano Súñer.

El batallón deportivo de la República

Al igual que miles de trabajadores se presentaban en los batallones formados por las organizaciones sindicales para defender la República, los deportistas afines al bando republicano también se preparaban para la lucha.

En Madrid, en agosto de 1936, recién comenzada la guerra, la Federación Española de Fútbol se encargó de organizar una nueva unidad militar compuesta enteramente por deportistas, aunque de ellos destacaban los futbolistas, más famosos que el resto. A la unidad militar, aparte de partir en el futuro al frente, como se anunció en un principio, también se le encomendó la misión de organizar eventos deportivos que sirviesen de actos propagandísticos que recaudasen fondos para la causa republicana.

La sede del batallón se instaló en las oficinas del Madrid, en la calle Recoletos, y se puso a su disposición el estadio de Chamartín. La inscripción de deportistas, entre los que destacaban varios del Real Madrid —que entonces había perdido el título de «Real»—, del Atlético y de otros equipos, permitió la formación de tres compañías: Sunyol (en homenaje al expresidente barcelonista fusilado), Alcántara y Valencia. El equipo de fútbol del batallón lo capitaneaba Félix Quesada, que había ganado dos ligas con el Real Madrid y había disputado nueve partidos con la selección nacional; la organización contaba con los fondos de la Federación, que prestó sus brazaletes con el escudo federativo como signo distintivo de los miembros de la unidad.

El Batallón Deportivo solo organizó un partido, frente al Atlético de Madrid, al que ganó por dos goles a cero, pero permitió a muchos de sus integrantes alejarse del frente y, a otros, conseguir una patente de defensores de la República que les salvase de las iras de los milicianos, tal como sostiene Relaño en *366 historias del fútbol mundial*. El 28 de septiembre de 1936, el diario *Informaciones* se hacía eco de la disputa de este encuentro tras el que «tuvo lugar un concierto, en el que se

interpretaron diversos himnos proletarios, a los que correspondió el público con incesantes muestras de simpatía».

Los vascos errantes

La caída del País Vasco en manos de las tropas franquistas en junio de 1937 precipitó la partida de la selección vasca hacia América, preparada tiempo atrás por el *lehendakari* José Antonio Aguirre, dirigente del Partido Nacionalista Vasco y gran hincha del Athletic. A los jugadores de este equipo se les unieron varios jugadores vascos pertenecientes a diferentes clubes, como Lángara, del Oviedo, Emilín y Regueiro, del Real Madrid, o Areso, del Barcelona. Bajo la denominación de «equipo de fútbol de la República de Euskadi», visitaron París, la República Checa, Polonia, donde un partido fue suspendido por interferencias de la Alemania nazi a instancias de la España franquista, y Rusia, donde permanecieron dos meses y medio.

En la Unión Soviética visitaron a los llamados «niños de la guerra», que fueron evacuados de la zona republicana y acogidos en territorio ruso. En Moscú jugaron contra el Spartak, el Dinamo, el Lokomotiv y una selección de todos los «dinamos» de la URSS —para conocer la versión soviética de esta gira, merece la pena leer el libro de Curletto, *Fútbol y poder en la URSS de Stalin*, que proporciona curiosos detalles sobre la misma y que afirma que la grandiosa acogida al equipo vasco por parte de los países del Este se debió a que eran recibidos como heroicos combatientes republicanos—. Las siguientes paradas de la gira fueron Leningrado, Kiev, Minsk y Tiflis.

Según el jugador soviético Nikolái Stárostin, uno de los fundadores del Spartak, los partidos ante los vascos se convirtieron en una prioridad para los altos cargos soviéticos: «Los vascos no debían abandonar la Unión Soviética sin haber sido superados al menos una vez: para los altos funcionarios la cuestión se había convertido casi en una obsesión». Para lograrlo, enviaron vodka a los jugadores españoles, les organizaron extenuantes excursiones antes de los partidos e, incluso, llegaron a recibir

las proposiciones indecentes de chicas que, en realidad, trabajaban para el servicio secreto.

La expedición continuó su viaje por Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca para regresar a Francia, donde jugaron tres amistosos contra el Racing de París y uno frente al Olympique de Marsella.

La gira proporcionaba algunos beneficios que se gastaban, casi en su totalidad, en comida, hoteles y desplazamientos, y lo poco que sobraba se repartía entre los integrantes de la expedición. Lo que sí habían logrado era imponer en la agenda informativa de muchos países europeos el problema español. Se puede decir que la causa republicana tuvo en ellos, durante estos meses, a los mejores embajadores.

Antes de partir hacia América, realizaron una última parada de nuevo en Checoslovaquia, donde, mientras se preparaban para cruzar el océano, unos enviados de la España franquista intentaron convencer a los jugadores para que desertasen del equipo y se incorporasen a las filas sublevadas. Dos jugadores sucumbieron a la tentación: Roberto y Gorostiza.

El franquismo le daba un primer golpe a la selección vasca, obteniendo de esta manera un tanto propagandístico frente a la República. A finales de 1937 la expedición vasca viajaba, sin estos jugadores, rumbo a Nueva York desde el puerto de Le Havre. Desde allí partieron hacia el puerto mexicano de Veracruz.

En México continuaron la racha victoriosa cosechada en Europa. Lángara marcó siete goles en un solo partido, lo que facilitó a la selección vasca firmar un contrato con Argentina, donde jugaron cinco encuentros a partir de febrero de 1938. La protesta del gobierno franquista a la FIFA, a pesar de que la República seguía siendo un gobierno legítimo, acabó con la decisión de Jules Rimet de prohibir los partidos de la selección vasca, lo que los obligó a retornar a México. La prensa argentina, además, había mostrado una reacción hostil hacia la causa republicana, lo que se sumaba a los insultos de jóvenes falangistas que acudían a diario al hotel del equipo.

En España, la prensa franquista criticó duramente a los vascos: «No se les pudo convencer de que su deber era incorporarse a la España nacional, que sabía acoger y perdonar a los descarriados», «solo dos de aquel conjunto de renegados reaccionaron dignamente» o «con su concurso a la

finalidad propagandística que la gira tenía, contribuyeron, aunque de manera ineficaz, a las consignas de los dirigentes rojos», fueron algunas de las perlas que les dedicaron tras el viaje a Argentina y que recoge Fernández Santander en *El fútbol durante la Guerra Civil y el franquismo*.

Tras el desastre, el equipo fue perdiendo integrantes. Iraragorri y Emilín ficharon por el San Lorenzo de Almagro y Areso por el Racing de Avellaneda. El resto partió hacia Cuba, donde jugaron varios partidos.

De vuelta a México, se convirtieron en un equipo más de la liga de ese país, llegando a ser subcampeones en la temporada 38-39. El éxito provocó el desembarco de jugadores de este equipo en la liga Argentina: Zubieta fichó por el Estudiantes de la Plata, Lángara por el San Lorenzo, Basco, Aedo y Cilaurren por el River Plate. Para la prensa franquista eran «judíos errantes».

Lángara evita el fuera de juego

Isidro Lángara anotó trescientos treinta y seis goles en doscientos ochenta y siete partidos, toda una machada que lo convierte, aún hoy, en uno de los mejores goleadores de todos los tiempos. Jugador del Tolosa, con una pierna más corta que otra, lo fichó el Real Oviedo en la temporada 30-31. Allí se convirtió en el mejor delantero de la Liga, jugador capital de la selección, héroe del Mundial de 1934 e integrante del once ideal mundialista y, en tres ocasiones, máximo goleador del campeonato liguero.

En 1936, la Guerra Civil lo sorprendió en Andoain de vacaciones, donde los milicianos lo apresaron. A pesar de su popularidad, lo llevaron como prisionero al barco Cabo Quilates, fondeado en Lekeitio, que hacía de prisión republicana, acusado de haber participado como soldado de reemplazo en la represión contra los mineros asturianos en 1934.

La intervención del árbitro Iturralde Gorostiza —abuelo del también árbitro Iturralde González— y de varios miembros del PNV le permitió salir de prisión; después de permanecer escondido en casa de Iturralde varios días, Lángara fue reclutado por el equipo de vascos que representaba la causa republicana por el mundo.

En el primer partido, la selección vasca ganó por tres goles a cero al Racing de París en el Parque de los Príncipes; todos los goles fueron de Lángara. Al día siguiente, ambos equipos compartieron mesa y brindis con champán en una comida que acabó por indigestarse al conocerse la noticia del bombardeo de Guernica. El resto de la historia de «los vascos errantes» ya la hemos contado, así como el paso de Lángara por la competición argentina, donde un niño llamado Alfredo Di Stéfano, de la mano de su padre, contempló cómo, en la cancha de River Plate, Lángara marcaba cuatro goles en su debut con San Lorenzo de Almagro.

Tras cuatro temporadas en Argentina lo fichó el Real Club España de México. Siguió marcando goles y se convirtió en el símbolo de los exiliados españoles en el país azteca.

En 1946, tras nueve años de peregrinaje, y tras un desengaño amoroso, el recuerdo de su novia de juventud, Nieves, lo llevó a regresar a España, de nuevo al Oviedo, donde consiguió ser respetado por el franquismo aun cuando la represión era todavía brutal. Marcó dieciocho goles en veinte partidos y volvió a la selección con treinta y cuatro años para ser suplente de Zarra, pero no pudo recuperar a su antigua novia que, como se decía entonces, no le había guardado la ausencia.

Salazar, Franco y tres rebeldes: «Yo no levanto el brazo»

A finales del año 1937, el frente en torno a Madrid se mantenía estable, al mismo tiempo que las tropas de Franco iniciaban una ofensiva por el norte de la Península. La República, apoyada principalmente por la URSS, estaba cada vez más aislada, mientras que los franquistas se esforzaban por lograr que su gobierno fuera reconocido como el legítimo de España más allá de sus fronteras.

En este contexto, el fútbol jugó un papel decisivo para dar a conocer al mundo la España de Franco. Para ello, se organizó lo que *El Faro de Vigo* denominó «el primer partido de la España liberada», un duelo entre los equipos de España y Portugal cuya finalidad no era otra que resaltar todavía más el apoyo de Salazar a las fuerzas franquistas, ya expresado a través del envío de suministros y voluntarios para reforzar su ejército. La fecha del encuentro se estableció más tarde que la sede en la que se disputaría, el estadio de Balaídos de Vigo. Ese amistoso, carente de oficialidad, necesitó del apoyo de la FIFA que, tras arduas negociaciones, acabó por admitir a la Federación franquista como representante legítima del fútbol español.

Se dio orden para que las autoridades prestasen apoyo total a la organización del partido, que se celebró finalmente el 28 de noviembre. España jugó con camiseta azul claro y pantalón azul oscuro; Portugal, con casaca blanca y pantalón azul. Ambos equipos eliminaron de su uniforme el color rojo —una tendencia que, como escribe Miguel Ángel Lara en el diario *Marca*, alcanzó en esa época al Benfica de Lisboa: el equipo *vermelho* («rojo») pasó a conocerse como «el encarnado», y así se sigue conociendo hoy.

El seleccionador franquista, García Salazar, combatiente con las Brigadas Navarras en el Frente Norte, llegó a Galicia el mismo día del partido. Franco mandó destinar dieciocho mil pesetas para mejorar los accesos al estadio vigués, y para facilitar el traslado de los hinchas lusitanos se decidió que solo fuese necesario enseñar el documento nacional de

identidad portugués para cruzar la frontera, tal y como se había hecho en 1929 con motivo de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

El encuentro estuvo precedido por un homenaje de la Falange al escritor lusitano Luis de Camões en la plaza de Santiago de Compostela, con presencia tanto de falangistas españoles como de legionarios portugueses.

El partido lo dirigió el italiano Balassina y lo presidió el general Carmona. Como no podía ser de otra manera, aquello se convirtió en una demostración de músculo del nuevo régimen, al que, sin embargo, le falló el resultado final: Portugal venció por primera vez a España por dos goles a uno. La derrota, sin embargo, fue lo de menos, habida cuenta del importante reconocimiento internacional que obtuvo gracias a este evento el llamado «alzamiento nacional» de Franco.

El *ABC* de Sevilla —la edición nacional estaba en el Madrid republicano — destacó, en la crónica telefónica de su enviado al estadio vigués, a los futbolistas españoles como pregoneros de la grandeza de la España de Franco, «tan sobrada de arrestos viriles que aún los gasta sin detrimento de los frentes en la métrica de la fortaleza racial». Soldados y futbolistas.

La vuelta se jugó el 30 de enero de 1938 en Lisboa, el mismo día en el que Franco nombró su primer gobierno en Burgos. El partido, concebido como una gran muestra de afecto popular a los dos dictadores ibéricos, pasó a la historia por el gesto de varios jugadores portugueses, que mandó a un segundo plano el resultado del enfrentamiento (victoria del equipo portugués por uno a cero).

Tres jugadores de Os Belenenses no hicieron el obligado saludo fascista al inicio del partido. Quaresma dejó los brazos pegados al cuerpo mientras que Azevedo y Amaro levantaron el puño. Sin embargo, la prensa no publicó las fotos originales; de este modo, la censura logró resolver el problema, y los tres futbolistas tuvieron que afrontar las consecuencias de su provocación: fueron detenidos y conducidos por las autoridades a la sede de la PIDE (Policía Internacional y de Defensa del Estado), de la que pudieron zafarse únicamente gracias a las buenas relaciones que la cúpula de Os Belenenses tenía con el dictador portugués.

La prensa franquista narró todos los pormenores del partido, incluyendo los detalles de la cena posterior, pero no hizo ninguna mención a los tres

indómitos jugadores portugueses que se negaron a levantar el brazo. A pesar del beneplácito de la FIFA en su día, estos partidos no han sido reconocidos oficialmente.

La Copa del Generalísimo en Barcelona y la militarización del fútbol

El 26 de enero de 1939 las tropas de Franco desfilaban por Barcelona, la República había sido derrotada y se restablecía «el orden». No tardó entonces en convocarse la celebración de la Copa del Generalísimo y se acordó que la capital catalana, símbolo de la lucha republicana, tenía que ser el lugar que acogiera la primera final del campeonato el 25 de junio de ese mismo año.

El General Moscardó, fijándose en el modelo de Alemania, adonde había viajado en busca de ideas, anunció que el Consejo Nacional de Deportes quedaría compuesto únicamente por militares y que, por tanto, los deportistas estarían sujetos a la disciplina castrense. En otras palabras, se militarizó la administración del fútbol.

Ejemplo de ello fue el Atlético de Aviación, actual Atlético de Madrid: los huérfanos de aviadores entraban gratis a su campo, estaba presidido por un comandante del Ejército del Aire y su capitán tenía el grado de sargento. Un general de Intendencia fue nombrado presidente del Real Madrid. La nueva Federación Española la dirigía un teniente coronel, Julián Troncoso, que había sido el encargado de negociar con la FIFA para que esta diera legitimidad a la Federación franquista, así como de aplicar medidas para perseguir y depurar a los futbolistas y directivos que hubiesen tenido algún tipo de vinculación con la República. «No consentiremos que un delantero centro pueda ganar más que un coronel», declaró firme ante la prensa deportiva.

Al igual que otros sectores de la vida social, el fútbol también tuvo que ser reconstruido después de la guerra, lo que se hizo con criterios políticos y militares: se premió con subidas de categoría o permanencias a equipos de zonas que habían apoyado a los franquistas. Al Osasuna, por ejemplo, se le intentó subir a Primera por la lealtad de Navarra a los sublevados desde el principio de la guerra. Este proceso lo explica con todo lujo de detalles

Carlos Fernández Santander en *El fútbol durante la Guerra Civil y el franquismo*.

En este contexto, después de tres años de guerra, se organizaron una serie de campeonatos en Andalucía, Ceuta, Galicia, Baleares, Navarra y otras zonas del país, obviándose las zonas que resistieron como republicanas hasta el final de la guerra, como Madrid, Valencia y Cataluña. Los campeones de estos torneos jugaron la fase final de la Copa del Generalísimo. El Athletic, desdibujado por el éxodo de sus futbolistas hacia el exilio, tampoco disputó la competición.

Entre el 14 de mayo y el 25 de junio llegaron a semifinales el Sevilla, el Oramendi Baracaldo, el Alavés y el Racing de Ferrol, que ahora se apellidaba «del Caudillo». Como aperitivo a la final se organizó un derbi entre los dos equipos de la Ciudad Condal, el Espanyol y el Barcelona. Al Barça, símbolo catalanista durante la guerra, se le había impuesto una gestora.

Moscardó fue designado el representante gubernamental en la ciudad: realizó un tributo a los caídos del bando nacional, descubriendo una placa en el estadio de Montjuïc —hoy llamado Lluís Companys en homenaje al expresidente de la Generalitat de Cataluña fusilado por Franco—, y presidió un acto religioso en la Catedral.

Pero algo salió mal en la fiesta futbolística del franquismo. El derbi barcelonés fue sustituido sin previo aviso y sin dar ninguna explicación por un partido entre el Atlético Aviación y el Recuperación de Levante, ambos equipos militares. La gestora del Barcelona animaba en un comunicado a sus socios a «colaborar con la fiesta patriótica», pero evitó jugar un encuentro en el que se sentían señalados políticamente.

El día de la final, los capitanes portaron antes del encuentro una corona de flores con una banda rojigualda con la leyenda «En memoria de los caídos por Dios y por la patria». Además se estrenó la marcha de la victoria titulada *«Franco»*, del maestro Torrens, y los jugadores escucharon el himno nacional con el brazo en alto. El Sevilla ganó finalmente la Copa por seis goles a dos al Racing de Ferrol y el general Moscardó entregó el trofeo al sevillista Campanal sobre el césped.

Solo unos días después, el Barcelona reinauguró su campo de Les Corts con un encuentro frente al Athletic, al que goleó por nueve a uno. En el acto, el general Álvarez Arenas dejó claro que el franquismo no se fiaba del Barcelona: «El Barcelona de hoy ha sabido arrojar para siempre la semilla de los antiespañoles, exponiendo su idea de que patrióticamente han de ser las entidades deportivas, el verdadero fin del deporte sano y educativo de multitudes».

Para «purificar» el club, las autoridades franquistas habían diseñado un acto propagandístico coincidente con la reapertura del campo. En dicho acto participó, entre otros falangistas, el intelectual e ideólogo del régimen, Ernesto Giménez Caballero, que habló de un club que «se había descarriado inducido por espíritus malignos».

La temporada 1939-1940 finalizó con el triunfo del Atlético de Aviación, mientras que la Copa del Generalísimo fue para el Espanyol de Barcelona, curiosamente dos equipos alineados con el régimen. El Atlético pasó de estar descendido a ganar la Liga y el Espanyol a representar las esencias patrias en Cataluña.

Poco después, en enero de 1941, siguiendo la estela de la política deportiva nazi en Alemania, los clubes recibían una notificación por parte de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda que los instaba a adecuar sus nombres al español, desechándose los vocablos extranjeros. El Athletic pasó a ser el Atlético de Bilbao, el Sporting sería el Deportivo de Gijón y el Fútbol Club Barcelona, Club de Fútbol Barcelona.

En noviembre de 1941 visitó España un equipo de fútbol de la *Luftwaffe* alemana, que jugó un amistoso con el Atlético de Aviación, su homólogo español. En la prensa franquista se resaltaba la unión española con las potencias del Eje. El diario *Arriba* destacó que «los pueblos se preparan para la guerra en una atmósfera de trabajo, disciplina y deporte» mientras que en *El Alcázar* se hacía la siguiente declaración de intenciones: «Por vez primera sabemos que, si hoy somos poco, mañana seremos mucho, porque hemos encontrado un ideal y unos medios para llegar a él, como antes llegaron las juventudes de Italia y de Alemania».

En esa misma temporada, el Barcelona se alzó con la Copa del Generalísimo, venciendo por tres a uno al Bilbao. El trofeo lo entregó el

mismísimo Franco al capitán barcelonista. *Mundo Deportivo* celebraba la victoria con vivas al generalísimo, mientras que el marqués de la Mesa de Asta, presidente franquista del Barcelona, dedicó también los triunfos barcelonistas a Franco, «que ha protagonizado tal gesta que ha reincorporado a tantos españoles nacidos en Cataluña al amor a la patria». Tras este triunfo y después de unos años de penurias y dificultades, el marqués decidió presentar su dimisión para iniciar una nueva etapa, pero en la España de Franco no se dimitía: o te destituían o seguías en tu puesto; así, el marqués tuvo que seguir dirigiendo el Barça, puesto que la Federación no aceptó la dimisión.

El partido para derrotar a los comunistas

El 12 de abril de 1942, unos cien mil espectadores llenaban el Estadio Olímpico de Berlín para ver un amistoso España-Alemania. Mientras, las tropas alemanas organizaban una nueva ofensiva sobre la Unión Soviética, con la ciudad de Voronez como nuevo objetivo. En ese mismo instante, las tropas españolas de la División Azul contraatacaban en torno a la bolsa del río Voljov, hazaña que les valió la felicitación del mismísimo Hitler, que condecoró a su comandante, el general Agustín Muñoz Grandes, con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

«En el magnífico estadio se ha reservado lugar preferente para los gloriosos combatientes de la División Azul que se encuentran heridos y convalecientes en la capital y en otras ciudades del *Reich*», anunciaba la agencia EFE. Entre los espectadores, un millar se correspondían con estos heridos, que eran los principales homenajeados de este partido amistoso cuyo significado trascendía el mero espectáculo deportivo. Junto a ellos también habían acudido algunos divisionarios presentes en Berlín y trabajadores españoles de las fábricas alemanas, que abarrotaban el estadio engalanado con banderas españolas, alemanas e italianas. El árbitro del encuentro fue, como no podía ser de otra manera, un italiano: Rinaldo Barlassina.

Se trataba del primer encuentro jugado fuera de España por la selección nacional desde la conclusión de la Guerra Civil, con un equipo prácticamente nuevo y falto de rodaje, ya que la situación bélica había impedido la celebración de competiciones internacionales. Pero Berlín quería demostrar al mundo que la vida en Alemania, pese a los reveses de la guerra, era como siempre, hasta el punto de que miles de personas podían entretenerse con un partido de fútbol. Además, se quería mostrar que el nazismo no se encontraba solo en su «cruzada» contra el comunismo y por eso se eligió España como rival, un país no beligerante y que no ocultaba sus simpatías por la causa alemana.

El equipo español, con Teus y Zamora en el cuerpo técnico, llegó al aeropuerto de Tempelhof en dos aviones Junkers alemanes. Fue recibido por las autoridades deportivas alemanas y por un teniente coronel de la División Azul, al que se le entregó en los prolegómenos del encuentro un banderín orlado en reconocimiento a los españoles que luchaban en Rusia contra el bolchevismo.

El encuentro, reza *La Vanguardia*, comenzó con el saludo «a los jugadores españoles como representantes de una nación que fue la primera en levantarse en armas contra el bolchevismo, y que cuando Europa inició la cruzada contra la URSS, mandó a la División Azul».

A pesar del entusiasmo que despertó el partido entre los espectadores parece, según las crónicas, que no tuvo mucho interés futbolístico, acabando en un empate a uno que satisfacía a todos, con goles del alemán Decker, en el minuto cincuenta y ocho, y con un gol de penalti lanzado por Campos en el minuto setenta y seis. La prensa destacó el ataque alemán y la defensa española, especialmente la participación de Martorell, el jugador de más nivel de un equipo que había quedado huérfano de las figuras de antaño. «El secreto de los triunfos de nuestra raza ayer se vio claramente que reside en este entusiasmo que lo domina todo y que hace que se desprecien todos los peligros», escribía el cronista del diario *La Vanguardia*, mientras que el enviado especial de *Informaciones* puntualizaba que «está bien el empate, pero con menos juego científico se hubiera podido ganar el partido en los últimos momentos». Y es que el empate ante el equipo alemán, tras la vuelta de la selección a los encuentros internacionales, fue visto como un triunfo del coraje y la fuerza españolas, en contraposición a la admirable organización y disciplina alemana.

Tras el partido se celebró una recepción en el ayuntamiento de Berlín con los máximos representantes del deporte nazi. Entre ellos, Hans von Tschammer und Osten, quien envió un telegrama al general Moscardó que recogieron todos los periódicos nacionales: «Lo vivido ha estrechado la hermosa y fiel amistad entre los dos pueblos que se hallan unidos en el combate contra el enemigo mundial en los campos de batalla de Rusia». El doctor Wolff, del Servicio de Deportes del *Reich*, pronunció las siguientes palabras: «El fútbol español, regido diestramente por la Falange, dará días

de gloria al imperio que ahora renace bajo el mandato del generalísimo Franco, vuestro *Führer* inmortal».

Una semana después, los italianos se encargaron de rebajar el triunfalismo español, endosándole un claro cuatro a cero a los españoles en el estadio milanés de San Siro —con setenta mil espectadores y un millón de liras de recaudación—. A pesar de tratarse de los bicampeones del mundo, la Federación Española sancionó a sus jugadores por «no haber luchado por el buen nombre de España», como anunció en sus páginas *Mundo Deportivo*.

La selección no jugó más encuentros hasta 1945, pero varios equipos militares del Eje visitaron España, entre los que cabe destacar la llegada de la selección de fútbol de la aviación italiana en las navidades de 1942 para enfrentarse al equipo hermano del Atlético de Aviación. El presidente del Atlético, un coronel, entregó una copa de recuerdo a los aviadores italianos, que visitaron el Escorial y depositaron flores en la tumba de José Antonio Primo de Rivera. El Atlético venció por seis a dos, siendo Mesa, que era sargento, el jugador más destacado del equipo español.

Con la derrota militar del Eje, en España los principios fascistas promulgados por la Falange comenzaron a perder fuerza. Franco fue hábil a la hora de cambiar paulatinamente de aliados. El franquismo sobrevivió al fascismo y el proceso de adaptación ideológica también se vio reflejado en los campos de fútbol. En 1945 se abandonó el saludo de los jugadores brazo en alto, a la manera romana —un espectáculo que la FIFA no podía tolerar una vez concluida la Segunda Guerra Mundial—, y se dejó de usar la camiseta azul en la selección. Al año siguiente, el Atlético de Aviación recuperaba su nombre original de Atlético de Madrid y los clubes, con algo de fingida libertad, solo tuvieron la obligación de tener a dos falangistas en la directiva, como recoge Juan Carlos de la Madrid en *Una patria posible. Fútbol y nacionalismo en España*.

La derrota de la pérfida Albión

El Mundial de Brasil de 1950 fue el del Maracanazo, la histórica final en la que Uruguay ganó a la anfitriona, con goles de Schiaffino y Gigghia, ante ciento ochenta y nueve mil espectadores. A Alemania no se le permitió participar en el campeonato, mientras que Italia llegó exhausta, pues realizó el viaje en barco por miedo a repetir la tragedia del Torino, estrellado en las laderas del Superga en 1949.

España jugó en uno de los cuatro grupos de la competición; un total de dieciséis equipos se disputaron el cetro mundial. En el primer partido, los españoles vencieron a los estadounidenses, que se habían adelantado en el marcador, con goles de Igoa, Zarra y Basora. Bastaron nueve minutos de «furia española» para ganar.

El segundo partido del grupo, ante Chile en Maracaná, se saldó con victoria española: dos a cero con goles de Basora y Zarra. Fue el partido en el que debutó un joven Ramallets, que se ganó el apodo del gato de Maracaná.

El tercer encuentro fue contra los inventores del deporte rey, los ingleses. A España le bastaba un empate, pero el país necesitaba una victoria de trascendencia política que animase a una sociedad que todavía no había salido de la dura posguerra ni del aislamiento internacional, una victoria que devolviese el orgullo al país. Los ingleses, enemigos históricos, parecían una presa de altura para tal cometido. Los periódicos franquistas se encargaron de preparar el terreno antes del partido.

La delantera española pronto dio muestras de una precisión magnífica. A los catorce minutos se anuló un gol en fuera de juego a Inglaterra, a los treinta y dos el sucio defensa inglés Hughes lesionó a Panizo. A los tres minutos del segundo tiempo España marcó uno de sus goles más recordados: Ramallets saca con la mano sobre Golzalvo II, que avanza y pasa a Gaínza, este a Panizo, que cede a Puchades. Este se la devuelve a Gaínza, que se encuentra con el inglés Wright, el rebote llega a Gabriel

Alonso, que se la devuelve adelantada a Gaínza que, de cabeza, se la envía a Zarra, que remata con el pie derecho al fondo de la red adelantándose al portero británico, Williams. Matías Prats, desde Radio Nacional de España, cantó el gol como si de una nueva victoria de Lepanto se tratase, como si hubiese cambiado el destino de la Armada Invencible. En el recuerdo de todos los españoles quedó grabada la instantánea en blanco y negro del momento inmediatamente posterior al gol, con un Zarra, «la mejor cabeza de Europa tras Churchill», contemplando cómo el balón entra en la portería. «No sé si fue con la caña o con la rodilla», repetía cada vez que le preguntaban; «sé que fue gol».

El *Times* de Londres mostró de esta manera la debacle de su selección: «En conmovido recuerdo al fútbol inglés que murió en Río de Janeiro el 2 de julio en 1950, profundamente lamentado por un círculo de amigos y simpatizantes. Descanse en paz. El cadáver será incinerado y las cenizas llevadas a España».

Y el seleccionador inglés, Sir Walter Winterbottom, declaró lo siguiente: «Los españoles actuaron con una energía extraordinaria, rapidísimos con la pelota, férreos, sin ser desleales y con la máxima furia. No se crea que su victoria fue solo consecuencia de eso. Jugaron muy bien».

En ese mismo instante la euforia se desató en España. *Marca*, en portada: «¡Inglaterra vencida!», «Zarra marcó el gol de la más gloriosa victoria española». El diario deportivo añadió que el entrenador inglés había vaticinado que España sería campeona del mundo, lo que resultaron ser declaraciones equivocadas. «La mejor exhibición de fútbol que jamás se ha visto en el mundo», fue otra de las frases destacadas en la prensa nacional, atribuidas a la prensa inglesa, aunque en realidad inventadas. Y es que se escribía para la sociedad española, carente de victorias de cualquier tipo y necesitada de una inyección de orgullo nacional. Toda triquiñuela resultaba perdonable. Cuando Matías Prats acercó su micrófono al presidente de la Federación Española, Armando Muñoz Calero, para preguntarle: «¿Algún recado para el Caudillo?», el dirigente federativo contestó: «Claro que sí: Excelencia, hemos vencido a la pérfida Albión y le dedicamos gustosos la victoria». El exceso verbal provocó la protesta diplomática de Inglaterra, lo que llevó a la destitución de Muñoz Calero, que intentó disculparse

aduciendo que quería decir «rubia» en vez de «pérfida». Franco contestó por telegrama: «Al terminar retransmisión con la que seguí emocionante encuentro y brillantísimo triunfo, os envío mi entusiasta felicitación por vuestra técnica y coraje en defensa de nuestros colores. ¡Arriba España!».

Eugenio D´Ors, en su artículo «Novísimo glosario» publicado en *Arriba*, escribió sobre la victoria: «Hermoso espectáculo, el de un héroe que se presenta escoltado por la muchedumbre… Que nuestro pueblo reproduzca, como nuestros jugadores han reproducido ya, la ambivalente hombría del "cuadro de las Lanzas"».

En la fase final, el campeón salió de una liguilla de cuatro. España empató con Uruguay y perdió contra Brasil y Suecia, siendo la derrota de Brasil una auténtica hecatombe (6-1). Sin embargo, este cuarto puesto sería nuestra mejor clasificación en un Mundial hasta 2010. Bajo el imaginario colectivo quedaba la gloria del gol de Zarra, el gol más importante de España hasta el de Marcelino a la Unión Soviética.

Poco después, el NO-DO produjo *España en Brasil*, una película sobre el paso de la selección por el Mundial de 1950, donde se dijo que la victoria frente a Inglaterra fue «un nuevo episodio en la lucha histórica contra Albión».

El equipo del Caudillo

Yo creía en Dios porque pensaba
que Dios era del Real Madrid.

MANUEL JABOIS
Grupo salvaje

A principios de los años 90, muchos fueron los niños que se hicieron, ante la desidia futbolística familiar, hinchas del Real Madrid. Pero ser madridista por entonces no daba muchas alegrías, pues el *dream team* de Cruyff lo ganaba todo y era fácil oír entre los niños, mayoritariamente barcelonistas por la moda y el nuevo fútbol inventado por el holandés, echarse en cara que las Copas de Europa del Madrid eran, en realidad, de Franco.

Todavía no habían llegado la Séptima, ni Florentino y «los Galácticos» y, tras el gol de Koeman, que dio la primera Copa de Europa al Barcelona en 1992, las seis copas del Madrid dejaron de tener mérito, pues estaban en blanco y negro.

Aún hoy persiste en el antimadridismo, mucho más extendido en las últimas décadas, una creencia inamovible: el Real Madrid es lo que es gracias al apoyo que tuvo del franquismo. Pero la realidad histórica poco tiene que ver con las discusiones de los bares y esos tópicos sobre el «robo» de Di Stéfano al Barcelona, las ayudas arbitrales o las Copas de Europa facilitadas, de alguna inexplicable manera, por el dictador.

El Real Madrid tuvo una época de esplendor durante la República española, pero como cuenta el catedrático de Historia, Ángel Bahamonde, en *El Real Madrid en la historia de España*, tras la Guerra Civil quedó totalmente desmantelado, tanto en el plano deportivo como institucional: «Se enfrentó a una especie de hora cero en abril de 1939; sin dinero, sin plantilla, sin directiva, sin socios y con el estadio seriamente dañado, y bajo sospecha política».

De hecho, el Barcelona consiguió cinco Ligas y cuatro Copas entre 1939 y 1953, mientras que el Real Madrid solo había ganado dos Copas en ese mismo espacio de tiempo. Por su parte, el Atlético de Madrid se llevó cuatro Ligas y el Athletic de Bilbao una Liga y cuatro Copas.

Los fichajes de Kubala y Di Stéfano

Laszlo Kubala se disfrazó de soldado ruso y escapó de Hungría. Junto a otros jugadores que como él huían de la barbarie estalinista formó el Hungaria, un equipo dirigido por su suegro, con el que llegó a España en 1950.

Kubala pronto llamó la atención de madridistas y de barcelonistas, así como del franquismo, ya que declaró que prefería jugar en España antes que en Italia, porque aquí no había comunistas.

El Barcelona se hizo finalmente con el jugador en 1951, entre otras cosas porque el húngaro pidió que también contratasen a su suegro, pretensión a la que el Madrid no accedió. La FIFA declaró que Kubala no podía jugar en España, ya que Hungría se negaba a facilitar el *transfer*.

Armando Muñoz Calero, presidente de la Federación Española y antiguo médico de la División Azul, se encargó de que el organismo internacional cediese a las pretensiones españolas. Mientras, el diario *Marca*, por entonces propiedad del Movimiento Nacional y por tanto órgano propagandístico del franquismo en lo que se refiere al deporte, reclamaba el derecho de Kubala a jugar en España, ya que este había solicitado la nacionalidad, que se le concedió casi de inmediato. Kubala debutó en la Copa frente al Sevilla, pero para ser un español como Dios manda le faltaba ser católico: Muñoz Calero se lo llevó a Águilas, su pueblo, y lo bautizó en una parroquia.

Dice una leyenda urbana que, ante las objeciones de la FIFA, Franco dijo**:** «En España mando yo, no la FIFA». El gobierno franquista quería usar el fichaje de un exiliado que huía del comunismo para ensalzar las virtudes del régimen de cara al exterior. No hay que olvidar que, en plena Guerra Fría, España salía del aislamiento internacional gracias al anticomunismo de Franco y a su posición estratégica, que la acercaba a unos Estados Unidos que necesitaban instalar sus bases aeronavales en territorio español.

Dos años después del fichaje de Kubala, los dos equipos volvieron a interesarse por un mismo jugador, Alfredo Di Stéfano, que jugaba por entonces en el Millonarios de Bogotá. El argentino tenía contrato con los colombianos hasta 1955, pero en 1953 se declaró en rebeldía y abandonó la disciplina del equipo. El Barcelona negoció con Millonarios, pero no llegaron a un acuerdo, mientras sí lo hacía con el River Plate, que tenía la otra mitad de los derechos del jugador.

El Madrid se entrometió entonces, pagándole a los colombianos lo que pedían. La crisis llegó a la FIFA, que designó a Muñoz Calero como árbitro, quien decidió que el argentino jugase dos años con los madridistas y otros dos con los blaugranas.

Finalmente, los barcelonistas, previo pago de los blancos, renunciaron a sus derechos. El fichaje de Di Stéfano fue el punto de inflexión de un equipo de ensueño, en el que Santiago Bernabéu reunió a otras grandes estrellas como Paco Gento, Raymond Kopa o Ferenc Puskás.

La Copa de Europa y la propaganda franquista

En abril de 1955, Santiago Bernabéu y Raimundo Saporta, presidente y vicepresidente del Real Madrid, vieron con claridad cómo el proyecto del diario francés *L'Equipe* podía cambiar el destino de su club: se trasladaron a París y se involucraron en la organización de la futura Copa de Europa.

Ya por entonces, el club blanco, tras algunos de los fichajes antes mencionados y la consecución de títulos de importancia como la Liga o la Copa Latina, empezaba a vivir su época dorada, pero nada hacía presagiar el salto descomunal que dieron gracias a la nueva competición. Pocos meses después, ya en la temporada siguiente, el club blanco se alzaba con su primera Copa de Europa, frente al Stade de Reims, en París.

El recibimiento en la capital de España fue apoteósico. Al Real Madrid lo entrenaba José Villalonga, capitán del ejército y antiguo profesor de Gimnasia de la Academia de Infantería. La victoria, como ha escrito el profesor González Calleja, provocó una fuerte conmoción mezclada con un enorme sentimiento de orgullo. En 1953 se firmaron los pactos bilaterales con los Estados Unidos, por lo que España salía del ostracismo, mientras el Real Madrid se convertía en el mejor embajador de España y del régimen.

Desde entonces se sucedieron las victorias continentales, hasta el punto de alzarse con cinco copas consecutivas. Ángel Bahamonde considera que estos triunfos convirtieron al equipo en «el principal referente de la modernidad futbolística mundial».

La segunda victoria continental merengue contó con la presencia de un orgulloso Franco en el palco, que según la prensa del momento fue acogido con entusiasmo por el público. Tras la victoria, Bernabéu declaró a la prensa la alegría inmensa al ver al «Generalísimo tan complacido por el partido». El boletín del Real Madrid achacó la victoria a la providencia divina y se organizó una misa de campaña en el estadio. Dios era madridista.

El dominio mundial del deporte rey fue reconocido de forma oficial con la victoria en la primera Copa Intercontinental, disputada contra el campeón de América, el Peñarol de Montevideo.

Estas victorias otorgaron un protagonismo singular en la vida nacional a jugadores y a directivos del club; uno de los casos más paradigmáticos de este fenómeno es el de Santiago Bernabéu. Mientras, desde la periferia, especialmente desde el barcelonismo, se difundía la idea de que el Real Madrid era el equipo del régimen, del que recibía ayudas. Y es que las victorias internacionales fueron aprovechadas por las autoridades para mejorar la imagen de España en el extranjero. En convites y recepciones a equipos foráneos los ministros de Franco daban discursos agradeciendo la labor del equipo blanco para con España. Para los ministros Solís o Castiella, el Real Madrid era la mejor embajada que el país podía enviar al extranjero.

El Real Madrid era acogido con entusiasmo en todos los lugares del mundo que visitaba, especialmente por las colonias de emigrantes españoles, lo que aprovechaban las autoridades, con el beneplácito del club, para realizar actos y eventos con estos españoles expatriados, ayudando de alguna manera a su control y apaciguamiento, pues a los partidos del Real acudían no solo emigrantes, sino también exiliados.

Saporta, en un discurso pronunciado antes de un partido en Estrasburgo, declaraba: «Es un honor haber sido llamados para jugar en la capital de Europa, porque ello demuestra que hasta este Consejo, donde España no está representada, nos considera europeos». Todo un triunfo publicitario del franquismo que, evidentemente, no se aceptaba en las instituciones europeas.

Directivos y jugadores del club eran condecorados de forma habitual por parte de las autoridades franquistas. Bernabéu recibió la Gran Cruz del Mérito Civil y la Medalla de la Ciudad de Madrid, también la Legión de Honor de Francia; Saporta y Di Stéfano recibieron otras condecoraciones; y la plantilla al completo, la Orden Imperial del Yugo y las Flechas.

El conocido escritor falangista Rafael García Serrano sintetizó en *El Alcázar* la opinión del propio régimen sobre el club: «El Madrid si no figura en el escalafón diplomático con categoría de superembajador de España es

porque en España, como en cualquier otro país, la justicia no puede alcanzar la perfección dentro de los límites humanos».

Entre el franquismo y los nacionalismos

Según Carlos Fernández Santander, no cabe duda de que el régimen se aprovechó del Real Madrid y de su prestigio internacional para lograr una identificación del equipo blanco y de sus victorias con las virtudes del país y de su sistema político. Así lo afirma también Julián García Candau en *Bernabéu, el presidente*: «Al régimen le vino muy bien encontrar un club que paseara en triunfo el nombre de España por medio mundo y, por ello, además de utilizarlo, le prestó apoyo en ocasiones».

Algo parecido afirmó el diario *El País* al dar a conocer la muerte de Bernabéu en junio de 1978: «Más que ser el Madrid el equipo del régimen y Bernabéu un hombre apoyado por este, como se ha dicho, fue el régimen el que se favoreció de la tarea de Bernabéu».

Los directivos del equipo, como Bernabéu y Saporta, fueron claramente franquistas, como también lo eran los directivos del Barcelona y del resto de equipos, y el club contaba con las simpatías del propio Franco, de buena parte de sus ministros y de otros personajes importantes de la dictadura. Pero, al fin y al cabo, se utilizó a todos los equipos en mayor o menor medida para centralizar las emociones de los trabajadores y mantenerlos alejados de las reivindicaciones políticas.

Al respecto, Raimundo Saporta declaró lo siguiente: «El Madrid ha sido siempre tan poderoso por estar al servicio de la columna vertebral del Estado».

El hispanista Duncan Shaw, autor de un estudio sobre las relaciones entre el Real Madrid y el franquismo, sintetiza que Bernabéu era franquista, probablemente al igual que la mayoría de los seguidores del club, y estaba apoyado por el Caudillo, pero el club no controlaba la Federación Española, ni a los árbitros. Por el contrario, los miembros del club sí eran conscientes de ser embajadores del Régimen y se mostraban orgullosos de ello.

Para González Calleja, la identificación del Real Madrid con una visión edulcorada del franquismo acabó por pasarle factura al club cuando el

franquismo entró en decadencia.

Fernández Santander niega el trato de favor al Real Madrid, recordando el palmarés de estos años, pues los madrileños estuvieron desde 1939 hasta 1954 sin ganar la Liga, mientras que desde 1947 hasta 1962 no pudieron alzarse con la Copa del Generalísimo. Quince años, en ambos casos, que parecen una eternidad para «el equipo del Régimen», que incluso estuvo a punto de bajar a Segunda en una de esas temporadas.

Lo que sí parece claro es que, ante la falta de representación política durante el franquismo, buena parte de los aficionados de las llamadas «nacionalidades históricas», Cataluña y el País Vasco especialmente, vieron en el Real Madrid no solo al representante de la capital de España, sino al representante del nacionalismo español, centralista y autoritario, así como del propio régimen franquista. Los aficionados del Barça o del entonces llamado Atlético de Bilbao tenían el campo de fútbol como único espacio para reafirmar sus sentimientos nacionalistas.

Duncan Shaw sintetizó la rivalidad entre los dos grandes equipos del fútbol español considerando la existencia de tres planos: la rivalidad futbolística, la regional —entre Castilla y Cataluña— y la política, entre el Real Madrid, que en el franquismo era considerado de derechas y afecto al Régimen, y el Barcelona, entonces liberal y opuesto al sistema.

Una victoria barcelonista se consideraba una victoria popular en Cataluña. El recibimiento al equipo se convertía en un acto de reafirmación catalanista que solía terminar con las *Senyeras* al viento, el canto de *Els Segadors* y el presidente del club hablando en catalán ante una multitud enfervorizada.

Alejandro Quiroga, en un reciente estudio publicado en *European History Quarterly*, matiza lo dicho, enunciando que, al igual que pasaba con la música popular o con la literatura, se pueden encontrar matices regionalistas en el deporte franquista. La identidad catalana o la vasca eran compatibles con la del régimen en cuanto dichas identidades estaban jerarquizadas, estando la española por encima de estas, lo que posibilitó, entre otras cosas, que en muchos momentos el franquismo elevase el espíritu deportivo del Atlético de Bilbao como muestra de los admirables valores vascos, que a su vez representaban lo más auténtico de lo español.

Algo parecido ocurrió con el Fútbol Club Barcelona, «más que un club» para Narcís de Carreras, que empezó a usar el catalán en sus comunicaciones oficiales y a convertirse en garante y defensor de la cultura catalana. Como señaló Agustí Montal, presidente del club a finales del franquismo, el Barça debía ser «el símbolo de Cataluña y la mejor embajada española en el extranjero». Durante el franquismo, fue habitual que coexistiesen las identidades regionales con la nacional, hasta los últimos años de la dictadura.

González Calleja afirma que la base social del Real Madrid fue siempre muy amplia y acogió a todas las tendencias políticas, lo que no quiere decir que el club se mostrara siempre colaborador con las diferentes administraciones. Sin embargo, durante los años en los que Franco estuvo en el poder, el Real Madrid fue considerado un equipo del Régimen, símbolo de la identidad nacional y herramienta para reforzarla; tras el fallecimiento del dictador, en el seno de la hinchada del Real Madrid surgieron nuevos grupos de ultraderecha como los Ultra Sur —recientemente declarados como grupo violento, y por lo tanto sin derecho, en la actualidad, a acceder a ningún estadio de fútbol—, que avivaron las antipatías de seguidores de varios equipos de toda España, y en especial de aquellos nacionalistas. Esta polarización se mantiene todavía hoy en la sociedad española y su actualidad política, lo que no quita que, en el extranjero, al Real Madrid se le considere una marca internacional de indudable prestigio.

Los ases buscan la paz: futbolistas-actores en defensa del franquismo

Durante los años grises de la dictadura de Franco, el cine, junto con el fútbol, resultaba uno de los entretenimientos más practicados por los españoles; dos pilares fundamentales de lo que algunos autores han venido a denominar «la cultura de evasión» del franquismo. Por ello, no puede resultarnos extraño que estas disciplinas acabasen por darse la mano en pos de la educación de masas pretendida por el régimen.

Durante la década de los cincuenta, el binomio fútbol y cine tuvo su momento de máximo apogeo cuando el auge de la industria cinematográfica coincidió con las victorias continentales del Real Madrid y los éxitos de la selección. Las salas de cine se llenaban, surgieron directores que empezaban a triunfar en festivales internacionales, como Berlanga o Bardem, a la par que la histórica rivalidad entre el Barça y el Madrid se acrecentaba con la aparición de dos nuevos ídolos: Kubala y Di Stéfano.

Al igual que ocurría con los toros, el fútbol se convirtió en uno de los géneros cinematográficos predilectos del franquismo, pues permitía producir cintas sencillas que iban desde la comedia costumbrista a los dramas con carga ética. La película *Campeones* (1942), que contaba con Ricardo Zamora, Guillermo Gorostiza y Jacinto Quincoces, puede considerarse como la primera cinta de este género, que continuó con largometrajes como *El sistema Pelegrín* (1952), *Once pares de botas* (1954), *El Fenómeno* (1956), *El hincha* (1957), *El ángel está en la cumbre* (1958), *La quiniela* (1960), *Los económicamente débiles* (1960), *Tres de la Cruz Roja* (1961), *Los de la furia* (1962) y *La batalla del domingo* (1963). Antes de la Guerra Civil, el primer acercamiento cinematográfico al mundo del fútbol tuvo lugar con *¡Por fin se casa Zamora!* (1927), película dirigida por José Fernández y que tenía al guardameta como principal protagonista.

Simón Sanjurjo, en un estudio académico, ha analizado cómo los héroes deportivos, especialmente los futbolistas, se convirtieron en modelos de ciudadanos, con un éxito profesional que no les impedía mostrar su lado

más humano. Es el caso de la película *Saeta rubia*, en la que Alfredo Di Stéfano soporta los peligros de la fama y demuestra ser una persona familiar de profundas convicciones morales, es decir, el prototipo de hombre que quería el franquismo. Posteriormente, Di Stéfano también protagonizó *La batalla del domingo*.

Kubala no se quedó sin su película. Fue el protagonista de *Los ases buscan la paz*, una producción que se aprovechaba de la historia vital del húngaro, que llegó a España huyendo del comunismo y cuya trama convirtió la película en un panfleto anticomunista en el que el franquismo reconocía como propios los valores personificados en Kubala (humildad, sacrificio, lealtad); la crítica del sistema político que negaba al individuo cualquier tipo de libertad proyectaba por contraposición una España idílica, tierra de paz y progreso, a la que Kubala muestra su agradecimiento por acogerlo.

La conversión de célebres futbolistas en estrellas cinematográficas no se dio solamente en España; en la misma época, se estrenaron películas semejantes en Italia —donde son varias las obras de este corte dirigidas por Mario Camerini—, Inglaterra, Argentina, Brasil, o en Hungría, donde Puskás protagonizó la película *A Csodacsatar* (1956) antes de escapar del régimen comunista y recalar en Madrid.

Lo que hizo diferente el caso español fue la capacidad del régimen franquista para sacar provecho de estas dos manifestaciones culturales populares, creando todo un género cinematográfico que permitía unir la propaganda política con la biografía de las estrellas del balón en un estilo de comedia blanda apta para todos los públicos.

El secuestro de la Saeta Rubia

Dos tipos se lo llevaban.
Más blanco su rostro está
que su blanca camiseta
amerengada y real.

JOSÉ MARÍA PEMÁN
Romance del rapto blanco

El 24 de agosto de 1963, los terroristas del Frente Armado de Liberación Nacional (FALN) ponían en marcha en Caracas la Operación Grimau, en recuerdo del comunista español Julián Grimau, fusilado por Franco solo unos meses antes. El Real Madrid realizaba entonces una gira en Venezuela que le llevó a jugar la Pequeña Copa del Mundo, un torneo amistoso en el que el conjunto blanco iba a enfrentarse al Oporto y al São Paulo.

A las seis y media de la mañana un recepcionista del Hotel Potomac avisaba a Di Stéfano de que un par de policías de la brigada judicial le esperaban en el *hall* para solucionar un trámite administrativo. Alfredo se pone una chaqueta sobre el pijama y sale con ellos, pese a las advertencias de su compañero Santamaría, que le aconseja ponerse en contacto con los directivos del club antes de acceder a las pretensiones de los supuestos policías. Ya en el coche, le vendan los ojos y le anuncian que ha sido secuestrado. La Saeta Rubia, como era conocido por aquel entonces por su velocidad y el color de su pelo, es presa del pánico al comprobar que le apuntan con un subfusil. Horas después, los captores llaman a la prensa para reivindicar el secuestro.

Cientos de policías empiezan a buscarlo por toda la ciudad, mientras él, en un apartamento del centro de Caracas, fuma un cigarrillo tras otro y engulle pizzas y perritos calientes. El FALN, que luchaba contra el presidente venezolano Betancourt, tiene también, según la agencia de

noticias *France-Presse*, la intención de denunciar la política represora de Franco.

El día 26 fue liberado en medio de la Avenida del Libertador. Antes, Di Stéfano había pedido a sus secuestradores una pistola, por si se veía envuelto en un tiroteo entre la policía y los terroristas. En cuanto se vio libre cogió un taxi hacia la embajada, donde casi perforó el timbre esperando a que le abriesen la puerta, como contó posteriormente a Televisión Española.

Unas horas después, la sede diplomática celebraba una rueda de prensa en la que Alfredo Di Stéfano declaró lo siguiente: «Mi postura no ha tenido nada de confortable. Me he encontrado a mí mismo envuelto en un asunto que nunca podía imaginar, yo no soy político ni me interesa para nada la política, por lo que prefiero no tratar siquiera de averiguar por qué me han raptado».

De su secuestro recordaba cómo los terroristas quisieron cortarle el pelo al cero y ponerle un sombrero y un pañuelo, algo a lo que el madridista se negó en rotundo, pues era el cabello una de sus señas de identidad. Durante el cautiverio, de unas setenta horas, lo trataron bien, incluso estuvieron jugando con él a las damas y al dominó.

Ante la policía identificó la foto de uno de sus captores, Máximo Canales, cuyo nombre real era Paul del Río, que fue el que más se preocupó por él durante las horas de su secuestro.

El día 29, ya con Di Stéfano, el Real Madrid empató a cero con el São Paulo, siendo el argentino vitoreado durante todo el partido a pesar de jugar bajo un gran estado de ansiedad.

En el año 2001, el club blanco invitó al jefe de los captores al estreno de *Real, la película*, ya que era uno de los personajes de esta. Cuenta Alfredo Relaño en el blog *Memorias en blanco y negro* que Di Stéfano le dijo al terrorista, negándose a estrecharle la mano: «Usted hizo pasar mucho miedo a mi familia».

Paul del Río era un cubano hijo de exiliados republicanos españoles. Su idea primigenia era la de secuestrar al músico ruso Igor Stravinski, pero su delicado estado de salud le hizo cambiar de idea y fijarse en el astro hispano-argentino. En su fugaz visita a España en 2005 declaró: «No se

pidió dinero por el rescate. Lo secuestramos basándonos en su fama. Eso nos ayudaba a obtener nuestros fines por su prestigio y la fama del Madrid».

Fútbol, fado y la Virgen de Fátima

A António de Oliveira Salazar no le gustaba el fútbol. Al profesor de la centenaria Universidad de Coimbra, una de las más antiguas de Europa, el deporte del balón le aburría, así que pensó que podía servir para eso mismo, para aburrir a los portugueses. De esta manera, creyó firmemente en los poderes narcóticos de las tres efes: el fútbol, el fado y la Virgen de Fátima. Líder del *Estado Novo* portugués entre 1932 y 1968, las similitudes con los regímenes de Franco, Hitler y Mussolini fueron muchas, aunque difirió de ellos en su relación con el deporte en general y con el fútbol en particular.

La principal diferencia residió en que Salazar no se sirvió del deporte como carta de presentación internacional de su régimen, a pesar de las victorias continentales del Benfica o del gran papel de la selección portuguesa en el Mundial de Inglaterra de 1966. El fútbol fue utilizado por el Gobierno salazarista como agente de desmovilización, mientras que Franco, más o menos en la misma época, aprovechaba los éxitos de la selección española y del Real Madrid.

Dice la leyenda que Salazar invitó un día a almorzar a Eusébio da Silva Ferreira, máxima estrella del fútbol portugués al que apodaban «la pantera negra». Nacido en la colonia de Mozambique, había liderado la consecución de las dos Copas de Europa del Benfica (1961 y 1962) y acababa de recibir una oferta irrechazable de la Juventus, que necesitaba competir con el gran Inter de Helenio Herrera.

Parece ser que el dictador, a pesar de su indiferencia hacia el fútbol, entendió el valor simbólico que el país depositaba en él: «Usted no puede marcharse de Portugal porque es Patrimonio del Estado», parece que le dijo, y se frustró su fichaje. Ese mismo año hizo la mili y fue fotografiado de uniforme repetidas veces.

En 1965 el Benfica había firmado un acuerdo con el Spartak de Moscú para jugar un amistoso en la capital soviética. Los rusos querían ver a la estrella portuguesa, que estaba previsto que fuera acompañado, además de

por su equipo, por una delegación cultural que incluía a músicos famosos. Amália Rodrigues, fadista de leyenda que inspiró a Carlos Cano la mítica «María la portuguesa», fue una de las artistas que en principio iban a acompañar al equipo.

Tras la intervención de la PIDE, la policía política, y las instrucciones que Salazar dio al ministro de Asuntos Exteriores, se dio la orden al Benfica de no viajar a Moscú, tal y como había hecho Franco unos años antes con la selección española impidiendo que viajara a la Unión Soviética.

Después del Mundial de Inglaterra, donde los portugueses se hicieron con el tercer puesto, con nueve goles del mozambiqueño, esta vez fue el Inter el que quiso fichar a Eusébio, pero la Federación Italiana cerró entonces el cupo de extranjeros buscando potenciar la cantera italiana. En 1975, tras recibir el Balón de Oro de 1965 y las Botas de Oro de 1968 y 1973, puso rumbo a Norteamérica para jugar sus últimos años en equipos de Estados Unidos, México y Canadá.

Como escribe David García Gutiérrez, resulta curioso cómo el *Estado Novo* no aprovechó el gran papel de la selección portuguesa en 1966 para demostrarle al mundo la unidad del país, como sí hicieron las otras dictaduras fascistas. Lo que no desaprovechó el salazarismo fue la figura de Eusébio, que se convirtió durante estos años en un reclamo constante de los medios de comunicación, especialmente los públicos, que mostraban la imagen de un hombre de familia íntegro, que se había superado a sí mismo y que desde la pobreza de su localidad natal había alcanzado la gloria.

Era la primera vez que un africano, proveniente de las colonias, tenía un papel preponderante en la sociedad, lo que fue muy útil para el salazarismo, que quería reforzar la popularidad del régimen en Angola y Mozambique ante el proceso descolonizador que se imponía por entonces en toda África. Hasta ese momento los africanos habían sido ridiculizados de forma continuada en los medios portugueses. En la línea de los estudios raciales realizados por los nazis, el *Estado Novo* intentó demostrar que los africanos de raza negra pertenecían a culturas inferiores que debían ser civilizadas desde la metrópoli.

La guerra por la independencia estalló irremediablemente en Angola, Mozambique y Guinea-Bisáu, y se prolongó de 1961 a 1974, año en el que

la Revolución de los Claveles acabó con el *Estado Novo* y les concedió la independencia.

La quiniela de Franco

La popularización del fútbol hizo que Loterías del Estado, la empresa pública más rentable del país desde que fue fundada con otro nombre por Carlos III, inventase la quiniela, donde los aficionados, aún hoy, ponen a prueba sus conocimientos futbolísticos a la vez que intentan hacerse ricos. El primer boleto se jugó en septiembre de 1946 y pronto se convirtió en una actividad de masas, hasta el punto de que cautivó al propio Franco, del que se decía que había ganado un millón de pesetas jugando.

Desde la puesta en funcionamiento de la quiniela, Franco hizo dos apuestas todas las semanas junto a su médico, Vicente Gil, tal y como relató el primo y ayudante personal de Franco, Francisco Franco Salgado-Araújo. Uno de los boletos llevaba la firma de Francisco Cofran, seudónimo formado por la inversión de las sílabas de su apellido. Posteriormente también firmó algunas con su nombre y apellidos, como cuenta Carlos Fernández Santander en *El fútbol durante la Guerra Civil y el franquismo*.

En el libro *Historia de La Quiniela*, Jacinto Pérez, exdirectivo de Loterías y Apuestas del Estado, recoge el acierto de Franco con un boleto de seis columnas, numerado MM-0034719, de la jornada trigésimo quinta del 28 de mayo de 1967. El boleto estaba compuesto por partidos de la jornada número treinta y cinco de la liga italiana, ya que la española no se jugaba esa semana por compromisos de la selección nacional.

Según el autor, a Franco le tocaron 2848 pesetas, pues tenía diez aciertos, lo que equivalía más o menos a la mitad de un salario mensual de un trabajador de la época.

Sin embargo, para Carlos Fernández Santander, Franco alcanzó con este boleto los doce aciertos, por los que las ganancias fueron mayores. Concretamente unas 900.333,10 pesetas. Estos fueron los partidos con los que el Caudillo ganó este premio según los recoge este autor en *A bote pronto:*

1. Brescia-Cagliari: aplazado.
2. Foggia-Atalanta: 1.
3. Juventus-Lazio: aplazado.
4. Lanerossi-Bolonia: aplazado.
5. Milán-Lecco: X.
6. Nápoles-Turín: 1.
7. Roma-Fiorentina: 2.
8. Spal-Venecia: aplazado.
9. Livorno-Messina: 1.
10. Módena-Catania: 2.
11. Palermo-Genoa: 1.
12. Sampdoria-Reggina: 1.
13. Varese-Pisa: X.
14. Catanzaro-Reggiana: 1.

R. Padua-Alessandria: X.

R. Savona-Verona: 2.

El pleno de Franco, en la columna seis, fue firmado por él mismo. En el domicilio indicó: «El Pardo, Madrid». El ayudante del general, el coronel Carmelo Moscardó, fue a cobrar el boleto. El resguardo, al menos hasta la muerte de Franco, se conservó enmarcado en el Patronato de Apuestas Mutuas.

Los españoles de la época estaban al corriente de la afición de Franco por el fútbol. El Caudillo tenía tres equipos favoritos: el Racing de Ferrol y el Deportivo de la Coruña, por su ciudad y provincia de nacimiento, y el Real Madrid. Sus jugadores preferidos: Di Stéfano, Acuña, Amancio y Pirri. Detestaba a los defensas del Barcelona Foncho y Eladio.

Rogelio Baón, en un libro de anécdotas sobre Franco, recoge algunas muestras del interés del dictador por el balompié. Por ejemplo, en un viaje a Galicia, hizo que el coche se parase en el puerto de Piedrafita para oír mejor a Matías Prats. España ganaba pero el locutor, en un lapsus, dio por unos

segundos a la selección como perdedora. Franco se enfadó: «¡Matías, como te equivoques otra vez te meto un paquete!».

Como ejemplo de su interés por el deporte rey se recuerda su intervención ante la curia cuando el obispo Eijo y Garay prohibió a sus sacerdotes jugar al fútbol «por el mal efecto que ello pudiese causar a sus feligreses». Franco habló directamente con él e inmediatamente se modificó esta curiosa prohibición.

En el mismo libro de anécdotas se cita también el encuentro en La Coruña entre Franco y el locutor deportivo Enrique Mariñas, al que el dictador le pidió su parecer sobre el mal papel de la selección española en el Mundial de Inglaterra de 1966. Tras las sesudas disquisiciones del periodista, el general sentenció: «¡Claro, han enviado a Inglaterra a un equipo de señoritas! Antes se jugaba con más coraje».

Bien sabido es que Franco fue un asiduo seguidor de las retransmisiones televisivas de fútbol, perdiéndose pocas de ellas, y es posible que este fuera uno de los motivos de la tromboflebitis que padeció en sus últimos tiempos, como declaró posteriormente, medio en broma medio en serio, uno de sus médicos. Durante el Mundial de 1974, como recoge Baón, en el que el Caudillo admiraba el fútbol-fuerza alemán, se perdió muy pocos partidos.

Tan conocida era esta afición del Jefe del Estado que el seleccionador nacional, Domingo Balmanya, cuando un periodista lo entrevistó en mayo de 1968 tras un España-Inglaterra, contestó a *Arriba* lo siguiente:

Por mí estoy tranquilo. Pero sé la responsabilidad. Por ejemplo, sé que el Caudillo verá el partido. Ve mucho fútbol y lo comenta con buen criterio. Yo sé, por ejemplo, que vio el partido nuestro en Praga contra Checoslovaquia. Cuando todos decían que habíamos jugado a la defensiva, me consta que dijo que a él no le había parecido tanta la defensiva. Por ahí sí que soy consciente de nuestra responsabilidad.

La Eurocopa que ganó Franco

¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil. Culpable de la muerte de José Antonio. ¡El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa!…

RAMÓN SERRANO SÚÑER, tras la invasión de la URSS por Hitler

Cuando al grito de «Rusia es culpable» miles de españoles se lanzaron, por convicción o por obligación, a combatir en la División Azul contra la Unión Soviética, nadie podía imaginarse que esa venganza prometida por Ramón Serrano Súñer, el cuñadísimo, ministro y factótum del régimen, se iba a postergar durante dos décadas. La venganza fue futbolística. O, al menos, eso nos vendió el franquismo.

«La victoria sobre el enemigo de fondo, la exportadora de la revolución mundial, de la monstruosa hidra cuya cabeza hemos cercenado en 1939», así definió el escritor Manuel Vázquez Montalbán la victoria de España contra la URSS en la final de la Eurocopa del año 1964, gracias a un gol decisivo de Marcelino. Este fue el primer triunfo importante de la selección tras los Juegos Olímpicos de Amberes en 1922; habría que esperar cuarenta y cuatro años más para repetir un éxito semejante, en la época del «tiqui-taca» y con Luis Aragonés a la cabeza.

De 1959 es el histórico abrazo entre Eisenhower y Franco, símbolo de la aceptación internacional por la que tanto trabajó el régimen. Durante la dictadura, cualquier aspecto social o deportivo destacable fue usado para potenciar el carácter europeo y «normal» del franquismo. Sirva como ejemplo la acción de los medios de comunicación españoles, que aprovecharon Eurovisión, las Copas de Europa del Madrid y otras gestas deportivas —que se sucedían a cuentagotas— para exaltar «la raza española» y reivindicar que, con Franco, España no era menos que nadie.

Esta política aperturista se topó con un serio problema durante la Copa Europea de Naciones de 1960, en la que España quedó emparejada con la URSS, único enemigo declarado del franquismo y con la que no estableció relaciones diplomáticas plenas hasta la muerte del dictador. Ideada por Henri Delaunay, en la Copa Europea de Naciones —hoy Eurocopa— participaban dieciséis selecciones y duraba dos años, en los que se disputaban eliminatorias directas en partidos de ida y de vuelta hasta alcanzar las semifinales, momento en el cual los cuatro equipos clasificados viajaban a la sede final del torneo para disputar los partidos decisivos.

En una Europa dividida en dos por el telón de acero, la Guerra Fría dificultó la primera edición de la Copa, que comenzó sus eliminatorias en 1958 con muchos problemas para alcanzar el número de equipos que se había previsto que participasen en ella. En mayo de 1960, España debía jugar los cuartos de final contra la URSS, pero las quejas de los ministros franquistas Camilo Alonso Vega y de Luis Carrero Blanco denunciando la presencia de prisioneros españoles de la División Azul en la Unión Soviética obligaron al Caudillo a tomar cartas en el asunto. Franco pidió que los dos partidos de la eliminatoria se jugasen en territorio neutral, para impedir que los españoles viajasen a Moscú y viceversa. Ante la negativa soviética, la selección —dirigida por Helenio Herrera, con Ramallets, Di Stéfano, Kubala, Luis Suárez y Gento— perdió la oportunidad de alzarse con su primer entorchado europeo.

La noticia puso en evidencia a España. En el diario soviético más importante, el *Pravda*, pudo leerse: «El régimen fascista español temía al equipo del proletariado soviético». La impopularidad de este acontecimiento provocó que el gobierno ocultara el motivo de la eliminación de España. La prensa no anunció la decisión española de no disputar el partido, y además se prohibió la entrada al país del diario deportivo francés *L'Equipe*. Simplemente se comunicó la clasificación de la URSS para semifinales, que acabó ganando el campeonato tras derrotar en la final a Yugoslavia.

«Nosotros estábamos seguros de que les podíamos ganar y ser campeones de Europa, pero nos dijeron que eran órdenes de arriba, de

Franco, y que no había nada que hacer», recordaba Luis Suárez, Balón de Oro en 1960.

Alfredo di Stéfano (Balón de Oro en 1957 y en 1959) pidió explicaciones al presidente de la Federación, Alfonso Lafuente-Chaos, a quien le dijo: «No vamos a Moscú, lo ha dicho Franco».

El *Times* de Londres fue muy duro con España:

> Este acto de arbitrariedad y coerción con respecto a los futbolistas españoles que deseaban jugar con la Unión Soviética muestra que el dictador fascista de España pisotea los principios del movimiento olímpico internacional y de las federaciones deportivas internacionales. Obedeciendo a sus amos de Estados Unidos, trata de llevar al deporte los elementos de la Guerra Fría.

En 1976, la versión del propio Franco vio la luz a través del testimonio recogido por su primo y ayudante personal, Francisco Franco Salgado-Araújo, en el libro *Mis conversaciones privadas con Franco*. En esta obra, Franco afirmó haber prohibido la celebración del partido porque, según las «radios rojas» españolas, se estaba preparando un «recibimiento monstruoso» a los soviéticos en el Santiago Bernabéu que habría ido en detrimento del dictador; a ello se sumaban las demandas de Nikita Kruschev, quien había exigido que sonara el himno comunista y que se izara la bandera con la hoz y el martillo en la capital de España, y el temor de que, junto con el equipo de fútbol, viajaran también agentes soviéticos.

Cuatro años después, la Delegación Nacional de Deportes logró que la FIFA eligiera España como sede de la siguiente fase final de la Copa Europea de Naciones, con el fin de redimir la mala imagen mostrada en la edición anterior.

En ese periodo, Franco, alejado de las ocupaciones de gobierno, empezó a interesarse más por el fútbol. La llegada a España de los futbolistas refugiados húngaros Kubala, Puskás y Kocsis, así como los éxitos del Real Madrid y de la selección española, eran logros que el dictador consideraba como propios, tal y como dejó escrito el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, en sus memorias.

El Real Madrid dominaba en Europa, y la selección española, pese al batacazo sufrido en el Mundial de Chile de 1962 en el que cayó rápidamente eliminada, atesoraba un gran talento. A veteranos como Gento

se unieron indispensables como Iribar, Amancio, Pereda, Zoco o Marcelino, que arropaban a Luis Suárez, estrella del Inter de Milán de Helenio Herrera, uno de los mejores equipos de la historia.

Las eliminatorias a doble partido de la Copa Europea de Naciones comenzaron en 1962: Rumanía, Irlanda del Norte e Irlanda sucumbieron ante el combinado español dirigido por Villalonga, que se situó entre los cuatro mejores de Europa junto a Dinamarca, Hungría y la vigente campeona, la URSS.

En 1964 se cumplían veinticinco años desde el fin de la Guerra Civil, y para celebrarlo se organizaron multitud de actos y eventos conmemorativos bajo el lema, ideado por Fraga, «xxv años de paz». Franco fue recibido en loor de multitudes en las ciudades que visitó durante ese año; incluso llegó a estrenarse una película documental sobre su vida con el bochornoso título de *Franco, ese hombre*.

La organización del torneo de la Copa Europea de Naciones suponía una gran oportunidad para que España se abriera al mundo y normalizara las relaciones diplomáticas internacionales, pero la Unión Soviética volvió a cruzarse con el equipo español, esta vez en la final por el título. Antes, en semifinales, la URSS había doblegado en el Camp Nou a la Dinamarca de Ole Madsen; entre sus jugadores destacaban Voronin, Ivanov o Lev Yashin, único portero hasta la fecha que ha conseguido alzarse con el Balón de Oro, galardón que entonces se limitaba a jugadores europeos.

A España le supuso un gran esfuerzo derrotar a Hungría, que vivía su segunda época dorada con jugadores como Florian Albert y Ferenc Bene. Un tanto de Amancio en la prórroga certificó el pase a la gran final ante setenta y cinco mil espectadores que presenciaron el definitivo dos a uno. En el palco, junto a Muñoz Grandes, se pudo ver al joven príncipe Juan Carlos de Borbón, en un año fundamental para consolidar su sucesión a la Jefatura del Estado.

Muchos pensaban que Franco no acudiría al palco del estadio ese día, el 21 de junio de 1964. El Gobierno temía que el dictador se viera obligado a entregarle el trofeo de campeón al capitán de la Unión Soviética. Pese al elevado riesgo de que eso sucediera, Franco decidió asistir al encuentro.

Coordinado por el ministro Solís, quien, se dijo, convenció a Franco durante una cacería para que presenciara la final, el recibimiento al dictador en el Santiago Bernabéu fue apoteósico, con unas ciento veinte mil gargantas pronunciando el triple grito tantas veces escuchado: «¡Franco, Franco, Franco!». Su esposa, Carmen Polo, y el vicepresidente del Gobierno, Agustín Muñoz Grandes —el mismo que comandó la División Azul en tierras rusas—, acompañaron en el palco al Caudillo.

Tras el triple grito de Franco, el balón echó a rodar por el césped de la Castellana, en un partido que se convirtió en el mayor momento de gloria futbolístico de la selección hasta los más recientes goles de Torres e Iniesta. España, en uniforme azul, se adelantó muy pronto en el marcador, con un gol de Pereda a los cinco minutos de comenzar el encuentro.

Pero «la indescriptible explosión de júbilo» con la que el estadio recibió el tanto, según la crónica de *ABC*, no duró más de tres minutos, el tiempo que los soviéticos necesitaron para empatar a uno por medio de Khusainov, que tras el error de Fusté y Olivella había conseguido superar a Iribar. Los rusos ponían la técnica, mientras los españoles tiraban de furia y garra sobre el césped, en un encuentro igualado que se decidió a seis minutos del final, cuando ya todos esperaban la prórroga. Marcelino marcó y se convirtió en leyenda. «Rivilla se interna por la banda derecha y, ante la entrada de un rival, adelanta el balón a Pereda. Este lanza un fuerte centro a dos palmos del suelo que Marcelino, gracias a un perfecto escorzo en el aire, logra cabecear a la meta defendida por Yashin»; así describió el gol el diario *Arriba* por el cual España se proclamó, por vez primera, campeona de Europa.

Erróneamente se creyó durante décadas que el pase final había sido obra de Amancio, ya que el NO-DO, que no grababa el partido en su totalidad, se perdió el centro y recurrió a un montaje, con un centro anterior de ese jugador. En 2007 se difundieron las imágenes reales del tanto, que demostraban que el centro era de Pereda, pues otras cámaras retransmitieron el partido para más de una docena de países de Europa.

Cuando Lev Yashin se dirigió al periodista radiofónico Joan Armengol, desde el Gobierno franquista se quiso saber rápidamente qué había dicho. Eran simples comentarios futbolísticos sin importancia, pero la

significación política que el franquismo otorgaba al encuentro provocó que cundiese el pánico entre las autoridades. Por si fuera poco, una leyenda urbana atribuía al mejor portero del mundo un origen vasco: corría el rumor de que era uno de los niños de la guerra refugiados en Rusia al que los comunistas habían lavado el cerebro.

A pesar de que Iribar, Rivilla, Olivella, Calleja, Zoco, Fusté, Amancio, Pereda, Marcelino, Suarez y Lapetra habían conquistado la Copa de Europa de Naciones, «once muchachos que se alzaron brillante, justa y emocionalmente con el preciado trofeo», en el palco se encontraba, veinticinco años después de la Guerra Civil, de la «Cruzada» frente al comunismo, «el verdadero artífice de la victoria y de la paz, Franco, aclamado por ciento veinte mil personas», pudo leerse en el periódico *Arriba* el día siguiente del partido.

Según Preston en *Franco, caudillo de España*, la prensa ensalzó el triunfo como la culminación lógica de la victoria de Franco en la Guerra Civil, lo que provocó que, ante tal adulación, el dictador se mostrase contrario a cualquier posibilidad de reforma. Ejemplo de este hecho fueron las siguientes líneas de *ABC*: «Al cabo de 25 años de paz, detrás de cada aplauso sonaba un auténtico y elocuente respaldo al espíritu del 18 de julio».

Franco, vencedor sobre el comunismo, era aplaudido por los españoles como su salvador, y abría y cerraba la noticia en el NODO, en el que se escuchaba, colándose por las rendijas de la historia, el himno de la Unión Soviética como una ironía del destino.

En la prensa internacional también se destacó la presencia del Caudillo en el palco del Bernabéu. Diarios italianos como *Il Tempo*, *Il Messaggero* o *La Gazzetta dello Sport* sacaron a Franco en sus portadas, mientras que el francés *L'Equipe* afirmó que la Copa de Europa se había convertido sin duda en «la Copa de la Paz», y apoyó al equipo español, al igual que otros diarios de Europa Occidental contrarios a la URSS en plena Guerra Fría.

Cuando Olivella, capitán de España, recibió el trofeo, declaró: «Esta victoria se la ofrecemos en primer lugar al Generalísimo Franco, que ha venido esta tarde a honrarnos con su presencia y a animar a los jugadores, quienes han hecho lo imposible por ofrecer al Caudillo y a España este

sensacional triunfo». Una vez más, Franco, «Centinela de Occidente», volvía a vencer a la «hidra comunista». Matías Prats anunció que España había vencido a la «patria del comunismo criminal» y Franco declaró: «Nuestra unidad y patriotismo ha sido mostrada a los millones de personas que han visto el partido en todo el mundo».

Fútbol junto a la verja

Toda dictadura necesita de un enemigo exterior con el que alimentar un patriotismo exacerbado que movilice la población y acabe con las disidencias. En el caso del franquismo, una de las reivindicaciones favoritas para con el mundo exterior fueron las movilizaciones para reclamar la españolidad de la colonia británica de Gibraltar, arrebatada a la monarquía hispánica tras la Guerra de Sucesión y el tratado de Utrecht.

En el año 1969 los ingleses se lo pusieron fácil a Franco, pues aprobaron una Constitución para la colonia, que recibió nada más y nada menos que la visita de la reina Isabel II y su esposo, el duque de Edimburgo.

Como respuesta a tamaña ofensa, Franco ordenó el cierre de la verja que separaba el Peñón de la ciudad de La Línea de la Concepción. Más de cinco mil habitantes del Campo de Gibraltar, por aquel entonces una de las zonas de España con más dificultades económicas, se quedaron sin trabajo, pues se desplazaban diariamente para ganarse la vida en la colonia inglesa.

Para paliar la situación, dramática para la comarca, el franquismo inició una política de industrialización que no acabó nunca de cuajar. Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió celebrar un partido internacional de fútbol «patriótico», que sirviese tanto de declaración política como de desagravio para los gibraltareños.

El 15 de octubre de 1969, España se enfrentó a Finlandia en un encuentro clasificatorio para el Mundial de México, clasificación que ya era imposible, tras la derrota previa de los españoles ante Bélgica. Se estrenaba el nuevo seleccionador, Kubala, y sirvió, además de para reclamar la españolidad del Peñón, para despedir de la selección a Paco Gento, el hombre del récord de las seis Copas de Europa y ganador de la Eurocopa de 1964.

El encuentro se disputó en el estadio José Antonio Primo de Rivera de la Línea de la Concepción, construido junto a la Ciudad Deportiva Francisco

Franco e inaugurado para la ocasión. Congregó a unos veintidós mil espectadores.

La selección española goleó a una débil Finlandia por seis a cero, mientras las cámaras de Televisión Española enfocaban continuamente la silueta del Peñón, al fondo de la imagen, tras las pancartas reivindicativas del público.

«Cuando el equipo español tenía enfrente el Peñón atacó más y mejor… Parecía como si el objetivo fuera Gibraltar y no la meta finlandesa», escribió Gilera, mítico cronista de *ABC*.

El partido del siglo

Con este rimbombante nombre tituló la prensa franquista a un simple partido de clasificación para la Copa de Europa de Naciones de 1972. Siete años después de la gran victoria contra la «hidra comunista», el destino volvía a deparar un encuentro contra el archienemigo del franquismo.

Aun cuando las relaciones diplomáticas con Moscú seguían siendo inexistentes, a nadie se le ocurrió en este caso evitar el partido, así que en mayo de 1971 la selección nacional, entrenada por Ladislao Kubala, se presentó en el Estadio Lenin, hoy Estadio Olímpico Luzhnikí de Moscú, para jugar el primer partido disputado por España en territorio soviético.

Mundo Deportivo, en su portada, lo catalogaba como el evento más «espectacular y de raíz popular más profundo que el fútbol español ha vivido en toda su historia».

Recientemente la agencia EFE rememoró este encuentro, logrando recoger los testimonios de algunos exjugadores soviéticos. La «KGB hizo todo lo posible para concienciar a sus futbolistas», afirmaba el texto. Dzodzuashvili, por ejemplo, reconoció lo siguiente:

> Para muchos futbolistas soviéticos, los partidos ante España tenían una importancia vital, ya que una derrota significaba la salida del equipo. Por eso, como se dice comúnmente, luchábamos a vida o muerte. Aunque en caso de derrota no nos detenían o fusilaban y tampoco disolvían el equipo, como en tiempos de Stalin, el precio político era muy alto. Todos lo entendíamos a la perfección.

Y Sabo, exjugador del Dinamo de Kiev, rememoraba cómo los agentes del KGB nunca les perdían la pista: «Nos adoctrinaban todo el tiempo. Repetían que teníamos que ganar fuese como fuese, más aún contra España».

Fue tal la expectación que unos cinco mil aficionados acompañaron a los «Kubala Boys», como se conocía a los españoles, y la prensa afirmaba que, tal vez, sería el triunfo «más importante de toda la historia de nuestra

selección», con un entusiasmo poco realista, al tener que verse las caras con un equipo que fue campeón de Europa en 1960 y subcampeón y semifinalista en las dos siguientes convocatorias.

Durante los días previos, a pesar de que el equipo local juega siempre con su equipación habitual, los españoles intentaron ser ellos los que vistiesen de rojo, por lo que se llegó a una solución salomónica, no usando ninguno de los contendientes su primera vestimenta. Los españoles vistieron de azul y los rusos de blanco.

El partido, uno de los primeros retransmitidos por Televisión Española, se disputó el día 30 de mayo de 1971. Ante los más de ochenta mil espectadores del Estadio Lenin, los españoles de Kubala, con Iribar, Amancio o Rexach —faltaban por lesión Pirri y Gárate—, no pudieron alzarse con la victoria. Los goles de Kolotov y Shevchenko sentenciaron un partido en el que Rexach pudo acercar a España marcando en el minuto ochenta.

La vuelta tuvo lugar en el Sánchez Pizjuán de Sevilla, el 27 de octubre de 1971, pero los españoles no pudieron pasar de un empate a cero que los apeó de la Eurocopa. Tras la muerte de Franco se normalizaron las relaciones diplomáticas con la URSS y desapareció esa rivalidad ficticia creada por el propio régimen.

Brazaletes negros y una ikurriña

Presiento que tras la noche
vendrá la noche más larga.
Quiero que no me abandones,
amor mío, al alba.

LUIS EDUARDO AUTE,
Al alba

La última temporada bajo la dictadura de Franco, la del año 1975, concluyó con un doblete del Real Madrid, vencedor de la Liga y de la Copa del Generalísimo, que se decidió contra el Zaragoza en una emocionante tanda de penaltis. Franco, solo cuatro meses antes de su muerte, entregó la Copa al capitán madridista Amancio Amaro bajo la atenta mirada de Carmen Polo y de toda la plana mayor del franquismo.

A finales de septiembre, el fusilamiento de cinco miembros de ETA y del FRAP provocaron airadas protestas internacionales, entre ellas la del papa Pablo VI, las del primer ministro sueco, Olof Palme, y las de varias instituciones y organismos internacionales. En el País Vasco se convocó una huelga y las reivindicaciones políticas, de forma sorpresiva, comenzaron a manifestarse también en las gradas de los estadios de fútbol, hasta entonces territorio indiscutible del «pan y circo» del régimen. El franquismo contraatacó con una manifestación en la Plaza de Oriente el I de octubre, en la que Franco achacó las protestas internacionales «a una conspiración masónico-izquierdista, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social».

Se vislumbraba el fin de la dictadura y algunos comenzaron a perder el miedo. Cuando los jugadores del Athletic de Bilbao salieron al campo para disputar su partido de Liga en Granada, lo hicieron con unos brazaletes negros en recuerdo de los fusilados. El inductor parece que fue Iribar, que

acabó militando en Herri Batasuna, partido vinculado a ETA. Como coartada, y para evitar represalias, contaron que los brazaletes eran en recuerdo del jugador y directivo del Athletic Luis Albert, de cuyo fallecimiento se cumplía un año durante esos días.

En el campo del Racing de Santander dos jugadores hicieron lo mismo, pero sin excusas: Aitor Aguirre y Sergio salieron a jugar contra el Elche portando sendos símbolos de luto. La policía entró en el vestuario durante el descanso, obligándoles a quitárselos. El Gobernador Civil les impuso una multa de cien mil pesetas. Así lo recogía *ABC:*

«Por la Brigada de Investigación Social del Gobierno Civil se han instruido diligencias contra Aitor Aguirre y Sergio por actos que pudieran ser punibles por la vigente ley de Antiterrorismo». Así se hace constar textualmente en el parte oficial del comisario de Policía.

La fiscalía pidió hasta cinco años de cárcel, pero el óbito del dictador cerró la causa.

Un año después de la muerte de Franco, el 6 de diciembre de 1976, un simple gesto en un partido de fútbol cambió muchas cosas en el País Vasco. Llegaba el derbi de la temporada entre los dos equipos más fuertes de la tierra: el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad de San Sebastián. Por entonces, y a pesar de la muerte del dictador, la bandera vasca seguía prohibida por estar relacionada con el terrorismo de ETA, pero aquel día los capitanes de ambos equipos salieron al campo sosteniendo entre los dos una ikurriña. Kortaberría, capitán de la Real, la sujetaba por un lado, mientras que, por el otro, lo hacía el mítico capitán del Athletic, el Chopo Iribar, que a partir de entonces quedó marcado desde el punto de vista político.

El partido se jugó en el antiguo campo de Atocha, en San Sebastián, y el gesto contó con la complicidad de las dos plantillas, incluyendo a los entrenadores, Irulegui y Aguirre, ambos exjugadores de los dos equipos. El colegiado recogió el incidente en el acta, que provocó alguna lágrima de emoción en los graderíos. La Real ganó cinco a cero, pero también ganó el país al romper un tabú del franquismo. Ese mismo domingo, en la misma ciudad, el Partido Nacionalista Vasco realizaba su primer acto público tras cuarenta años de dictadura.

En el año 2018, en una entrevista a *Jot Down*, Iribar recordó que la ikurriña la confeccionó una hermana de Uranga, jugador de la Real, que propuso el gesto a los jugadores una hora antes del encuentro. Ante el temor de que la policía se hiciese presente en el túnel de vestuarios y requisara la bandera antes de la salida al campo, el propio Uranga, lesionado, se situó en la grada, desde donde acercó la enseña a los capitanes. Poco después se legalizó la ikurriña. Iribar no volvió a jugar con la selección española.

El fútbol en manos de las dictaduras americanas

La guerra del fútbol

En América Latina, la frontera entre el fútbol y la política es tan tenue que resulta casi imperceptible.

RYSZARD KAPUŠCIŃSKI,
La guerra del fútbol

8 de junio de 1969. «La Coneja» Cardona aprovecha un balón en el área para darle la victoria a Honduras en el último minuto. En El Salvador, tras ver el partido por televisión, Amelia Bolaños, una hincha de dieciocho años, coge la pistola de su padre y se mata de un tiro en el pecho. La muerte, rápidamente tomada como bandera por los fanáticos, era lo que faltaba para terminar de incendiar una eliminatoria mundialista que acabó en una guerra.

El partido de vuelta se celebró el 15 de junio en el estadio Flor Blanca, en San Salvador. Allí, todo fue a peor. «Un diario, *El Mundo* de El Salvador, nos tomó una foto en el aeropuerto y luego nos pusieron un huesito en la nariz, como a los caníbales», contó el hondureño Gómez. Los medios de ambos países calentaron el ambiente, acusándose mutuamente de estar al servicio de Fidel Castro, factótum revolucionario de aquellos tiempos.

> Llegamos un viernes, y la gente estaba tan alterada que suspendimos el entrenamiento y volvimos al hotel, el Intercontinental, de diez pisos. Allí encontramos muchos aficionados, de colegios, con orquestas, bandas… El primer muerto, un chico salvadoreño que nos acompañaba, fue esa noche, a las dos, cuando salió del hotel. Lo agarraron a pedradas y vimos, a través de las puertas de cristal, cómo moría en la calle. Por la noche no quedaba un vidrio sano.

Esto relató el central hondureño Fernando «el Azulejo» Bulnes a *El País*, que también recogió las declaraciones de otros integrantes del equipo.

«Llegó un momento en el que de verdad temimos por nuestra vida. Una varilla de un cohete rompió el cristal de una ventana en la habitación en la que estaba con otros tres compañeros. También cayó una bomba casera, que por suerte no explotó», declaró Tonín Mendoza, volante y capitán hondureño de veintiún años. Tuvieron que refugiarse en la azotea hasta que amaneció, mientras los aficionados destrozaban el hotel.

Por la mañana, los futbolistas se dividieron en grupos de tres para despistar a la muchedumbre, teniendo que esconderse en las casas de algunos hondureños que tuvieron a bien arriesgar sus vidas para protegerlos.

«Nos fuimos porque la gente hablaba de tomar el hotel. Por eso nos marchamos. A mí me tocó con uno cuya mujer era salvadoreña, como los hijos. Notábamos en sus miradas, cómo explicarlo, una animadversión…» añadió Mendoza, a lo que Matamoros agregó: «Yo lo hice en casa del embajador. Andábamos huyendo como si fuéramos delincuentes. Nos dimos cuenta de que el asunto era muy jodido».

Al día siguiente, fueron escoltados al estadio. Bulnes relató que «metieron los buses en los que íbamos dentro del terreno de juego, donde cabían casi cuarenta mil personas, y nos dejaron enfrente de los vestuarios. La primera impresión es que el campo estaba lleno de soldados». El Salvador ganó tres a cero, todos los goles anotados durante el primer tiempo.

La derrota fue todo un consuelo para el combinado hondureño, cuyos integrantes veían peligrar su vida si ganaban. «Fuimos terriblemente afortunados al perder», declaró el seleccionador, Mario Griffin. Los hondureños fueron increpados y perseguidos hasta la frontera. Todo quedaba pendiente del partido de desempate, que se tenía que jugar en un país neutral.

El enorme Estadio Azteca de la ciudad de México fue el lugar elegido para el enfrentamiento. El resultado: victoria de El Salvador por tres goles a dos. Se perdieron así las opciones de los hondureños de clasificarse para el Mundial que se celebraba el año siguiente. Después de entrevistarse con los jugadores de su selección tras la derrota, Armando Velázquez, embajador de

Honduras, pronunció las siguientes palabras: «Hemos roto las relaciones con El Salvador. Posiblemente haya una guerra».

Dos semanas más tarde, del 14 al 18 de julio, los temores de todos se hicieron realidad. Las operaciones militares de ambos países dieron lugar a lo que el periodista polaco Ryszard Kapuściński llamó la «guerra del fútbol», uno de los conflictos más absurdos ocurridos durante el siglo XX y que, pese a su brevedad, aproximadamente cien horas, provocó la muerte de varios miles de personas, así como unos quince mil heridos, datos que varían según las fuentes consultadas.

«La llamaron injustamente de esa forma. Fue un pretexto que nos pilló en medio. Jamás imaginé la repercusión que tendría uno de mis goles, lo que iba a desencadenar», relató el salvadoreño Mauricio «el Pipo» Rodríguez al diario *El País* al conmemorarse los cuarenta años de aquel conflicto. Él anotó el gol definitivo a los once minutos del tiempo reglamentario en la capital mexicana, tras varios errores de los centrales y del portero hondureño. En el campo, según escribió Kapuściński, «los hinchas de Honduras fueron acomodados en un lado del estadio y los de El Salvador en el opuesto, sentándose en medio cinco mil policías mexicanos con imponentes porras».

Para los jugadores, la eliminatoria mundialista y el ambiente de tensión entre las hinchadas, favorecido por medios de comunicación y autoridades, solo fue un pretexto para una guerra que ya estaba convenida entre ambas dictaduras militares. Una excusa, quizás una espita, que hizo reventar por los aires lo que resultaba insostenible desde hacía mucho tiempo.

La guerra de las cien horas escondía una situación sociopolítica mucho más compleja que la simple rivalidad futbolística entre dos vecinos, por eso llamó la atención del reportero polaco: «Ejércitos que usaban el mismo tipo de uniforme, llevaban idénticas armas y hablaban la misma lengua».

La auténtica causa del conflicto fue que El Salvador, a pesar de ser el país más pequeño de Centroamérica, tenía una densidad de población altísima, y sus tierras estaban en manos de unos pocos hacendados, lo que había provocado la emigración de cientos de miles de salvadoreños a Honduras en busca de tierras para cultivar. Allí, en 1969, una reforma agraria expropió la tierra de muchos salvadoreños y se creó la Mancha

Brava, una organización paramilitar que ayudó a expulsar violentamente a unos trescientos mil salvadoreños, protegida por una campaña de desinformación de la prensa controlada por el régimen que justificaba las acciones violentas.

Como recuerda Relaño, durante las eliminatorias, en Honduras corrió un dicho popular: «Hondureño, toma un leño y mata a un salvadoreño». La policía de este país miraba para otro lado, sobre todo en las zonas rurales, mientras la violencia se hacía incontrolable. El 14 de julio de 1969 comenzó la guerra, estableciéndose una línea de frente entre los dos países, que se echaban la culpa mutuamente del inicio de las hostilidades.

La junta militar salvadoreña, comandada por Fidel Sánchez, desplegó sus fuerzas en la frontera para proteger a sus ciudadanos desplazados en el país vecino, se preparó para una invasión y bombardeó el aeropuerto de Tegucigalpa con aviones estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, el gobierno hondureño ordenó la reclusión de los salvadoreños presentes en su territorio, creando a tal efecto auténticos campos de concentración. Comenzaba así una guerra que la Organización de Estados Americanos consiguió detener cuatro días después.

En el Mundial de Fútbol de México de 1970, El Salvador perdió sus tres partidos: encajó nueve goles y no marcó ninguno.

Honduras rompió relaciones diplomáticas con El Salvador durante una década. Se retomaron, como no podía ser de otra manera, con la organización de un partido amistoso de fútbol.

Pelé y la dictadura militar brasileña: el Mundial de México de 1970

En 1964, el golpe de estado del general da Costa marcó el inicio de una dictadura que continuó el general Emilio Médici y que se prolongó hasta 1985. En «el Brasil de las veinte mil torturas», de las desapariciones y de las ejecuciones clandestinas, los jugadores de la *canarinha* miraban para otro lado, y el régimen se aprovechaba de su talento. En 1970, el éxito de la selección brasileña en el Mundial de México se convirtió en un amplio paraguas balompédico para ocultar los crímenes contra la humanidad que se estaban cometiendo en ese país. *O Rei*, Pelé, opinó con posterioridad lo siguiente:

> Al estar pendiente del fútbol y del campeonato, lo que estaba pasando en nuestro país llegó a pasar a un segundo plano. Ganar el Mundial de México en 1970 era una auténtica alegría para todos, pero la parte mala fue que eso tapó las torturas, los desaparecidos y los asesinatos. Hubo un momento que pensé en dejar la selección debido a las atrocidades que los militares estaban provocando en Brasil.

Poco antes del inicio del Mundial de 1970, el entrenador de la *canarinha* era Saldanha, un periodista deportivo afiliado al Partido Comunista que había sido corresponsal durante la Segunda Guerra Mundial y que, cuando asumió el cargo tras la debacle brasileña en el Mundial de Inglaterra de 1966, llevaba doce años alejado de los banquillos. Dadas las circunstancias, nadie entendió muy bien cómo el presidente de la Federación Brasileña, João Havelange, había conseguido convencer a los militares de que Saldanha era el más adecuado para el puesto, sobre todo porque Saldanha nunca ocultó su militancia y respondió a preguntas incómodas de la prensa internacional sobre la crítica situación represiva que se vivía en Brasil. En 1969, en plena gira con el equipo nacional por Europa, un periodista le preguntó por la situación política en su país; Saldanha, en su respuesta, habló de torturas, de más de trescientos muertos y desaparecidos y de la existencia de presos políticos en peligro de ser ejecutados.

Saldanha dio un nuevo ímpetu al equipo, al que regresó Pelé tras haberse retirado anteriormente del combinado nacional. Sin embargo, en un enfrentamiento contra Chile, Saldanha decidió dejar a Pelé fuera del once titular, lo que provocó la reacción del astro brasileño ante los periodistas. Saldanha acusó de indisciplina a Pelé por sus críticas y aireó los problemas de visión de este. La estrella era miope:

> Es cierto que soy corto de vista; siempre lo he sido, y esta condición fue diagnosticada por los médicos del Santos cuando yo tenía quince años. Pero nunca interfirió en mi desempeño; de hecho, es posible que haya contribuido a mejorarlo. Una de las teorías más interesantes a lo largo de los años para explicar mi éxito, planteada por algunos periodistas, era que yo tenía una visión extra periférica que me permitía ver una franja más amplia de la cancha que la mayoría de los jugadores.

«Desafortunadamente, Saldanha también tenía un lado oscuro», escribió Pelé en su libro *Pelé, porque el fútbol importa*, y no resulta difícil encontrar pruebas de esa faceta. Se le califica de volátil y aficionado a la bebida, de no saber sobrellevar bien las críticas, hasta tal punto que llegó a arremeter en repetidas ocasiones contra los periodistas que cuestionaban sus decisiones. Fernando Araújo, en *El Espectador*, dijo que una vez Saldanha se enojó tanto con las críticas de un entrenador de Río que acabó persiguiéndolo con una pistola. Era un tipo peculiar, «sin pelos en la lengua, irascible, agresivo y quijotesco», según un perfil que hizo *The New York Times*.

Al poco tiempo, la Confederación Brasileña de Deportes despidió a João Saldanha, quien no tardó en vengarse desde la prensa, escribiendo que el astro carioca estaba bajo de forma y enfermo.

Por otra parte, pasados ya unos años, Eduardo Gonçalves, alias Tostão, una de las figuras del equipo y fundamental para Brasil en México, confesó:

> La verdad, o gran parte de la verdad de los hechos, es que Saldanha era miembro del Partido Comunista, y los directivos, o los militares, no lo querían en la selección. Era un obstáculo, y él tenía una deuda pendiente con Pelé por la diferencia en la sensibilidad para mirar el mundo que tenía el negro, pues como jugador no tenía discusión.

Saldanha nunca dejó de ser una figura reivindicativa; en 1989, cumplidos ya los setenta y dos años, lideró una asamblea en contra de los despidos en

el *Jornal do Brasil*, el medio para el que trabajaba como periodista. Falleció un año después, tras ver la final del Mundial entre Alemania y Argentina.

La destitución de Saldanha se consumó poco antes de que comenzara el Mundial de México; Garrastazu Médici, jefe de la dictadura militar, intervino para que Mario Zagallo dirigiese el equipo, y a continuación le conminó a que incluyese en la lista de convocados a su ídolo, Darío José dos Santos, conocido como Dadá Maravilha, al que ya había intentado introducir en el equipo anteriormente. «Yo no le digo a usted a quién tiene que nombrar en sus ministerios, y usted no tiene que decirme a quién debo nombrar en mi equipo», había contestado Saldanha a un emisario del dictador con anterioridad.

Zagallo había presenciado el Maracanazo, cuando como cadete del ejército participaba en labores de seguridad. Aquella debacle supuso toda una depresión nacional en el país del *ordem e progresso*, que juró vengarse de aquella ofensa. Pelé, Tostão, Jairzinho, Gerson, Clodoaldo, Carlos Alberto, Rivelino y el resto del combinado *verde-amarelo* hicieron posible esa misión.

En 1970, Brasil se convirtió en un mito. Santiago Segurola lo describió como «el metro patrón que mide a todos los demás grandes equipos». Nadie ha conseguido hacer mejor fútbol que aquellos jugadores. Zagallo fue valiente, alineando a cinco, seis y hasta siete jugadores de ataque, todos creativos, que jugaban con la mente puesta en el equipo, a pesar de los egos y de la historia de cada uno.

Encabezados por Pelé, vencieron a Checoslovaquia, Rumanía, Inglaterra, Perú, Uruguay e Italia en la final. Pero el encuentro de mayor transcendencia simbólica para el equipo y la afición brasileña fue la semifinal contra Uruguay, pues se jugaba con el fantasma aún muy presente del Maracanazo. Pelé lo definió posteriormente como el partido más violento de toda su carrera, ya que los celestes se emplearon al límite del reglamento de juego.

Tras la victoria brasileña por tres a uno, que calmaba las ansias de revancha de todo un país, un representante del equipo nacional pidió al dictador brasileño que se dedicase una plaza en Brasil a la ciudad mexicana

de Guadalajara ya que allí, recuerda Manuela Bernal en *El Espectador*, se habían sentido como en casa.

En plena resaca tras la victoria, el general Médici, escribió Galeano, dio dinero a los jugadores, posó con el trofeo de campeón en las manos y hasta cabeceó una pelota ante las cámaras. La marcha musical compuesta para animar al equipo brasileño, *Pra frente Brasil*, acabó convirtiéndose en el himno oficioso de la dictadura, mientras los anuncios, con la imagen voladora de Pelé sobre el césped, sentenciaban: «Ya nada detiene a Brasil».

Cuatro meses después de la conquista del tercer Mundial para su país, Pelé volvió a México con «inmensa satisfacción», con «la honrosa misión de representar al ilustre gobierno» en la inauguración de la Plaza Brasil en la ciudad de Guadalajara. Entre los días 2 y 5 de noviembre, Pelé y su esposa representaron en el país azteca al general Médici, como muestran los documentos del archivo personal del dictador, que pueden consultarse en el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño tras la donación realizada por el hijo del general.

En ese archivo se conserva una carta de Pelé al «muy digno Presidente», agradeciéndole el «honor de representar a vuestra excelencia» en una misión que «se constituyó en una de las más destacadas experiencias de mi vida». Entre los documentos se encuentra todavía el recibo para los gastos del viaje, pagado por el Ministerio de Relaciones Exteriores en el Banco de Brasil, en Santos.

En México, Pelé se entrevistó con Luiz Echeverria Álvarez, que asumió unos días después la presidencia mexicana, y que tuvo un mandato marcado por la guerra sucia y las torturas.

Parece ser que este viaje no fue la primera demostración de afecto de Pelé al régimen militar. Según el documental *Memórias do Chumbo – O Futebol nos Tempos do Condor*, galardonado con el Premio Gabriel García Márquez de periodismo, el jugador visitó las instalaciones del DOPS (Delegación de Orden Político y Social), organismo responsable de los interrogatorios, entre otras operaciones de policía política. En estas instalaciones, en el despacho del director, Pelé se pronunció en defensa del gobierno y en contra del comunismo. Según un informe del propio DOPS la visita se realizó el 21 de octubre de 1970.

Pelé se convirtió en un importante agente de propaganda del gobierno de Médici, posando junto a varios ministros, como Delfín Neto o Jarbas Passarinho, y fue condecorado con la Orden del Río Blanco.

El Archivo Médici revela el interés de la dictadura militar por el fútbol. Gracias a estos documentos sabemos que el dictador tenía espías dentro de la propia selección, que le ponían al día de todo lo que ocurría en la concentración mundialista. Roberto Ypiranga Guaranís, involucrado en casos de tortura, jefe de la seguridad durante el campeonato, o Pablo Planet Buarque, directivo del São Paulo, eran algunos de ellos.

En uno de los informes de este último, antes del debut del equipo en México, se relata el ambiente de la delegación, sin obviar recomendaciones sobre formaciones y jugadores. Buarque hablaba de la existencia de un «clima de euforia, de un enorme deseo de ganar». El directivo comunicaba al dictador que Mario Zagallo le había informado de que podría aprovechar a Darío o a Roberto, siempre que el desarrollo del partido hiciera propicia su participación.

En las siguientes líneas, el informador transmite su preocupación por la zaga y sugiere al general su formación ideal: «Everaldo en el puesto de Marco Antonio, ese niño se aterrorizó cuando nos atacaron, en fin, el técnico es Zagallo y esperaremos al estreno, luego daré más noticias». No sabemos si Médici, con esta información, dio instrucciones a Zagallo, pero sí sabemos que Marco Antonio acabó en el banquillo y Everaldo fue titular.

El partido fantasma

Retornarán los libros, las canciones,
que quemaron las manos asesinas.

PABLO MILANÉS
Yo pisaré las calles nuevamente

Cuenta Vicent Chilet, en *Maradona en Humahuaca*, cómo en El Arrayán, en las afueras de Santiago de Chile, los miembros del Partido Comunista se reunían con enviados de la Unión Soviética y, entre debate y debate, jugaban al fútbol en una pequeña cancha. En las pachangas participaba el cantante Víctor Jara que, junto al grupo folclórico Quilapayún, bromeaba sobre las consecuencias políticas que la victoria futbolística de los chilenos podía acarrear en un futuro.

El 11 de septiembre de 1973, de entre las humeantes ruinas del palacio presidencial de La Moneda, bombardeado por su propio ejército, se apagó el eco del último discurso radiofónico de Salvador Allende. Pocos días después —muerto ya Víctor Jara, torturado y con cuarenta y cuatro balazos en el cuerpo, símbolo de tantos otros miles de asesinados—, Pinochet envió a la selección nacional de fútbol a Moscú para que disputara contra la URSS el partido de ida de una eliminatoria cuyo ganador conseguiría la clasificación para el Mundial de Alemania de 1974; el terrible dictador quería aparentar de cara al exterior una normalidad que ocultara la sangre derramada.

La Unión Soviética no reconoció el nuevo régimen chileno, rompió relaciones diplomáticas e impidió el paso de periodistas y cámaras al estadio. Por su parte, la dictadura chilena prohibió a sus jugadores hacer cualquier tipo de declaración política, puso bajo vigilancia a las familias de los internacionales y negó a sus ciudadanos el derecho a salir del país. El

choque concluyó con empate a cero: la clasificación para el Mundial se decidiría en el partido de vuelta, en la ciudad de Santiago.

El Estadio Nacional había sido convertido por la dictadura en el mayor centro de detención del país, por el que pasaron cuarenta mil prisioneros. Por el graderío, los militares guiaban a un chivato encapuchado, que señalaba a los supuestos líderes izquierdistas antes de ser asesinados. Uno de ellos fue el periodista estadounidense Charles Horman, cuya historia hizo famosa la película *Desaparecido* (Costa Gavras, 1981), que también ilustra el infierno vivido por miles de familias durante aquellos días.

Pese a la sangre de los miles de torturados que se había derramado en las gradas, el Nacional fue el escenario elegido por la dictadura de Pinochet para la celebración del partido definitivo. La Federación Chilena propuso varios escenarios alternativos, pero la dictadura quería vencer futbolísticamente al comunismo en el mismo lugar en el que lo hacía a través de la violencia. La Unión Soviética solicitó que el partido se disputara en un país neutral, pero la FIFA se negó en rotundo.

A pesar de la situación política de Chile, y de que la URSS se negó a desplazar a su combinado hasta el país sudamericano, la FIFA obligó a que se celebrase el encuentro. Una comisión del organismo visitó el estadio. El gobierno chileno escondió a los presos en pasillos y estancias interiores de la instalación —unos siete mil según varias fuentes— mientras los enviados del organismo internacional determinaban que el campo era adecuado para la celebración del encuentro y hacían como que no habían visto nada fuera de lo normal. Antes del partido, varios miles de detenidos fueron evacuados al desierto de Atacama.

Pero los soviéticos no llegaron a viajar, y el 21 de noviembre la selección chilena se encontró sola en el campo, acompañada por un árbitro, también chileno. La FIFA ordenó que se marcase un gol simbólico, a puerta vacía, que sellase la clasificación de los sudamericanos. Dos a cero por incomparecencia. La URSS no podía permitirse perder contra una dictadura de derechas y, con la ausencia, se anotaban una victoria moral ante un mundo que había hecho bien poco ante los crímenes de Pinochet.

Al estadio acudieron apenas unas quince mil personas. Durante el falso encuentro, los militares seguían repartidos por el estadio, mientras los

jugadores avanzaban lentamente ante un rival invisible. El capitán, Chamaco Valdés, fue el encargado de marcar el gol de la vergüenza, poniendo fin a un partido que no duró ni treinta segundos y que acabó sin celebraciones ni honores. Fue uno de los encuentros más tristes de la historia del fútbol, el conocido como el «partido fantasma». Un partido sin rival, sin vítores y sin alegría, pero con el que los chilenos se clasificaron para el Mundial.

Tras el gol, los jugadores volvieron a saltar al campo, esta vez para disputar un amistoso contra el Santos de Brasil, con el fin de justificar el pago de las entradas de los aficionados. Recibieron cinco goles de los brasileños. En 1974 Chile cayó en la primera ronda del Mundial que encumbró a la Alemania de Beckenbauer.

El partido con el que Pinochet engañó a Perú

El 26 de marzo de 1977 se celebró un partido que traspasaba todos los límites del deporte. Se acercaba el centenario de la Guerra del Pacífico y el gobierno peruano volvía a reclamar los territorios perdidos frente a Chile tras los Tratados de Ancón de 1889 y de Lima de 1929. Por su parte, los chilenos estaban limitados militarmente, ya que el gobierno norteamericano les había prohibido la compra de armas debido a la represión de la dictadura de Pinochet.

En este contexto, las selecciones de ambos países, Chile y Perú, se jugaban la clasificación para el Mundial de Argentina casi a la vez que el ejército chileno se enteraba de la existencia de La Joya, una base secreta peruana que amenazaba su territorio. Fue entonces, como desveló el periodista Luis Urrutia O´Nell, cuando el espionaje chileno decidió usar la eliminatoria mundialista para crear una inmensa cortina de humo que le permitiese realizar una operación de espionaje.

Con tal misión se decidió que Augusto Pinochet acudiese al partido de ida en Santiago de Chile, para que el dictador peruano, Morales Bermúdez, hiciese lo propio con todo su gobierno veinte días después en Lima. A Chile le bastaba un empate para obtener la clasificación, pero los goles de los peruanos Sotil y Oblitas acabaron con la derrota chilena y con la clasificación de los peruanos.

La locura colectiva se desató en Perú, e incluso el presidente Morales Bermúdez, con la camiseta del capitán Julio Meléndez, recorrió el campo cantando su himno a todo pulmón. Tras los cánticos de la hinchada, el dictador suspendió el toque de queda para que el pueblo pudiese festejar toda la noche la clasificación mundialista.

Mientras tanto, la operación del Ejército y la Fuerza Aérea chilena se activaba. Una escuadrilla de Hawker-Hunter sobrevolaba La Joya y fotografiaba las instalaciones militares, lo que situaba a los chilenos en

posición ventajosa ante una posible futura guerra, que entonces parecía cercana.

Matthei, de la Fuerza Aérea de Pinochet, confirmó estos hechos a los autores de *Historias secretas del fútbol chileno:* «Los vuelos para actualizar la aerofotogrametría de Perú fueron nocturnos, aprovechando los festejos por la clasificación al Mundial».

Fútbol y Videla: el Mundial de Argentina de 1978

Me parece que soy de la quinta que vio el Mundial del 78,
me tocó crecer viendo a mi alrededor paranoia y dolor.

ANDRÉS CALAMARO
Crímenes perfectos

Cada Mundial, cada gesta deportiva de universal trascendencia, deja en el imaginario colectivo un fotograma que pervive, generación tras generación, y acaba por sustituir nuestros propios recuerdos. En el caso del Mundial de Argentina de 1978 la imagen que pervive en la historia del fútbol es la de Mario Alberto Kempes, el Matador, corriendo exultante con los brazos abiertos mientras, desde el suelo, lo contemplan, humillados y derrotados, los jugadores holandeses de la Naranja Mecánica, huérfanos de Cruyff, bajo una lluvia albiceleste de confeti.

Con el paso del tiempo esa imagen se ha ido emborronando y oscureciendo: la vergüenza nacional y la llegada del dios del fútbol, Maradona, acabó por eclipsar la primera victoria mundial del combinado argentino que hoy, tras tantos años, proyecta más sombras que nunca.

El 25 de junio de 1978 se celebró en el estadio Monumental de Buenos Aires, cancha recién remodelada de River Plate, la esperada final del Mundial de Argentina, entre la selección anfitriona y Holanda. Los holandeses se enfrentaban al recuerdo de la derrota contra Alemania en la final de 1974 y los argentinos buscaban, tras tantas décadas, resarcirse del fracaso de 1930. En el minuto treinta y siete el héroe, Kempes, remató casi desde el suelo un balón que superó al veterano arquero holandés, Jan Jongbloed. Uno a cero.

Durante el segundo tiempo los tulipanes empataron a solo unos minutos del final, de la mano de Dick Naninga, que remató un centro preciso desde la derecha de Van der Kerkhof. Las gradas enmudecieron. Apenas a un

minuto del final del tiempo reglamentario un disparo del holandés Rensenbrink a la madera hizo recordar a muchos el drama del Maracanazo, dejando a la selección holandesa a solo unos centímetros de la gloria. Ese «casi gol», que a punto estuvo de cambiar la historia, lo recuerda Juan Sasturain en *La patria transpirada*: «¿Hubiese caído antes la dictadura sin la euforia de la victoria mundialista?, ¿hubiese ocurrido el desastre de las Malvinas?».

La prórroga arrojó una titánica lucha física que acabó con un nuevo gol de Kempes y otro, ya con una Holanda derrotada, de Daniel Bertoni, sellando el definitivo tres a uno final.

Daniel Alberto Passarella, capitán de la albiceleste, recogió la Copa del Mundo de la mano del presidente de la Junta Militar, el general Jorge Rafael Videla, mientras los holandeses se negaban a estrechar las manos de las autoridades y los gritos de la enfervorizada multitud tapaban los de los torturados en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) —lo que Eduardo Galeano llamó «el Auschwitz argentino»— a solo diez cuadras del estadio, menos de un kilómetro. «Mientras se gritan los goles, se apagan los gritos de los torturados y de los asesinados», dijo Estela de Carlotto, de las Abuelas de la Plaza de Mayo, en el documental *La historia paralela*.

«La Copa del Mundo fue como las Malvinas: banderas por todos lados, bebida, aglomeraciones y gritos de “Argentina, Argentina”», declaró Hebe Bonafini a Simon Kuper, autor de *Fútbol contra el enemigo* décadas después.

Dos años antes, la junta militar integrada por Videla, el almirante Emilio Massera y el brigadier Orlando Agosti había alcanzado el poder derrocando a la presidenta María Estela Martínez de Perón e iniciando el llamado «Proceso de Reorganización Nacional», es decir, la organización de un terrorismo de Estado que se entregó a la eliminación sistemática de todo disidente, o de cualquiera que pudiera convertirse en uno en el futuro.

Una de las primeras medidas del régimen fue ratificar la organización del Mundial de 1978, con el apoyo de la FIFA. «Argentina está ahora más apta que nunca para ser la sede del torneo», afirmó el presidente del organismo, João Havelange, que fue condecorado por la dictadura al comenzar el Mundial. Videla designó al vicealmirante Carlos Lacoste, mano derecha del

jefe de la Armada, Emilio Massera, como responsable del deporte argentino, con el encargo de mostrar al exterior un país moderno, alejado de la represión y la violencia que denunciaban algunos medios internacionales.

Amnistía Internacional llamó a boicotear el evento y el Parlamento de Holanda conminó a sus jugadores a no participar en actos oficiales. Las figuras futbolísticas más destacadas ausentes del Mundial fueron el holandés Johan Cruyff, temeroso por su seguridad tras sufrir un atraco en Barcelona, y el alemán Paul Breitner. Pero también sorprendió una ausencia en la propia albiceleste, Jorge Carrascosa, capitán histórico de la selección de Menotti, quien abandonó el equipo por «cuestiones de conciencia».

«No al fútbol en medio de los campos de concentración», fue una de las consignas lanzadas por el COBA (Comité de Boicot al Mundial de Fútbol en Argentina), un organismo creado esencialmente por iniciativa de François Gèze, un joven ingeniero francés que había residido un tiempo en Argentina y que contó en sus actos con el apoyo del líder de los socialistas franceses, François Mitterrand, futuro presidente de la República, entre otras personalidades de relieve como el actor y cantante Yves Montand.

La campaña de boicot al Mundial no logró detener su desarrollo, pero en el mundo fue instalándose la imagen de una Junta Militar que torturaba y asesinaba a sus enemigos políticos. Pese a ello, Henry Kissinger, Secretario de Estado norteamericano, anunció que Argentina tenía un gran futuro a todos los niveles, mientras que el capitán de la selección alemana, Berti Vogts, poco tiempo después del pitido inicial del Mundial, declaró a la prensa que Argentina era un país donde reinaba el orden, y en el que no había presos políticos.

Algunos apoyaron a aquellos que denunciaban la brutalidad de la dictadura; es el caso de varios jugadores de la selección sueca, que durante el desarrollo de la competición apoyaron abiertamente a las víctimas y acompañaron en una marcha a las Madres de la Plaza de Mayo, como reflejó el diario francés *Le Monde*. Para ello se escaparon de la concentración, vigilada por soldados argentinos que les impedían moverse con libertad en sus ratos de ocio. No obstante, el balón siguió rodando sin que prácticamente nadie se inmutara ante las más de treinta mil víctimas de la dictadura.

Para disimular ante la sociedad internacional, *El Gráfico* publicó una carta apócrifa del capitán de Holanda, Krol, en la que definía el Mundial de Argentina como «el Mundial de la Paz», y en la que contaba a su hija cómo aquellos militares vestidos de verde velaban por la protección de los jugadores.

Desde la misma selección nacional argentina también se miró hacia otro lado. Osvaldo Ardiles comentó treinta años después: «Duele saber que fuimos un elemento de distracción para el pueblo mientras se cometían atrocidades». Menotti, seleccionador del equipo argentino, dijo en varias entrevistas: «Fui usado. Lo del poder que se aprovecha del deporte es tan viejo como la humanidad». El caso del seleccionador argentino ilustra el cinismo que mostraron muchos de sus compatriotas. Hombre de izquierdas reconocido, no quiso renunciar a la oportunidad de ganar un título que la calidad del combinado y los tejemanejes de la dictadura hacían probable.

Al propio Menotti lo entrevistó Lisandro Raúl Cubas, miembro de las juventudes peronistas, para el diario *La Nación* el 3 de mayo de 1978. Raúl no era periodista, sino un preso de la Escuela Mecánica de la Armada obligado a entrevistar al seleccionador con el fin de obtener algún titular de apoyo al gobierno del general Videla. No sacó dicho titular, aunque tampoco denunció su situación a causa de la vigilancia a la que estaba siendo sometido. En la foto de *La Nación* aparecen Menotti y el propio Cubas, quien intentó mostrarse bien visible en la foto para que sus familiares pudiesen saber que estaba vivo, tal y como declaró en el juicio contra sus torturadores. Fue liberado el 19 de enero de 1979.

Comenzaba el fatídico Mundial. Mientras estrechaba la mano de Videla, ejecutora de miles de compatriotas, Menotti arengaba a sus jugadores de la siguiente manera: «Cuando salgan al pasto, no miren al palco. Miren a la grada: ahí está el pueblo». Se convirtió sin quererlo en un aliado de la dictadura, la cual prohibió que se lanzaran críticas contra él desde meses antes del comienzo del campeonato.

El torneo estaba en la agenda del nuevo régimen desde que Videla se hizo con el poder: todo debía salir perfecto. Además de contar con un equipo excelente, el dictador se preocupó de que el evento lavase la imagen exterior de Argentina y de que, de puertas adentro, uniese y exacerbase el

nacionalismo de la sociedad argentina. Para ello contrató a una empresa de comunicación y no dejó ningún detalle al azar. La mayor prueba de las intenciones del régimen fueron los setecientos millones de dólares que se dedicaron para tal fin.

Especialmente sospechoso fue el tránsito de la albiceleste hacia la final del Mundial. Tras pasar la primera fase, los argentinos vencieron a Polonia (2-0) y empataron con Brasil en un partido en el que los árbitros consintieron la dureza extrema de los anfitriones. Los encuentros Polonia-Brasil y Argentina-Perú, del grupo B, fueron los que tenían que decidir quién se enfrentaría en la final contra el primero del grupo A.

La diferencia de goles podría ser decisiva, así que la FIFA se puso del lado de los argentinos adelantando, por primera vez en el campeonato, el partido de los brasileños.

Brasil venció a Polonia por tres a uno y Argentina le endosó nada más y nada menos que seis goles a un portero peruano, Quiroga, que, para más sospechas, era natural de Rosario (Argentina). El cancerbero siempre defendió su inocencia, pero veinte años después señaló a muchos de sus compañeros, acusándolos directamente de haber recibido sobornos. La prensa inglesa, poco después, denunció el envío de toneladas de grano a Perú y el desbloqueo de créditos peruanos en el Banco Central de Argentina.

Lo que sí se puede afirmar con certeza es la presencia en el vestuario del mismísimo Videla aquel día, acompañado de Henry Kissinger, cómplice de la represión en muchos países latinoamericanos, para arengar al combinado albiceleste.

Aún hoy surgen nuevos datos que llevan a sospechar de la limpieza del resultado de este Mundial, el único realizado bajo una dictadura junto al de Mussolini en 1934. *La vergüenza de todos*, libro del periodista Pablo Llonto, o el documental ya mencionado, *La historia paralela*, muestran escenas escalofriantes como el traslado de detenidos llevados a la fuerza a festejar el triunfo, o la presencia del torturador Jorge «Tigre» Acosta —que unos meses antes había acribillado a balazos al escritor Rodolfo Walsh— gritando «¡Ganamos!» a los prisioneros de la Escuela de Mecánica de la Armada.

«Nos usaron para tapar las treinta mil desapariciones. Me siento engañado y asumo mi responsabilidad individual: yo era un boludo que no veía más allá de la pelota», declaró recientemente el jugador Ricardo Villa, resumiendo el sentir de muchos argentinos respecto a esta victoria, un sabor amargo en toda una generación; la trágica vivencia de una nación que era asesinada mientras gritaba de júbilo. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos del gobierno, el evento sirvió para atraer las miradas de la comunidad internacional hacia una represión que había pasado hasta entonces totalmente inadvertida.

La venganza de las Malvinas

Soy Maradona contra Inglaterra anotándote dos goles.

CALLE 13
Latinoamérica

Durante el verano de 1979, Argentina volvió a ser campeona del mundo. Un año después de la victoria de Kempes y los suyos, Diego Armando Maradona, una estrella todavía imberbe que se había quedado fuera de la convocatoria de la absoluta por decisión técnica, lideró a la selección juvenil en la conquista del primer campeonato mundial de la categoría para los argentinos.

Con la dirección técnica del «flaco» Menotti, Maradona fue el mejor jugador de un equipo en el que también destacaron Ramón, Barbas, Escudero o Simón. El 7 de septiembre de 1979, Argentina ganó la final por tres goles a uno a la Unión Soviética. Los generales Videla, Viola y Massera obtuvieron, sin pretenderlo, una nueva arma propagandística con la que dar publicidad a un gobierno acosado por las denuncias internacionales.

La consecución del Mundial coincidió, además, con un momento especialmente delicado para la dictadura, ya que acababa de instalarse en suelo argentino la Comisión Internacional de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos, que estaba recopilando las denuncias de desaparición de miles de ciudadanos. Con los crímenes de la dictadura más expuestos que nunca ante la comunidad internacional, el gobierno respondió con una campaña de intoxicación informativa en la que imprimieron pegatinas con la frase «Los argentinos somos Derechos y Humanos».

El nuevo éxito mundialista puso en bandeja al gobierno la posibilidad de distraer a la población de esta verdad tan oscura y doliente. Tras la victoria, un avión militar esperó a los juveniles en el aeropuerto de Río de Janeiro,

donde la nave expedicionaria hacía escala, y un par de helicópteros acabaron por llevarlos cerca de la sede presidencial, la Casa Rosada, donde se había preparado una multitudinaria manifestación de júbilo propiciada por el Gobierno que colapsaba las cercanías de la Plaza de Mayo.

Maradona recordó hace poco en su cuenta de Instagram cómo le cortaron el pelo, le dieron un uniforme prestado y lo fotografiaron en un cuartel junto con los otros futbolistas-reclutas. El general Viola, entonces jefe máximo del Ejército, les dedicó un discurso patriótico tras el cual Maradona, azuzado por los compañeros que, como él, debían hacer el servicio militar obligatorio, dijo lo siguiente: «Mire, mi general, le queremos pedir en gratitud, como un premio, que nos den la baja». Así se hizo, como recoge el diario argentino *Clarín*, obviamente después de finalizar los actos festivos.

Si Viola apareció en la foto junto a los seis que debían hacer el servicio militar, el general Videla se fotografió con todos los campeones, que habían facilitado sin pretenderlo una nueva válvula de escape a una dictadura que acabó por suicidarse poco después. A Videla lo sustituyó Viola al que, a su vez, remplazó Galtieri, que dio luz verde a la operación para recuperar las Islas Malvinas de manos de los británicos.

En abril de 1982, una operación anfibia invadía las Malvinas y las islas Georgias y daba comienzo a una guerra. El conflicto se prolongó hasta la rendición de las tropas argentinas en junio, asediadas por la armada británica. Más de seiscientos argentinos quedaron en el barro austral, dejando una profunda huella depresiva en una nación que tardó mucho en recuperarse. La dictadura cayó meses después, arrastrada por la vergüenza de la derrota. «Jugamos juegos perversos entre fútbol y guerra», escribió León Gieco décadas más tarde; entre la gloria y la derrota más absoluta.

El soldado de reemplazo De Felippe, futbolista del Huracán que invadió las Malvinas, recordó cómo sus carceleros ingleses le ponían al día de los resultados de Argentina en el Mundial de España. Maradona marcaba dos goles en Alicante a Hungría (4-1), pero los argentinos perdían la guerra.

En la segunda fase, italianos y brasileños vencieron a los vigentes campeones, que regresaron a su país doblemente derrotados. Paolo Rossi lideró la victoria italiana en la final frente a Alemania.

Pero la venganza argentina, la justicia poética para un pueblo aniquilado por sí mismo, vino de la mano del «10» cuatro años después, en el Mundial de México de 1986, donde marcó dos goles inolvidables: uno con la mano y otro considerado como el mejor gol de toda la historia. Estos dos goles ayudaron a restablecer la dignidad de un país que palpita a través de la pelota.

Sobre el segundo gol, pura obra de arte efímera que quedó en el recuerdo de toda una generación, Maradona recordó en sus memorias que «más que vencer a un equipo de fútbol, estábamos derrotando a un país»:

> Por supuesto que antes del partido nos habíamos dicho que el fútbol no tenía nada que ver con las Malvinas, pero todos sabíamos que en la guerra de las Malvinas habían muerto muchísimos niños argentinos, tiroteados como pájaros. Esto era la venganza.

Desde entonces, todo se le perdona a Maradona. Ya lo explicó Eduardo Sacheri en el maravilloso texto «Me van a tener que perdonar», publicado en su libro *La vida que pensamos*, y también, entre otros tantos, Eduardo Galeano, que en *El fútbol a sol y sombra* resumía de esta manera el sentimiento que para con Diego tienen los argentinos:

> Al fin y al cabo, juzgarlo era fácil, y era fácil condenarlo, pero no resultaba tan fácil olvidar que Maradona venía cometiendo desde hacía años el pecado de ser el mejor de todos los tiempos, el delito de denunciar a viva voz las cosas que el poder manda callar y el crimen de jugar con la zurda, lo cual, según el Pequeño Larousse Ilustrado, significa «con la izquierda» y también significa «al contrario de como se debe hacer».

El Mundialito de la dictadura

Se va a acabar, se va a acabar,
la dictadura militar…

El profesor Damian Manero, en un ensayo académico sobre el fútbol en Uruguay, afirma que el deporte del balón es un espacio de construcción de mitos del que surgen las imágenes que un país tiene de sí mismo. Mucho de esto lo hemos podido comprobar en las historias que hemos ido narrando a lo largo de este libro, que dan fe de lo efectivo que ha sido utilizar el fútbol de forma propagandística por diversos gobiernos autoritarios.

En el caso uruguayo, la intrahistoria de un acontecimiento deportivo nacido para la manipulación política pasó inadvertida debido al sonrojo que produjo a sus organizadores. Hasta que en 2010 los realizadores Sebastián Bednarik y Andrés Varela estrenaron el documental *Mundialito* que, con decenas de entrevistas a los protagonistas, recrea a la perfección la historia y el significado de este acontecimiento.

Los militares gobernaban en Uruguay tras un golpe de Estado perpetrado en junio de 1973. Un gobierno llamado cívico-militar organizó un plebiscito planificado para el 30 de noviembre de 1980 que debía dar legitimidad al gobierno dictatorial, aboliendo la Constitución de 1967 aún vigente pero sin aplicación práctica. El lema de la dictadura era: «Sí por el progreso, y sí por la paz».

En ese contexto, una serie de personajes siniestros, empresarios y dirigentes políticos con conexiones tanto con la dictadura uruguaya como con la FIFA, idearon un gran negocio que, a su vez, tenía intención de servir como fiesta de celebración de la victoria del gobierno en el referéndum.

Washington Cataldi, político y dirigente del Club Atlético Peñarol, propuso la idea a los militares que, en un principio, dudaron debido a la oleada de periodistas extranjeros que llegarían de forma irremisible al país. Pero no tardaron en aceptar la propuesta tras comprobar que el Mundial de

Argentina había fortalecido, según los propios militares argentinos, la posición de Videla.

El siguiente paso fue meter en el ajo a João Havelange, presidente de la FIFA y amigo de Cataldi, que se hizo con los mandos del proyecto rápidamente; y a Angelo Voulgaris, que controlaba los derechos televisivos del torneo. Este último tuvo problemas de financiación y acabó, sin querer, transformando el fútbol y la política italiana: le vendió los derechos del torneo a Silvio Berlusconi, lo que llevó a este último a entrar por primera vez en el negocio del fútbol, del que se sirvió, entre otras cosas, para desarrollar su carrera política.

El producto, la idea, era una competición llamada Copa de Oro, que se celebró finalmente entre diciembre de 1980 y enero de 1981 con cinco de las seis selecciones campeonas mundiales. Para justificar el evento, el torneo se definió como la conmemoración de la celebración del primer campeonato mundial en el país sudamericano. Argentina, Italia, Brasil y Alemania acompañaron a la anfitriona, y como Inglaterra renunció a participar, Holanda, que había sido subcampeona en las dos últimas ediciones mundialistas, acudió en su lugar.

La organización contó con la ayuda de algunos de los responsables del Mundial argentino. Entre ellos, Henry Kissinger, que había visto en el fútbol la posibilidad de reforzar de la misma manera que en Argentina el poder del régimen uruguayo, consciente de la importancia simbólica de este deporte en el país.

El ambiente al comenzar el campeonato no era precisamente el que esperaban los militares, pues el 30 de noviembre el pueblo uruguayo, contra todo pronóstico, votó «no» a la dictadura, con casi un cincuenta y siete por ciento de los votos. En la ciudad de Montevideo el «no» fue aplastante, con más de un sesenta por ciento. Los militares, seguros de la victoria gracias al vaticinio de las encuestas, ni siquiera se llegaron a plantear un fraude electoral. Nadie contaba con el boca a boca de los estudiantes y los obreros, protagonistas del vuelco electoral, ni con que la dictadura no manipulase las votaciones, así que la oposición, preparada para no aceptar los resultados, tuvo que destruir los carteles que tenía preparados que denunciaban la manipulación de los comicios.

La inauguración del torneo estuvo protagonizada por el discurso de João Havelange, que no dejó de alabar el régimen uruguayo, a pesar de las detenciones ilegales, los asesinatos y las desapariciones que se sucedían a diario. Mientras, en el palco, Aparicio Méndez, nombrado presidente por los militares en 1976, no cabía en sí de gozo.

El 30 de diciembre comenzó el torneo con la victoria de Uruguay sobre Holanda, en un grupo en el que también estaba Italia. El formato de la contienda consistía en dos grupos de tres equipos; los primeros de cada grupo jugaban la final. El destino quiso que la final del Mundialito fuese una repetición del Maracanazo de 1950, pues Uruguay acabó primera de su grupo y Brasil hizo lo propio al quedar por delante de Argentina y Alemania. El líder de Brasil era Sócrates, que convenció a sus compañeros para que no acudiesen a actos oficiales y se centrasen solamente en el juego.

La final tuvo lugar el 10 de enero en el Estadio Centenario, lleno hasta la bandera, en el que se repitió de forma trágica para los brasileños el resultado del Maracanazo. Los uruguayos vencieron dos a uno, con goles de Barrios y Victorino, mientras que Sócrates marcó para los brasileños. Pero a pesar de la victoria charrúa, el protagonismo del encuentro no lo tuvieron los goles, sino el pueblo uruguayo que, tras el «no» en el plebiscito, reaccionó ante el triunfo de forma contraria a la esperada por los generales: hicieron de los cantos de victoria cantos de libertad.

Los estadios acrecientan y desbordan las posibilidades de la masa, pero no siempre en un sentido negativo. Como escribió el mexicano Juan Villoro en *Dios es redondo*, «la incontrolable multitud puede descubrir una voz propia y una conciencia crítica al reconocerse en forma espontánea como una fuerza circular». Fue esto lo que ocurrió en México unos años después, en el Estadio Azteca, cuando la multitud, durante la inauguración del Mundial de 1986, acogió al presidente mexicano con una sonora pitada tras su desastrosa gestión del terremoto ocurrido un año antes en el D.F. Fue también lo que ocurrió aquel día en Montevideo, cuando se hizo célebre el canto de la hinchada: «Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar».

Los partidos de los charrúas, con más de setenta mil personas en las gradas del Estadio Centenario, se convirtieron en las primeras

concentraciones masivas autorizadas por los militares, por lo que la final, tras la victoria, fue el único lugar posible en el que el pueblo pudo festejar la derrota de la dictadura en las urnas. La prensa internacional destacó más los canticos de los asistentes que el resultado mismo del torneo y, aunque la dictadura resistió todavía hasta el año 1985, por aquel entonces empezó a desquebrajarse. Como narró el director del documental antes mencionado a la revista *El Gráfico*, lo que se vivió en el estadio fue una catarsis colectiva, en la que se pudo celebrar lo no celebrado en la calle.

En la actualidad, por la vergüenza que aún hoy suscita esta cita deportiva, el Mundialito no aparece en la web de la FIFA y Uruguay nunca ha reclamado ningún reconocimiento por este éxito deportivo; ni siquiera lo exhibe en su web federativa.

Democracia Corinthiana

Andá com fé eu vou
Que a fé não costuma faiá.

GILBERTO GIL
Andar com fé

A principios de los ochenta, la sociedad brasileña se transformaba rápidamente, a la par que la dictadura comenzaba a dar muestras de debilidad. En 1981, acuciado por los malos resultados y la mala administración, el Corinthians, equipo popular de la ciudad de São Paulo, sufrió una crisis económica e institucional sin precedentes. Una lucha interna entre sus dirigentes, Vicente Matheus y Waldemar Pires, acabó por llevar a la dirección general del club a un joven sociólogo que de fútbol sabía más bien lo justo: Adilson Monteiro Alves.

La auténtica preocupación de Adilson no era el campeonato paulista, sino la lucha de la sociedad brasileña contra la dictadura. Si la situación del país mejoraba, mejoraría su economía y, por tanto, la salud financiera e institucional del club también se vería beneficiada. Esa era su teoría.

En la plantilla, que era ajena a estos pensamientos, un jugador con nombre de filósofo griego entendió rápidamente las ideas de su nuevo jefe y las llevó al campo. Se trataba de Sócrates Brasileiro Sampaio de Souza Vieira de Oliveira, conocido simplemente como el doctor Sócrates, figura que destacó sobre todo en el Mundial de México de 1986 —el del Brasil del *jogo bonito*— y que coincidió con Adilson en reconocer la necesidad de dotar a su equipo de un horizonte político.

A estos debates se unieron dos nuevos miembros: Wladimir Dos Santos, que había sido sindicalista en el noreste de Brasil, y Walter Casagrande, un chico de diecinueve años que tenía un grupo de rock. Tras días de discusiones, la conclusión fue que, como sucedía en el propio Brasil, lo que

le faltaba al equipo para despegar era una sola cosa: democracia. «El país lucha por la democracia. Si lo logra, el fútbol quedará al margen porque en los países democráticos el fútbol aún es conservador. Tenemos que cambiar eso», alentó el sociólogo en una de las primeras conversaciones con los jugadores.

Lo que necesitaba el Corinthians era un ejercicio de democratización de las decisiones del club, una democracia directa. Todos debían votar para decidir todo, desde los utilleros a los directivos. Se decidía por sufragio desde el número de entrenamientos hasta el de paradas del autobús para ir al baño en los viajes. Votar era un deber que llevaba a horas de discusiones y a debates por asuntos aparentemente sin importancia.

Con este sistema se decidieron cosas tan dispares como la conveniencia de realizar concentraciones, los fichajes, los contratos de patrocinio y publicidad, los precios de las entradas y hasta el menú de la cafetería. Los derechos televisivos se repartieron a partes iguales entre todos los trabajadores del club. El mismo Sócrates comentó lo siguiente al respecto:

> Abolimos el proceso que existía en el fútbol, donde los dirigentes impedían que los jugadores se hicieran adultos. Al inicio hubo ansiedad entre mis compañeros, no estaban acostumbrados a expresarse, a decidir. Pero fueron aprendiendo y se prepararon para afrontar su profesión y su vida.

A veces incluso se invitaba a almorzar a algún artista o a un escritor para que con su presencia aliviase las discusiones.

La democracia directa, obviamente, no era del agrado de una dictadura que cercenaba todos los visos de democracia en el país por lo que, cuando se hizo pública la forma de gestión del club, el periodista Juca Kfouri escribió lo siguiente: «Si los jugadores siguen participando en las decisiones del club, si los dirigentes no se asustan y si la prensa apoya, veremos que aquí se vive una democracia, una democracia corinthiana».

El nombre de lo que estaba ocurriendo ya existía: la Democracia Corinthiana, que revolucionó el fútbol en un país en el que el juego de la pelota era, y es, casi todo.

En 1983, el senador Teotônio Vilela lanzó su propuesta «Diretas já» con la que exigía la elección del presidente de Brasil mediante elección directa.

Esta idea provocó concentraciones y manifestaciones multitudinarias por todo el país y el Corinthians se sumó al movimiento mediante una campaña publicitaria, al igual que hicieron intelectuales, artistas o sindicalistas. Se estampó la frase «Ja o vote 15» en las camisetas del equipo, lo que los llevó a ocupar las primeras planas de todos los diarios. El club, con Sócrates a la cabeza, comenzó a liderar el proceso ciudadano por las elecciones a la par que se alzaban con dos campeonatos paulistas. En las multitudinarias manifestaciones de 1984 participaron artistas como el cantautor Gilberto Gil, que dedicó al equipo la canción «Andar com fe»; o como los activistas, y futuros presidentes del país, Fernando Henrique Cardoso y Lula da Silva.

Fue en una de esas protestas, ante miles de personas, cuando Sócrates —ya todo un icono fuera del mundo del fútbol—, prometió, micrófono en mano, que si no volvían las libertades aceptaría la oferta de la Fiorentina y saldría de Brasil rumbo a la liga italiana.

En ese mismo año, en la final contra su eterno rival, el São Paulo, los jugadores del Corinthians saltaron al campo para celebrar la victoria con una bandera gigante: «Ganar o perder, pero siempre en democracia». «El equipo tenía la intención de ser la voz del fútbol para democratizar el país», afirmó Suárez Sotelo en el artículo «Democracia Corinthiana: una reflexión política desde el fútbol».

El 25 de abril, a las dos de la mañana, se hicieron públicos los resultados de la votación: la enmienda fue rechazada por solo veintidós votos: no habría elecciones directas. Ese día no hubo represión, pues había tanta gente en las plazas y calles que resultaba imposible que el Gobierno sofocara tal manifestación popular.

En 1985 Brasil eligió a su presidente de forma indirecta, José Sarney —la ciudadanía no pudo votar a su máximo dirigente con un único voto hasta 1989—. En el club se celebraron elecciones presidenciales que, a pesar de los tres millones de superávit y de los buenos resultados deportivos, llevaron al poder a la lista de Roberto Pasqua, personaje afín a la dictadura, tras vencer al sociólogo Monteiro Alves entre sospechas de amaño. A los jugadores los pretendieron equipos europeos, Sócrates se marchó a Italia y la experiencia democrático-futbolística llegó a su fin.

Pedro Asbeg, director del documental sobre la Democracia Corinthiana, *Democracia em Preto e Branco*, resumió de esta manera el fenómeno:

> Proviniendo de dos largas décadas de dictadura, aquellos futbolistas enviaron un mensaje a la sociedad brasileña. Los jugadores no solo elegían su porvenir profesional, algo de por sí inusual en esa época y en un país como Brasil, sino que aprovecharon su condición de ídolos para expresarse libremente y protestar. La Democracia Corinthiana contribuyó en el camino de la sociedad brasileña hacia la conquista de la libertad.

En 1983, en una entrevista, Sócrates había declarado: «Quiero morir un domingo y con Corinthians campeón». Murió el 4 de diciembre de 2011, un domingo en el que su equipo se proclamó vencedor del campeonato brasileño.

Pinochet, el Chino de la Roja y el Colo Colo

En toda Latinoamérica los estadios cumplen esta doble función: en tiempos de paz sirven como terreno de juego, y en tiempos de crisis se convierten en campos de concentración.

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI
La guerra del fútbol

Carlos Caszely, el Chino, hijo de un ferroviario de origen húngaro, se licenció en Educación Física y en Periodismo en Santiago de Chile mientras protagonizaba una fulgurante carrera deportiva que lo llevó al Colo Colo, la selección chilena (también conocida como la Roja) y, posteriormente, a jugar en varios equipos españoles como el Levante y el Espanyol.

Era un rostro popular de la sociedad chilena y no ocultaba sus preferencias políticas de izquierdas: apoyó en un primer momento a Unidad Popular, la coalición encabezada por Salvador Allende, y, en 1973, al Partido Comunista de Gladys Marín y Volodia Teitelboim; en ese año, y solo unos pocos meses antes del golpe de Estado de Pinochet, fue finalista y máximo goleador de la Libertadores con el Colo Colo.

Como jugador de la selección chilena en tiempos de la dictadura se negó en varias ocasiones a estrechar la mano de Pinochet en recepciones oficiales. El motivo, a parte de sus ideas políticas, fue la gran injusticia que la dictadura cometió contra su madre.

A principios de octubre de 1988 se celebró un referéndum para decidir si el gobierno de Augusto Pinochet podría seguir gobernando hasta 1998. Un mes antes, durante la campaña por el «no» al dictador (en la que colaboró el cantante inglés Sting, que compuso una canción a las víctimas), se organizó un programa de televisión en el que se recogían los testimonios de los represaliados por la dictadura. En la pantalla apareció Olga Garrido, una mujer que había sido detenida y a la que nunca se le explicó el porqué de

dicha detención. La acompañaba su hijo, Carlos Caszely. «Después del golpe, fui secuestrada de mi hogar y llevada a un lugar desconocido, vendada, y fui torturada y vejada brutalmente». «Yo también voto no», concluía el futbolista tras el relato de su madre. Esta denuncia pública acaparó titulares en la prensa internacional y supuso un importante varapalo a la campaña de Pinochet. Ganó el «no».

Muchos años después del plebiscito, el Chino recordó sus motivos a Miguel Ángel Lara en *Marca:*

> Se lo debía a mi país y a mi madre. Teníamos que salir de la oscuridad. Para mí fue una tremenda alegría que Chile dijera «no» al dictador. Era el no a muchos años de horror. En la selección no se hablaba de eso, pero sabíamos que la gente desaparecía, que había torturas y que las violaciones a los derechos humanos eran habituales en nuestro país.

Al igual que en otros países, la historia del equipo más importante de Chile, el Colo Colo, también se ha enturbiado con los intentos de manipulación llevados a cabo por los poderosos. En el año 2015 se le retiró póstumamente a Augusto Pinochet la presidencia honorífica del Colo Colo, gracias a una iniciativa de los socios que se propusieron acabar simbólicamente con lo que para ellos fue la mayor instrumentalización política del club.

El origen de la estrecha relación entre Pinochet y el Colo Colo se remonta al año 1980, cuando el club estaba al borde de la quiebra. El dictador ordenó a la televisión pública chilena, y así lo recoge la prensa de la época, que comprase los derechos de emisión televisiva por una cantidad que satisfacía buena parte de las deudas. De esa forma, el Colo Colo se salvaba y Pinochet se ganaba el aprecio de la hinchada y, además, se hacía con el control de una nueva arma de propaganda, pues el club iba a depender, a partir de entonces, de los ingresos proporcionados por el Estado.

Uno de los mitos, desmentido recientemente por la investigación llevada a cabo por el periodista Andrés Ampuero en el documental *Un objeto de deseo*, es que Pinochet proporcionó el dinero necesario para la remodelación del Estadio Monumental, reinaugurado en 1989. El documental narra cómo el dinero estaba, de hecho, prometido, pero el

plebiscito que desalojó al dictador del sillón presidencial un año antes acabó también por hacer olvidar la promesa del general.

Referencias bibliográficas

ADAMI, G., «Lo scudetto rubato al Genoa: la madre di tutte le porcate», *La Repubblica*, 26 de febrero de 2016.

ÁLVAREZ, D., «Lángara, el mejor goleador español de todos los tiempos», en *Líbero*, 2018.

ÁLVAREZ, J. C., «El último partido que vio Hitler», en *La Opinión de la Coruña*, 2 de abril de 2012.

ARAÚJO, F., «La dictadura en el paraíso», en *El Espectador*, 1 de junio de 2014.

BAHAMONDE, A., *El Real Madrid en la historia de España*, Taurus, Madrid, 2002.

BAÓN, R., *La cara humana de un caudillo*, Editorial San Martín, Madrid, 1975.

BARREIRA, D., «El día que Franco acertó la quiniela y ganó un millón de pesetas», en *El Español*, 1 de diciembre de 2018.

BARREIRO, M.Á., «Así fue el secuestro de Alfredo Di Stéfano», en *ABC*, 6 de abril de 2015.

BARRÓN, C., «Francia 1938: …Y le anotó cuatro a Brasil», en *espn, 8 de junio de 2018*.

BARROS, D.E., «El balón de la discordia», en *Jot Down*, agosto de 2018.

BARNÉS, H.G., «La furia española: así utilizó Franco el fútbol y así le respondieron los nacionalistas», en *El Confidencial*, 22 de febrero de 2016.

BAUSO, M., *Historia Oral del Mundial*, Sudamericana, Buenos Aires, 2018.

BERNAL, M., «Brasil-Uruguay 1970, 20 años después del Maracanazo», en *El Espectador*, 5 de mayo de 2014.

BILBAO, J., «La vida cotidiana en la Alemania nazi (II)», en *Jot Down*, agosto de 2012.

CALERO, O., «La lucha vuelve a las canchas» en *1939-1940. Franco-Hitler: diálogo de sordos en Hendaya*, Unidad Editorial, Madrid, 2006.

CALERO, O., «Los domingos por la tarde» en *1939-1940. Franco-Hitler: diálogo de sordos en Hendaya*, Unidad Editorial, Madrid, 2006.

CARR, R., y Fusi, J. P., *España: de dictadura a democracia*, Planeta, Barcelona, 1979.

CARREÑO, F. M., «20-N: Los tiempos de Franco y el deporte: Ordeno y mando, pioneros, propaganda…», en *Marca*, 20 de noviembre de 2017.

CARREÑO, F. M., «Franco, medallas y Barcelona: ¿Hasta qué punto perjudicó el franquismo al Barça?», en *AS, 12 de febrero de 2019*.

CASADO, E., «Santuarios del deporte. Estadio Renato Dall'Ara: el primer gran campo de Italia», en *20 minutos*, 22 de marzo de 2016.

CASADO, E., «Quién fue… Stan Cullis: se negó a hacer el saludo nazi en el Berlín de 1938», en *20 minutos*, 30 de diciembre de 2018.

CASTELLANI, M., «Calcio e Resistenza, la sfida di Sarnano», en *Avvenire*, 25 de abril de 2019.

CHILET, V., *Maradona en Humahuaca y otros goles con historia*, La Caja Books, Valencia, 2018.

COMAS, J., «Caszely asegura en Chile que su madre fue torturada», en *El País*, 22 de septiembre de 1988.

CORAZÓN RURAL, A., «Entrevista a José Ángel Iribar», en *Jot Down Smart*, septiembre de 2018.

CRITCHLEY, S., *En qué pensamos cuando pensamos en fútbol*, Sexto Piso, Madrid, 2018.

CRUZ, T., «El partido del siglo», en *Toni Cruz prensa*, 29 de junio de 2018.

CUBA JORGE, J., *Mundiales y destinos*, Campo Letrado, Lima, 2017.

CURLETTO, M. A., *I piedi dei Soviet*, Il Nuovo Melangolo, Genova, 2010.

CURLETTO, M. A., *Fútbol y poder en la URSS de Stalin*, Altamarea, Madrid, 2018.

De Castro, L., «Com inmensa satisfação, Pelé serviu Médici no ano do tri», en *ESPN* Brasil, 27 de agosto de 2014.

De la Madrid, J. C., *Una patria posible. Fútbol y nacionalismo en España*, Trea, Gijón, 2013.

Díaz Roncero, P., «Se crea el batallón deportivo de Madrid», en «Real Madrid 1902-2002», en *El Mundo*, febrero de 2002.

Di Marzi, E., «La Lazio, un club marcado por la sombra del fascismo», en *Marca*, 24 de octubre de 2017.

Di Medio, M., «Sarnano, 1 Aprile 1944: Partigiani contro Nazisti 1 a 1», en *Iogiocopulito*, 25 de abril de abril 2019.

Dipollina, A., «In memoria dell'arbitro e di quel match tra nazisti e partigiani», en *La Repubblica*, 26 de julio de 2001.

Domingo, M., *Valdano. Sueños de Fútbol*, El País-Aguilar, Madrid, 1994.

Domingos, N., «O lugar de Eusébio no Estado Novo», en *Público Portugal*, 21 de agosto de 2013.

Domínguez Méndez, R., «El uso del fútbol por los totalitarismos. El caso del fascismo italiano» en *Ubi Sunt? Revista de Historia*, (28), 2013.

Efe., *«Pinochet resuelve la crisis del Colo Colo»*, en *El País*, 3 de octubre de 1980.

Escalera, A., «El malagueño que salvó la vida a Ricardo Zamora», en *Diario Sur*, 30 de junio de 2014.

Escobar, M., «El deporte en el Tercer *Reich*», en *Clio*, (200), 2018.

Escobar, M., *Nos prometieron la gloria*, Harper Collins, Madrid, 2018.

Fernández, D., «El mito de la derrota que sirvió a Pinochet», en *La Tercera*, 12 de octubre de 2015.

Fernández Santander, C., *El fútbol durante la Guerra Civil y el Franquismo*, editorial San Martín, Madrid, 1990.

Fernández Santander, C., *A bote pronto. El fútbol y sus historias*, Temas de Hoy, Madrid, 1997.

FRANCKA, C., *Matthias Sindelar, una historia de fútbol, nazismo y misterios*, Librofútbol, Buenos Aires, 2016.

FRAU BARROS, F., «La memoria atragantada del fútbol argentino», en *Líbero*, (25), marzo de 2018

GALEANO, E., *Cerrado por fútbol*, Siglo XXI, Madrid, 2017

GALEANO, E., *El fútbol a sol y sombra*, Siglo XXI, Madrid, 2017.

GALLARDO, J. I., y González-Palencia, R., *1.000 cosas que debe saber sobre los mundiales de fútbol*, Prime, Madrid, 2014.

GARCÍA CANDAU, J., *Épica y lírica del fútbol*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

GARCÍA CANDAU, J., *Bernabéu, presidente*, Espasa, Madrid, 2002.

GARCÍA GUTIÁRREZ, D., «Fascismo y deporte: António Salazar», en *Desde la Historia*, 3 de junio de 2015.

GARCÍA-LÁZARO, N., «Fútbol y conflictividad sociopolítica durante la dictadura de Franco. Un estudio de caso», en *Vegueta*, (13), 2013.

GLANVILLE, B., *Historia de los mundiales de fútbol*, T&B Editores, Madrid, 2014.

GONZÁLEZ, A., «Di Stéfano: historia de un secuestro», en *El Mundo*, 7 de julio de 2014.

GONZÁLEZ CALLEJA, E., «El Real Madrid, ¿equipo de España? Fútbol e identidades durante el Franquismo», en *Política y Sociedad*, (51.2), 2014, pp. 275-296.

GONZÁLEZ, E., *Historias de Roma*, RBA, Madrid, 2015.

GONZÁLEZ, E., *Historias del calcio*, RBA, Madrid, 2017.

GONZÁLEZ, R., «Goles como soles contra el soviet» en *1964. Franco celebra sus XXV años de paz*, Unidad Editorial, Madrid, 2006.

GONZÁLEZ, R., «La selección se viste de azul», en *1941-1942. La División Azul: España quiere vengarse del comunismo*, Unidad Editorial, Madrid, 2006.

GURELLO, J., URRUTIA, L., *Historias secretas del fútbol chileno*, Ediciones B, Santiago de Chile, 2005.

HERZOG, M., «Fútbol bajo la esvástica», en *Panenka*, (72), 2018.

HILMES, O., *Berlín 1936*, Tusquets, Barcelona, 2017.

HOBSBAWM, E., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Booket, Barcelona, 2013.

JABOIS, M., *Grupo salvaje*, Libros del K.O., Madrid, 2012.

KAPUŚCIŃSKI, R., *La guerra del fútbol y otros reportajes*, Anagrama, Barcelona, 2006.

KUPER, S., *Fútbol contra el enemigo*, Contra, Barcelona, 2012.

LARA, M. A., «1939, Barcelona castigada con la final de la Copa del Generalísimo», en *Marca*, 15 de marzo de 2012.

LARA, M. A., «Caszely, el goleador que plantó cara a Pinochet», en *Marca*, 27 de marzo de 2012.

LARA, M. A., «España-Portugal, el partido que quiso Franco y que acabó en "rebelión"», en *Marca*, 7 de noviembre de 2012.

LARA, M. A., «Maradona, la mili, la dictadura y el Mundial juvenil de 1979», en *Marca*, 27 de enero de 2014.

LEAL, T., «La victoria imposible de España en el Mundial de la mayor sorpresa jamás vivida», en *Libertad Digital*, 27 de febrero de 2014.

LEAL, T., «El día que Inglaterra dobló la rodilla ante los nazis», en *Libertad Digital*, 18 de septiembre de 2014.

LEAL, T., «Carlos Caszely, el futbolista que osó desafiar a Pinochet», en *Libertad Digital*, 11 de julio de 2014.

LEVY, A., *Nazi Hunter: The Wiesenthal File*, Robinson, 2002.

LEZCANO, A., «Latinoamérica redondo: el poder del balón», en *Jot Down*, marzo de 2017.

LOBO, R., *El autoestopista de Grozni y otras historias de fútbol y guerra*, Libros del K.O., Madrid, 2012.

LÓPEZ, J., «Raúl Cubas, el desaparecido que entrevistó a Menotti», en el blog de la revista *Líbero*.

LÓPEZ, P., «Lazio-Roma, el derbi donde hasta los curas compran bengalas», en *El Español*, 1 de marzo de 2017.

MANEIRO, C., «Fútbol y dictadura en Uruguay: el Mundialito desde Bourdieu y Elías», en *Revista de ALESDE*, (3.2) octubre 2013, pp. 4-14.

MARAÑÓN, C., *Un partido de leyenda*. Ocho y medio, Madrid, 2011.

MARCOS, J., «Jamás imaginé lo que desencadenaría mi gol», *El País*, 20 de julio de 2009.

MARÍAS, J., *Salvajes y sentimentales*, Santillana, Madrid, 2000.

MARTIALAY, F., «Recobrando la verdad histórica: de como la selección B de 1927 es selección A», en *Cuadernos de Fútbol Revista de CIHEFE*, diciembre de 2011.

MARTÍNEZ, J., «Mussolini, contra el Inter», *La Vanguardia*, 6 de noviembre de 2018.

MARTÍN, A., «Un gol de Zarra gana a Inglaterra y llena de alegría a toda España», en *AS*, 2 de julio de 2010.

MARTÍN RÍO, C., «No hay Anschluss sobre el césped» en *Panenka*, (72), 2018.

MATALLANAS, C., «Eusébio, Patrimonio de Estado en Portugal y miembro del Olimpo del fútbol», en *El Confidencial*, 6 de enero de 2014.

MATÍAS, R., «Borges y la pelota», en *El Gráfico*, 12 de julio de 2016.

MONZÓN, A., «Santiago Bernabéu, el "caudillo" del fútbol que forjó un imperio», en *El Independiente*, 25 de mayo de 2018.

NOGUEIRA, C., «Quando Salazar proibiu o Benfica de Eusébio de ir a Moscovo», en *Diário de Noticias*, 20 de noviembre de 2017.

ORTEGA, I., «Ni Franco impidió a España jugar en 1971 su único partido en la URSS», en *El Confidencial*, 12 de noviembre de 2017.

ORTIZ, M.A., «Kapuściński en la guerra del fútbol», en *Panenka*, enero de 2017.

PADILLA, T., «Unidos en el campo, enemigos en la guerra», en *Panenka*, 2018.

PANFICHI, A., *Ese gol existe*, Fondo editorial PUCP, Lima, 2014.

PASOLINI, P. P., *Sobre el deporte*, Contra, Barcelona, 2015.

PEINADO, Q., *Futbolistas de izquierdas*, Léeme editores, Madrid, 2013.

PEREDA, M., «Las mil vidas de toda una vida: el mito de Ricardo Zamora», en *CTXT*, 27 de abril de 2016.

PEREDA, M., «El saludo de la vergüenza», en *The Citizen*, 27 de diciembre de 2018.

POLIDORO, D., «Los ultras nazis del Lazio distribuyen fotos de Anna Frank con la camiseta de la Roma», en *El Mundo*, 23 de octubre de 2017.

POZA, F., «La gran mentira del franquismo y el Real Madrid», en *Estrella Digital*, 15 de julio de 2014.

PRESTON, P., *Franco, caudillo de España*, Debolsillo, Madrid, 2017.

PREVÉNDOLA, J. I., «La otra cara del Mundialito», en *El Gráfico*, enero de 2010.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A., «Más deporte y menos latín: Fútbol e identidades nacionales durante el franquismo», en *Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo*, Casa de Velázquez, Madrid, 2014.

RAMIRO, E., «El deporte en los tiempos de Franco», en *El Independiente*, 20 de noviembre de 2018.

REDACCIÓN, «La otra mirada: Osvaldo de Felippe, exfutbolista», en *Clarín*, 7 de febrero de 1998.

REDACCIÓN, «Los colimbas del juvenil», en *Clarín*, 24 de marzo de 2006.

REDACCIÓN, «Argentina Sub-20 1979», en *El Gráfico*, 11 de julio de 2007.

REDACCIÓN, «Los socios del Colo Colo borran a Pinochet de los registros del club», web Agencia EFE, 1 de junio de 2015.

RELAÑO, A., *366 historias del fútbol mundial que deberías saber*, Planeta, Madrid, 2010.

RELAÑO, A., «El sonado regreso de Lángara», *El País*, 18 de enero de 2015.

RELAÑO, A., «¡Han secuestrado a Di Stéfano en Caracas!» en *AS*, 27 de agosto de 2016.

RELAÑO, A., «El batallón deportivo no dio mucha guerra», en *AS*, 30 de agosto de 2016.

REQUEIJO, A., «Auschwitz a 20 minutos del estadio», en *Líbero*, (25), marzo de 2018

RIEGO ANTA, A., y RIEGO ANTA, M., *La Biblia blanca. Historia sagrada del Real Madrid*, Roca Editorial, Barcelona, 2018.

RIQUELME, G., «El gol de Zarra y el Maracanazo», en *Marca*, 16 de abril de 2018.

RODRIGÁLVAREZ, E., «El primer gran gol de España», en *El País*, 6 de julio de 2010.

ROJO, F., «España atacaba mejor contra el Peñón», en *ABC*, 19 de octubre de 2015.

SACHERI, E., *La vida que pensamos*, Alfaguara, Madrid, 2013.

SALAZAR, B., «El día de la Saeta», en *AS*, 17 de febrero de 2008.

SALGADO-ARAÚJO, F., *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 2005.

SÁNCHEZ, Y., «La Literatura de fútbol, ¿metida en camisa de once varas?», en *Iberoamericana*, (27), 2007.

SATUSRAIN, J., *La patria transpirada*, Sudamericana, Buenos Aires, 2018.

SCHNAIDLER, R., «Las olimpiadas de 1936 en Alemania, deporte y nazismo», en web Yad Vashem.

SEGURA, A., «El partido del siglo», en *Panenka*, junio de 2018.

SEGURA, A., «Dos brazaletes contra el franquismo», en *Panenka*, octubre de 2018.

SEGUROLA, S., «Brasil 1970, el metro patrón del fútbol», en *Marca*, 24 de octubre de 2007.

SERRATO, F., «Cuando Franco ganó La Quiniela», en *El País*, 9 de septiembre de 2017.

SHAW, D., *Fútbol y franquismo*, Alianza, Madrid, 1987.

SIMÓN-SANJURJO, J.A., «Fútbol y cine en el franquismo: la utilización política del héroe deportivo en la España de Franco», en *Historia y Comunicación Social*, (17), 2012.

SIMÓN-SANJURJO, J.A., «Deporte y política exterior durante el franquismo. El papel del Ministerio de Asuntos Exteriores de España siguiendo el movimiento internacional de boicot a Sudáfrica durante los jjoo de México», en *Ágora para la EF y el deporte*, (15), septiembre-diciembre 2013, pp. 165-179.

SIMPSON, K., *Football Under the Swastika: Stories of Survival and Resistance during the Holocaust*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham, 2016.

SOLAR CUBILLAS, L., «Nazismo y deporte. Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936», en *Citius, Altius, Fortius*, (4), 2011, pp. 73-106.

SOTO, O., «El partido fantasma entre Chile y la URSS», en *Marca*, 21 de noviembre de 2013.

SUÁREZ SOTELO, S., «Democracia Corinthiana: una reflexión política desde el fútbol» en *Red Política*, (1), noviembre 2017.

SULENG, K., «El futbolista que sacó a Hitler del palco», en *El País*, 2 de septiembre de 2016.

TRAPIELLO, A., *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Destino, Barcelona, 2010.

VALDANO, J., *Apuntes del balón*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2001.

VALLS, A., «El Genoa reclama un título del 1924», en *Sport*, 31 de octubre de 2018.

VARGAS LLOSA, M., *La llamada de la tribu*, Alfaguara, Madrid, 2018.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M., *Fútbol. Una religión en busca de un Dios*, Debate, Barcelona, 2005.

VERRINA, M., «Cuando un Mundial enfrentó a la dictadura uruguaya», en *Revista Crítica*.

VIANA, I., «Zamboni, el niño que casi asesina a Mussolini», *ABC*, 16 de octubre de 2013.

VILLALOBOS SALAS, C., «Fútbol y fascismo: los mundiales de Mussolini y Hitler», en *Jot Down*, agosto de 2013.

VILLALOBOS SALAS, C., «Fútbol, paranoia y dolor: Argentina 1978», en *Jot Down*, junio de 2014.

VILLALOBOS SALAS, C., «Pedro Luis de Gálvez, el poeta que salvó a Zamora del paredón», en *Jot Down*, octubre de 2014.

VILLALOBOS SALAS, C., «La Eurocopa que ganó Franco», en *Jot Down*, junio de 2016.

VILLALOBOS SALAS, C., «El hombre que besó a Zamora», en *Panenka*, marzo de 2018.

VILLALOBOS SALAS, C., «Cuando la URSS prefirió perder un partido antes que refrendar a un dictador y otros momentos políticos de la historia el Mundial», en *The Objetive*, 29 de junio de 2018.

VILLORO, J., *Dios es redondo,* Anagrama, Barcelona, 2006.

VIÑAS, C., «De vermelho a encarnado, el Benfica i la dictadura», en *Fot-lipou*, 5 de noviembre de 2015.

VIUDA-SERRANO, A., «Héroes de papel: el deporte y la prensa como herramientas de propaganda política del fascismo y el franquismo. Una perspectiva histórica comparada», en *Historia y Comunicación Social*, (17), 2012, pp. 41-68.

WEEKS, J., «El día en que la selección inglesa de fútbol hizo el saludo nazi», en *Vice*, 13 de mayo de 2016.

XURIACH, R., «Partido único», en *Panenka*, 2018.

«E il naufragar m’è dolce in questo mare»